



CECILIA
ENTRE LOS
MONSTRUOS

Tess Marohn



Círculo Rojo
EDITORIAL

Tess Marohn

**Cecilia entre
los monstruos**



Primera edición: abril 2019

ISBN: 978-84-1338-108-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Tess Marohn

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: Depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Este libro está dedicado a mi abuela Susana Altagracia Santana por todo su apoyo y por creer que yo podía.

En agradecimiento a Sandro por su ayuda. A Massiel, Frank, Licelot, Wendy, Nicole, Greydys, Rogelia, Weisson, Juancito, Melina, Mariela y a la chica que inspiró esta historia.

A ti, por atreverte a iniciar esta etapa conmigo.

Capítulo 1: El adiós

Mi nombre era Cecilia Ramírez antes de que me secuestraran y me obligaran a vivir entre los monstruos. Tenía apenas doce años cuando eso sucedió. Cuando alguien más me arrancó de mi mundo y me robó mi destino. Aquel que debería haber sido mío de haber tenido la oportunidad de elegir.

Ocurrió el miércoles catorce de octubre de 1998. En ocasiones recuerdo ese día como si fuese entonces, tanto que si ahora mismo cierro los ojos, soy capaz de olfatear el aroma a café que emanaba desde la cocina de mi casa y se colaba hasta mi habitación. Tan común como cada mañana. Tan característico de mi rutina diaria.

En casa siempre teníamos café, y es que, desde que mi padre dejara la adicción al tabaco, la había sustituido por montones de esas tazas humeantes repletas de aquel líquido negro de delicioso olor y sabor repugnante; brebaje que probé una vez cuando tenía once años y volví a escupir en la taza casi de inmediato. No me cabía en la cabeza cómo a alguien podía gustarle algo tan asqueroso.

—¡No sabes lo que es bueno! —exclamó mi padre entre risas viéndome poner cara de ascos—. El café es uno de los placeres de esta vida.

Yo respondí que se equivocaba.

—Placer es el chocolate caliente con leche —replicaba—, o una malteada, por ejemplo. ¡Cualquier cosa que lleve chocolate!

Y no había quien me discutiera aquello.

Poco imaginaban ellos que apenas un año y unos meses después yo ya no estaría. Que vendría alguien a dejarles un enorme vacío y un miedo constante que apenas alcanzaron una vez a imaginar cuando, a los cinco años, me perdí en un mercado y tardaron casi dos horas en dar conmigo. Una anciana me había encontrado y devuelto a ellos. Mi madre me abrazó tan fuerte y por tanto tiempo que sentía que no podía respirar. Al soltarme vi que estaba hecha un mar de lágrimas y que parecía un fantasma de lo pálida que se había puesto. Años después no dejaba de relatar aquella anécdota y de describirnos lo angustiada que se había sentido.

—Lo que te mata es la incertidumbre —relataba una y otra vez—. El terror que sientes al no saber qué pasa con tu hija: si se la han robado, si se ha perdido, si se ha caído en algún sitio. Imaginar que está en manos de algún malvado que pueda hacerle cualquier cosa... Ahora tengo mucho más cuidado.

Y me sentí la niña más protegida del mundo, pero pronto comprendería que uno nunca está realmente seguro. No es como que se es capaz de levantarse un día y prever lo que va a pasar para evitarlo. Mientras estaba en cautiverio pensé en ello muchas veces y las posibilidades se me hicieron infinitas y aterradoras. Puede que cuando salgas de casa sufras algún incidente. Puede que haya un terremoto, que te asalten y te disparen. Puede que caiga un meteorito, que un coche te atropelle o que ni siquiera despiertes... Puede que desaparezcas... Había escuchado hablar de

gente que desaparecía, sobre todo viviendo en un país como México. Es el pan de cada día, pero no sabía nada de estadísticas. No sabía, por ejemplo, que al día son miles las personas desaparecidas en el mundo y que al año llegan a ser millones. Que un gran porcentaje son menores de edad... Son tantos que es imposible hablar de cifras exactas. Tan solo en México desaparecen un promedio de cuatro niños al día, que al año suman más de cuatro mil.

Algunos tienen mucha suerte: adultos que quieren desaparecer, que escapan con sus amantes; adolescentes berrinchudos a quienes no les han cumplido algún capricho; niños que se pierden por algún descuido y alguien los encuentra y los devuelve a sus hogares. Otros, como yo, somos secuestrados y vendidos como mercancía para fines más oscuros.

Antes de aquello mi mundo era sencillo y feliz. Vivía en el municipio de Culiacán en una pequeña localidad llamada Adolfo López Mateos (el Tamarindo). En el sector donde teníamos nuestra casita prácticamente todo el mundo se conocía y el entretenimiento de los vecinos era meter las narices en la vida de los demás. Mi madre no se quedaba atrás; era costurera y entre puntada y puntada, tomaba un tiempo para asomar el cuello por la ventana cada vez que la hija pequeña de la vecina salía de noche con un minivestido bien ajustado. Nos decía a mi hermana y a mí que no debíamos ser como esa muchacha cuando creciéramos, porque ella, si no poseía el carácter debilucho de la comadre yuviésemos la edad queuviésemos, nos molería a palos. No lo decía realmente en serio. Nunca nos dieron golpes extremos o exagerados, pero sí alguna que otra nalgadita cuando nos portábamos mal. Mi padre, Sergio, la secundaba asintiendo con la cabeza o gruñendo un escueto «ujum» seguido de una mueca amenazante que en realidad solía provocar cariño y ternura. Mis padres no eran precisamente los más delicados, ni cariñosos. Tampoco era gente con cultura ni dinero, pero eran buenos padres. Hacían cuanto podían con lo que tenían para brindarnos a mis hermanos y a mí una vida lo más cómoda posible dentro de la escasez que nos engullía.

El día del secuestro, después de haberme bañado y arreglado, me fui a desayunar a la cocina donde mi hermanito pequeño, al que cariñosamente llamamos Yuyi, hacía berrinches con un poco de cereal y casi se lo había tirado encima a mi madre. Mi padre tomaba café y le enseñaba enojado a mi hermano mayor, Adrián, el martillo que había roto la noche anterior.

—¡Pendejo! —rezongaba—. ¿Te crees que tengo dinero para andar comprando herramientas nuevas todo el tiempo? ¡Ya madura, hombre! —terminó de decirle en el tono medio cantado que tenía de hablar.

Mamá y yo nos burlamos de él, como de costumbre, cantando a modo de burla «Pendejo, hombre», el coro que le teníamos a su forma de reaccionar cuando se enojaba. Papá intentó agarrarme de una oreja y yo me alejé todo lo que pude, teniendo en cuenta el tamaño de la estancia, hasta quedar fuera del alcance de su mano.

Vivíamos en una casa modesta y pequeña, repleta de muebles viejos y coloridos que mi madre intentaba mantener limpios y bien ordenados con solo su voluntad férrea. A mi corta edad ya había olvidado cuantas veces los había forrado y remendado. Ahora pienso con admiración en lo que hacía con los escasos recursos que poseía. Es ese tipo de cosas que aprecias con el tiempo. Yo solía observarla a veces durante horas mientras trabajaba y descubrí cuán tenaz podía llegar a ser cuando a los diez años, la señora más rica de la comunidad donde vivíamos le había encargado hacer el vestido de novia de su hija. La acompañé ese mismo día a tomar las medidas de aquella jovencita engreída, que guardaba un inquietante parecido con el Tío Cosa de La familia Addams: era todo huesos y una larga cabellera castaña. Hermosa, densa. No sabía que se pudiera tener tanto cabello. Mi madre aguantó como una campeona los arrebatos de furia de la joven, que no

paraba de decir que mi madre la pinchaba y que no tomaba las medidas como debía, pero ella soportó en silencio aquellos malos tratos y obtuvo el tan necesitado trabajo.

Fuimos a la capital a comprar todas las perlas y telas que necesitábamos para el vestido y nos quedamos en casa de tía Tata una noche. Mamá me compró el helado más grande y delicioso que había comido jamás para que no le diera la lata mientras hacía sus compras. Era una espiral de galleta con sabor a fresas y chocolate, mermelada por encima y chispas de colores. Después visitamos la Plaza de la Constitución, el barrio de Coyoacán y, ya casi cuando anochece, el Castillo de Chapultepec. No entramos, pero yo caminé por los alrededores levantando los brazos y saludando como si fuese la princesa de aquel castillo. Sentía que el mundo me pertenecía. Creo que fue el día más feliz de toda mi vida.

Cuando acabó y Juan, mi tío político, nos llevó de regreso en su camioneta, estaba tan agotada que apoyé mi cabeza en las piernas de mi madre y dormí casi todo el trayecto.

Mamá cosió día y noche para tener listo el vestido en tres días como había acordado, a pesar de que el pago no había sido el mejor. Cuando terminó, el traje era incluso más bonito que el de la foto de la revista que le habían dado. Me di cuenta entonces de que tenía talento para mucho más que solo remendar ropa y muebles viejos y me entristecí por ella. Un día me atreví a preguntarle que por qué razón no era una gran diseñadora y ganaba mucho dinero. Su rostro se ensombreció y terminó por darme todo un discurso sobre las dificultades de la vida y como uno no obtenía siempre todo lo que quería. La eterna soñadora que era para aquel entonces no fue capaz de comprenderlo y pensó que con tan solo desearlo, las cosas serían sencillas hasta que lograrse lo que anhelaba. Tal vez a ella le faltaba aquel deseo.

Antes de salir para la escuela el día de mi secuestro, se me descoció un botón de la camisa. Mamá me atajó antes de que pudiera escabullirme y me dijo que esperara para coserlo, que solo sería un minuto y que estaría presentable. Le contesté que no, que me dejara y que ya tendría tiempo de arreglarlo después, cuando volviera a casa... ¿Cómo iba a imaginarme yo que no regresaría?

Nuestra familia no era precisamente de aquellas que se despedían con besitos y arrumacos, de las que cada día se decía cuánto se querían ni nada por el estilo, así que ese día mis padres me dijeron adiós. No de esos adioses que dices pensando en no volver a ver a alguien, sino de aquellos que dices por decir algo antes de marcharte, pensando tal vez que es seguro que volverás a ver a la persona de la que te despides. Solemos dar tantas cosas por sentado que olvidamos por completo que, a pesar de nuestro libre albedrío, estamos sujetos a la implacable fuerza del azar. Que hay miles de millones de personas decidiendo, y cuyas elecciones pueden afectarte directa o indirectamente, y que algunos elijen a veces perjudicarte a propósito.

Salí de mi casa al escuchar la inconfundible voz de Marta, que me había pasado a buscar para juntas recoger a Lupe, quien para aquel entonces era mi mejor amiga. A Marta la conocía hacía muy poco, se había mudado al barrio apenas unos meses atrás y era un año menor que Lupe y que yo. A esta no recordaba cuando la había visto por primera vez, creo que estábamos juntas ya cuando nuestras respectivas madres, que también eran amigas, se quedaron embarazadas casi al mismo tiempo. Era para mí como una hermana gemela de aspecto distinto con la que compartía todo. Íbamos juntas a la escuela y a veces, por las tardes, también lo estábamos. Los fines de semana, la primera en despertarse iba a casa de la otra hasta mediodía, hacíamos pausa para comer y luego volvíamos a encontrarnos para jugar. Al hacernos más mayores, compartíamos cosas de nuevas señoritas: hablábamos de lo injustos que eran nuestros padres con sus prohibiciones y castigos, los profesores y el mundo, pero, sobre todo, de chicos.

Lupe era una niña bastante bajita para su edad, de ojos saltones y enormes, pelo castaño claro y un ligero sobrepeso. La gente solía burlarse de ella y allí siempre estaba yo para defenderla. Su físico contrastaba con el de Marta y el mío, que éramos delgadas y de facciones más delicadas, pero mientras Marta tenía un pelo amarillento bastante parecido al maíz y ojos de un bonito color verde, los míos eran marrones y mi pelo, de un negro intenso y voluminoso que me llegaba hasta la cintura y que cortaba a menudo porque no quería parar de crecer. Papá, quien solía llamarme por apodos tales como *mariposita* o *princesita*, empezó a llamarme *ciguapa* por ello, en honor a las leyendas que su madre, mi abuela, oriunda de República Dominicana, le contaba de niño.

—¿Qué hubo, Ceci? —me saludó Marta al encontrarme frente a ella.

—Tranquila pues —le respondí como cada mañana mientras salíamos del minúsculo jardín frontal de mi casa y girábamos hacia la derecha camino de casa de Lupe.

—Hoy nos toca Naturales detrás de Ciencias Sociales y para acabarla de amolar después, Matemáticas, qué pedo —continuó la joven caminando por el borde de la acera y dando saltitos.

—No te metas con las Matemáticas. En cambio, lo otro debería estar prohibido —dije a modo de broma—. Ya quiero que toquen el timbre de salida y ni siquiera he empezado.

—Ese profe de Sociales me tiene mamada. Ayer me esperó a la salida y me reclamó por haberme dormido en clase. ¿Quién no se iba a dormir con su forma de hablar si parece un té con patas de esos que te duermen?

Ambas nos reíamos ajenas en ese momento a que una furgoneta nos estaba siguiendo desde el instante en el que habíamos salido de mi casa. Unos minutos más tarde nos paramos frente al portón viejo y destartalado que conducía a la casa de Lupe. Llamamos a la puerta varias veces como de costumbre al ritmo de la canción favorita de la chica. Cuando la niña salió, nos regaló una sonrisa de oreja a oreja. Tenía unos labios tan finos y tanto espacio en la boca que yo solía pensar que su sonrisa se asemejaba más a la de un payaso que a cualquier otra cosa.

—*Holita* —nos saludó a Marta y a mí como tenía por costumbre hacer. En la escuela se burlaban también por su forma tan particular de hablar añadiéndole un diminutivo a casi cada una de sus palabras, aunque a mí eso me parecía muy dulce. Todavía me encontraba en aquella etapa de la vida en donde los poemas cursis y las cosas de aspecto tierno me llamaban la atención.

A escasos metros de casa de Lupe llegamos al terreno baldío que atravesábamos para acortar el camino y llegar más rápido a la escuela. Entonces, la furgoneta que nos seguía nos adelantó y nos cortó el paso. Las tres nos miramos un instante sin comprender antes de asustarnos realmente, cuando dos hombres salieron del vehículo y se abalanzaron hacia nosotras. La primera en salir huyendo fue Lupe quien, además, gritó desesperada. Marta y yo reaccionamos al mismo tiempo y también echamos a correr, pero, al intentar volvernos, un tercer hombre nos cerró el paso y atrapó a mi compañera. Yo intenté huir por otra dirección pero fui muy lenta. Casi lo logré, pero uno de los hombres consiguió agarrarme la mochila que aún llevaba a la espalda y me detuvo con tanta fuerza que caí de espaldas de manera estrepitosa mientras este me cogía las manos con las que, con todas mis fuerzas y en vano, intentaba defenderme. Recibí varios golpes en el rostro y en la cabeza pero aun con las manos inmovilizadas seguía pateando.

Antes de que las fuerzas me abandonaran vi la silueta de Lupe alejarse de la lastimosa escena despavorida. Nunca había sido la más rápida de la escuela pero en aquella ocasión en particular me dio la impresión de que podía participar en alguna olimpiada. Envidié su destreza y por años lamenté no haber tenido un instinto mejor de supervivencia.

Dos de los hombres nos subieron a Marta y a mí en la parte de atrás de la furgoneta mientras el otro se subía delante y manejaba. Mi captor tomó un paño empapado de alguna sustancia y tapó mi

nariz y mi boca. Miré hacia arriba desconcertada intentando buscar alguna ayuda o salida pero todo se volvía oscuro y al cabo de un rato ya había perdido el conocimiento.

Así fue como me lo quitaron todo. Quizás en unos años yo hubiera estudiado Enfermería, o me hubiese hecho costurera, o estaría llena de niños, pero hubiera sido mi elección, mi voluntad, la que hubiese determinado mi destino. Ahora nunca lo sabré. No sabré si hubiese cumplido mis sueños algún día o hubiese terminado deseando otras cosas a medida que crecía. No sabré si hubiese terminado de ayudar a mi madre en el jardincito que teníamos o todavía estaría poniéndole excusas. No sabré si Pedro, el chico que me gustaba, hubiese seguido siendo mi novio y después de un tiempo me hubiese dado cuenta de que tan solo era un niño presumido e insoportable que se creía el más guapo de todo el cole. No sabré si, con el tiempo, a medida que perdiera la inocencia, me hubiese vuelto una chica fiestera y rebelde. Si hubiese arruinado mi futuro y salido embarazada antes de terminar la prepa. Si por el contrario me habría mantenido firme en mis metas. No sabré cuantos disgustos y problemas hubiese causado a mis padres o cuántas alegrías y motivos de orgullo les hubiese dado. No sabré cuáles fueron los momentos de tristeza o alegría que unieron a la familia, ni cuantas bromas les habría gastado a mis hermanos, o cuánto los hubiese ayudado cuando se encontraran en algún apuro o hicieran algo malo. En la mesa de mi casa faltaría un puesto y yo jamás llegaría a saber lo que nunca fui. El destino que me robaron jamás lo conoceré. Solo sé que una decisión cambió mi vida. Una decisión, y no la mía.

La trata de personas o tráfico de personas es el comercio ilegal de seres humanos con propósitos de explotación en cualquiera de sus formas. Es lo que se conoce como esclavitud moderna y constituye el tercer negocio ilícito más importante del mundo.

Las formas de explotación son las siguientes: **explotación sexual, trabajo forzoso, servidumbre doméstica, matrimonio forzado, mendicidad infantil y extracción ilícita de órganos.**

La trata comienza con la **captación**, que es la acogida de una persona utilizando la violencia, amenazas, engaños, secuestro, abuso de poder o de la situación de vulnerabilidad u otros elementos de coacción.

Capítulo 2: Aquella casa amarilla

Pasé por una fase de confusión a medida que unos sollozos y gritos ahogados fueron llegando a mis oídos mientras recobraba la conciencia. ¿Olía a vómitos y orina, o era parte de un sueño lejano en el que alguien me atrapaba y me metía en una furgoneta? Esas cosas no me pasaban a mí. Mi vida era aburrida y rutinaria. Los secuestros le pasaban a personas lejanas de las que solo escuchaba hablar en las noticias o comentarios vecinales. Nada más. Pensaba que lo que estaba viviendo no era más que parte de una pesadilla bastante vívida en la que me había sumido.

La realidad me plantó cara imponente al sentir un dolor lacerante en las muñecas y tobillos que me indicaba que estaba atada. Al abrir los ojos, la escasa luz del interior del vehículo que se filtraba a través de la ventanilla que conducía a la parte principal del auto, me ayudó a distinguir las siluetas recortadas y apretujadas de otros niños. Debíamos ser unos siete. Intenté moverme y me dolió hasta el alma.

Lo siguiente que percibí fue una mordaza tan ajustada que se me metía entre los labios y me lastimaba las comisuras de la boca. Una parte de mí quiso reconocerse en medio del cúmulo de arañazos y magulladuras que era mi cuerpo y no lo logró. No sabía a ciencia cierta cuántas horas había permanecido inconsciente, pero debieron ser unas cuantas por el estado en el que me encontraba. Los golpes, además de los que me habían propinado al capturarme, debían de provenir del choque entre los cuerpos apiñados cada vez que el vehículo se movía muy deprisa o pasaba por algunos de los baches que contenía la carretera.

Al cabo de unos minutos la parte de mí que continuaba con su búsqueda encontró algo de arrojo y, entre dolores punzantes, logré sentarme. A mi lado pude distinguir a una niña que no tendría más de diez años y a mi izquierda estaba Marta cuyos ojos brillaban de terror. No dejaba de mirarme como si pudiera comunicarse conmigo de forma telepática y me estuviera interrogando.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —la escuché decirme en mi cabeza. En aquel tiempo tenía todavía una imaginación bastante productiva.

Me acerqué a ella y rocé mi pierna con la suya para tratar de reconfortarla o para reconfortarme yo, no estoy segura. Yo estaba, si cabía la posibilidad, aún más aterrada pero no habían eliminado de mí mi parte más altruista, aquella que para ese entonces todavía poseía, pero, como dice el dicho, «uno es uno mismo más las circunstancias» y mis circunstancias se pondrían cada vez peor.

Los tres hombres que nos habían secuestrado estaban en la parte delantera del vehículo. Uno manejaba y los otros dos conversaban animados. Me eché de nuevo al suelo justo antes de que uno de ellos asomara la cabeza por la ventanilla para controlarnos. Entonces mi instinto de supervivencia se hizo cargo y comencé a pensar fervientemente en la forma de salir de aquella situación. Lo primero era lograr zafarme de mis ataduras, después ya vería. Comencé a mover las manos sin importarme que, al hacerlo, me hacía más daño hasta quedarme en carne viva. No funcionó. Me alteré y mis movimientos aumentaron de ritmo hasta llegar al punto de no sentir el dolor. Mis gemidos se ahogaban en lloros frenéticos y mi respiración se descontroló hasta el punto

de sentir que no podía respirar. Estaba teniendo un ataque de pánico. Recuperar la cordura me costó todavía varios minutos. No sé cómo no terminé desmayándome.

Comencé a pensar que, si me calmaba, tendría más posibilidades y que no debía malgastar energías que pudieran hacerme falta después. Solo entonces estudié con detenimiento el lugar donde me encontraba en busca de alguna herramienta que fuera útil para desatarme, y la encontré: la furgoneta tenía ventanas que estaban cubiertas de láminas de hierro con celdas de un centímetro y medio aproximadamente. Las habían soldado ahí, imaginé, para que ningún niño tuviera la posibilidad de abrirlas o romperlas. Sin embargo, en una de las esquinas había un filo que sobresalía. Justo lo que necesitaba.

Me tomó dos intentos pasar por encima de Marta y colocarme justo donde estaba ella junto a la ventanilla. La chica me miró estupefacta preguntándose, creo, que qué diablos me pasaba por la cabeza, pero no me importó. En ese momento no podía darme el lujo de andarme con miramientos. Gimoteé de dolor cuando estuve encima de ella unos instantes y luego se arrastró hasta donde me habían colocado a mí. Una vez estuve donde quería, levanté las manos atadas y empecé a frotar las cuerdas contra el borde de metal una y otra vez. ¡Me dio un vuelco el corazón! ¡Lo estaba logrando! El continuo roce provocaba que esta se deshilara lentamente. De vez en cuando echaba una miradita nerviosa por encima de mi cabeza para comprobar que ninguno de los hombres se diera cuenta de lo que estaba haciendo y hasta el momento las cosas estaban saliendo como esperaba. El dolor me hizo apretar los dientes, pero no me di por vencida. No iba a permitírmelo. No noté siquiera que los niños ya no hacían el ruido de antes y que sus miradas estaban puestas en mí. En ese momento no tenía cabeza para nada más que no fuera procurar que no me descubrieran y continuar haciendo mi trabajo. Un momento más tarde, el esfuerzo dio sus frutos y mis manos se encontraron libres al fin. Aunque el dolor de la piel abierta continuaba, resultaba un alivio sentir la sangre fluir de nuevo hasta la zona.

Respiré hondo y volví a controlar que todo seguía en orden, así que me senté de nuevo y me puse a desatar los nudos de la cuerda que me ataba los pies. El proceso fue mucho más rápido en esta ocasión. Marta, quien también controlaba a nuestros captores, me extendió las manos y me hizo un gesto con la mirada para que la desatara también. Eso hice. Pronto ya no estábamos ni atadas ni amordazadas.

—A los otros también —me susurró al oído.

Asentí y me acerqué a la niña más próxima para ayudarla. Marta ya estaba encargándose de la que le quedaba al lado. Estaba a punto de terminar cuando el vehículo se detuvo repentinamente con un frenazo que me hizo perder el equilibrio y caer de bruces encima de la niña.

Estábamos perdidas. No sé como olvidé la parte más importante de todo el proceso, que era precisamente cómo íbamos a salir de allí. En mi mente había sopesado la idea de darle una patada fuerte a quien quiera que abriera la puerta y salir corriendo, pero, como he dicho antes, tenía demasiada imaginación. Una cosa era pensar que aquella descabellada estrategia podría llevarse a cabo y otra muy distinta que en verdad se pudiera realizar. No había contado, por ejemplo, con cosas tan obvias como la fuerza de mi captor o que no uno abriría la puerta, sino dos o los tres... No sabía siquiera si habíamos llegado a nuestro destino y habría más personas involucradas.

Todas reaccionamos casi al unísono y nos volvimos a acostar cuando escuchamos un portón abrirse con un rechinado al son de unas voces que gritaban algo ininteligible desde mi posición. El vehículo continuó la marcha pero no tardó más que unos segundos en volver a detenerse. Volvimos a escuchar abrirse dos puertas, más pequeñas y cercanas, que debían ser las de la furgoneta, y que se cerraron casi al instante. Luego se escucharon risas y voces pertenecientes a más de un hombre.

Marta volvió a dirigirse hacia mí soltando un gritito a través de la mordaza que ninguna nos habíamos quitado aún. Los demás también se habían alterado y empezado a gimotear con más frecuencia y agitación. Fuera, las voces seguían charlando animadamente. Después se escucharon pasos acercarse y la destellante luz del sol nos bañó por completo, lastimándonos, de paso, los ojos.

Los tres hombres que nos habían subido al vehículo fueron los que nos arrastraron uno a uno fuera del mismo con una brusquedad innecesaria. Habían desatado a los demás y a nosotros nos hicieron una mueca al vernos así, pero no dijeron nada. Por el sol, debían ser más o menos las cuatro de la tarde.

Estábamos en lo que parecía el jardín principal de una casa enorme pintada de un amarillo tan claro que se asemejaba al beige. Solo había visto una casa parecida en mi comunidad, pero, desde luego, no tan grande y espléndida. Los techos estaban cubiertos de tejas marrones y los bordes de las ventanas y las puertas estaban decorados con yeso. Lo único que la diferenciaba de las mansiones de la televisión era que todo estaba protegido con rejas de hierro de bonitos diseños que le daban el aspecto de una cárcel de lujo más que de una casa. Una cárcel para nosotros, pensé. Un enorme muro de hierro la resguardaba. La única entrada era la de un portón negro que solo alcanzaba a ver de reojo a un lado. Hombres de traje, armados hasta los dientes, vigilaban cada parte del recinto. Había incluso algunos colocados estratégicamente en los techos del tercer piso. Un hombre bajito, de pelo gris y piel rojiza como si hubiera pasado demasiado tiempo al sol, vestido con tan solo un traje de baño azul de esos que casi llegaban a las rodillas, le decía algo al oído a uno de nuestros captores, quien asentía constantemente complacido. El hombre del bañador le devolvió la sonrisa y dejó entrever varios dientes de oro igual de brillantes que un collar horrendo que llevaba al cuello. Sus manos y muñecas también estaban repletas de accesorios del mismo material.

Espantada vi que uno de los secuestradores, el que había estado manejando, me señalaba y decía, esta vez en voz alta:

—Es preciosa. Blanquita. Seguro le sacarás mucho.

—La chamaca *ta rete chula*, eso sí —respondía el otro.

—¿Y qué hay de los demás? —preguntó de nuevo el secuestrador.

—No, *pos* yo te compro cuatro *nomás*. Ahora, si los otros, vas y se los llevas a Miguel y le dices que van de mi parte.

«Yo te los compro» era lo único que se me había quedado grabado a fuego en la mente. ¿No lo entendía o no quería entender? Busqué la mirada de Marta, quien también buscó la mía y, cuando las dos se encontraron, fue como si ambas lo hubiésemos comprendido de golpe, como cuando nos pasaba lo mismo con uno de los chistes de Lupe. ¡A nosotras! ¡Este hombre nos iba a comprar a nosotras!

Les miré con toda la rabia que pude. Una vez mi padre me dijo que era capaz de matar a alguien con la mirada. Ellos, sin embargo, parecieron no notarlo. Quise gritarles que no éramos mercancía, que éramos niños, pero no me atreví. No pude articular palabra ni moverme siquiera. El miedo me había invadido y paralizado. ¿Esto existe? Me pregunté. ¿Hay en verdad gente que es capaz de robar niños y venderlos? Y... ¿para qué los compraban?

Recordé cuando visitaba a mi abuela y ella me ponía a rezar diferentes oraciones. Una de ellas era *Angelito de mi guarda* y la última frase, después de pedir que nos libre de los pecados, de Satanás y otras cosas sobrenaturales, venía: «y de hombres malhechores, amén». Así que estos

eran los hombres malhechores. Bueno, abuela, parece que las oraciones no dan resultado después de todo...

El hombre de las joyas se acercó a mí y me tomó de la barbilla para observarme, luego me apartó del resto de los niños murmurando «esta» con el desprecio tal de quien se cree superior a los demás. También escogió a Marta y la apartó, luego a una chiquilla de nuestra edad y, por último, al único varoncito del grupo que tendría más o menos diez años. Entonces el señor les hizo una seña a sus guardias y ellos nos empujaron al interior de la casa, colocándonos las puntas de sus armas a la altura de nuestro cuello al tiempo que seguíamos a otro de ellos.

El guardaespaldas continuó su camino atravesando un extenso corredor, después una cocina y, por último, una puerta que conducía a las largas escaleras que llegaban hasta el sótano. Nosotros le seguíamos el ritmo entre lloriqueos ahogados, pero ninguno se atrevía a decir una palabra. Al descender nos encontramos con un pasillo estrecho, escasamente iluminado y mal oliente, en cuyo final había una puerta de hierro en muy mal estado cerrada con un enorme candado. El guardaespaldas la abrió y nos ordenó atravesarla con un gesto de su cabeza.

Encontramos una habitación pequeña y vacía en donde solo había tres puertas y una era la que acabábamos de dejar atrás. A través de las mismas, escuchamos las voces que callaron de repente cuando el *guarura* introdujo una llave en el candado de la puerta derecha. Imaginé por un momento que evadía a los guardas, salía corriendo y lograba escapar. Imaginé que le daba una patada entre las piernas al más cercano de mis opresores, lo desarmaba y escapaba. Fui muy ingenua. Siendo la primera en la fila debía dar el primer paso para entrar a aquella estancia medio iluminada por una lámpara de gas en una mesa que había en el centro, pero me quedé paralizada. Mis piernas flaquearon y temblaron peligrosamente. Mis músculos se tensaron y mi corazón se detuvo. ¿Y si nunca salía de allí? ¿Y si esta era la entrada al infierno? ¡Tonta! ¡Tú ya estás en el infierno! Lo estuviste desde que no fuiste capaz de correr más rápido que tu perseguidor y perdiste la carrera por tu vida y tu libertad.

Me agarraron del brazo y me empujaron al interior de la habitación de forma tan agresiva que caí al suelo boca abajo. Los demás también entraron y la puerta se cerró de pronto tras nosotros con un ensordecedor estrépito. Escuchamos cuando se echó el candado.

Me quedé ahí tirada, casi besando el suelo sin importarme nada. Y lloré. Lloré porque aquello no era justo, porque no entendía cómo alguien era capaz de hacernos esto a niños que no habíamos hecho nada malo. ¿O sí? ¿Merecía yo lo que me estaba pasando? ¿Qué tan grande mal había hecho para merecer aquello? ¿Era algún castigo divino? En la iglesia nos enseñaban que Dios castiga a los malvados y tiende su mano a los justos. ¿Me había portado yo mal? Bueno, una vez puse pegamento en la falda de mi tía y se la eché a perder. Ni siquiera mi madre, con todo su talento, pudo resolver aquel desparpajo. En otra ocasión, le pregunté al cura que por qué necesitaba Dios tanto dinero si era Todopoderoso. Solía hacer berrinches, no arreglaba mi cama, me enamoré prematuramente de un chico en el colegio y, para colmo, agarraba el maquillaje de mis tías cada vez que tenía oportunidad y jugaba a que era ya una señorita. Pero quizás lo peor había sido hace dos meses, cuando le pegué una patada a un maestro en la entrepierna porque estaba siendo injusto conmigo. Resulta que, aquel día, una compañera de la escuela había estado insultando a Lupe durante toda la clase y el profesor no había ni abierto la boca para ayudarla, por lo que yo tomé cartas en el asunto y, cogiendo el bote de pegamento, se lo vacié en la cabeza. Como cabía esperar, el maestro, muy enojado, me mandó salir de clase y me soltó tremenda reprimenda delante de todos mis compañeros. Yo me negué a salir y él me tomó del brazo y me arrastró hasta

el pasillo. Por eso le pegué. No quería darle ahí precisamente, pero él se había desviado en el último instante y allí fue a parar mi pie izquierdo.

Desde luego aquello no era un castigo divino, pero es común que los niños que son secuestrados y abusados lleguen a sentirse culpables por lo que les está pasando. A mí me habían criado de forma inocente y cerrada siguiendo los preceptos a rajatabla de la iglesia. Tal vez mi madre quiso con ello protegerme del mundo, pero el mundo me alcanzó.

Marta me ayudó a levantarme llamándome delicadamente por mi nombre. ¿Cómo mantener la calma ante tales circunstancias?

—Ceci... Cecilia... Cecilia... levanta.

Me puse de pie con dificultad. El lugar estaba repleto de colchones en el suelo, ropa, toallas y otros objetos personales que estaban esparcidos por doquier. En una esquina se encontraba la entrada a un pequeño cuarto de baño bien iluminado y cuya puerta se mantenía abierta. Luego estaban ellos: niños, adolescentes... Variados y de todas las edades. Algunas chicas jóvenes estaban muy golpeadas y semidesnudas. Otras se abrazaban entre sí y lloraban. Una imagen macabra, desoladora. El infierno, sin duda.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz quebrada la otra chica que habían traído con nosotras. Nadie respondió. Los lloros aumentaron hasta que, de las sombras, salió una niña de más o menos diez años. Sus ojos marrones se iluminaban más a la luz de la lámpara. Tenía el pelo castaño y lleno de bucles hasta debajo de los hombros y un rostro de facciones tan delicadas que parecían las de un ángel. Preciosa.

—No lo sabemos —respondió con voz angelical en un acento que no era mexicano—. Nos traen aquí para vendernos y de vez en cuando vienen a... —Se le quebró la voz.

—¡A violarnos! —terminó por ella una chica mucho más mayor que tenía moretones y arañazos por todas partes—. Son una red de trata de personas y nos van a vender.

—¿Una red de qué? —interrumpió Marta formulando la pregunta que yo también me estaba haciendo.

La chica nos contó como pudo qué significaba aquello y muchas de nuestras preguntas fueron por fin contestadas. Nos aclaró que estas personas se dedicaban a comercializar con otras personas secuestrándolas para luego venderlas al mejor postor. Yo, con mis doce años y escasos conocimientos del mundo, me sentía en un estado surrealista. No terminaba de creérmelo, por lo que me preguntaba una y otra vez: ¿en verdad pasaban estas cosas? ¿Por qué nadie me lo dijo? ¿Cómo es que no aprendíamos esto en la escuela? ¿Cómo es que nunca había escuchado hablar del tema? ¿Pasaba esto con todos los desaparecidos de los que había escuchado hablar en las noticias? ¿Con tantos niños? Yo sabía que el mundo no era color de rosa. Sabía de pobreza y necesidades, pero que fuese tan monstruoso era una sorpresa. Nunca me había detenido a pensar qué sucedía con las personas desaparecidas. Pensaba que se perdían y que se tardaba mucho en volverlas a encontrar y que los que tenían mala suerte lo hacían para siempre, pero nada más. Recuerdo que mi madre siempre apagaba nuestra malgastada TV en blanco y negro cuando estábamos presentes. No nos dejaba a mis hermanos y a mí ver nada más que caricaturas. Supe lo que era un beso por primera vez cuando a los ocho años vi sin querer a una pareja besarse en la boca en una telenovela. Hasta entonces tan solo era una expresión de cariño que se depositaba en una mejilla o en la mano de alguien. Ni siquiera había visto a mis padres besarse.

Con el tiempo aprendí y me documenté más sobre el tráfico humano. Supe que era más siniestro de lo que entendí aquel día en el sótano de esa casa. La trata es el tercer negocio ilegal más lucrativo del mundo después del tráfico de drogas y armas. Existe en 106 países y genera

ganancias estratosféricas, cuyas cifras exactas son imposibles de determinar. Se cree que unos 35 mil millones de euros al año.

Como no había suficientes colchones para todas, Marta, los otros dos chicos y yo nos sentamos en el suelo muy juntos unos de otros. El niño no paraba de llorar y llamar a su madre. Ninguno paraba de hacerlo. No después de haber escuchado los horrores de lo que les había sucedido a los demás y nos sucedería a nosotros. Las chicas no paraban de murmurar cosas entre ellas, mostrándose tan asustadas que casi podías palpar el miedo. La expectativa de lo negativo aterra, más a los niños.

Cerca de mí escuché los sollozos de la chiquilla extranjera mientras otra chica la abrazaba. Me pregunté cuánto tiempo llevaría la pobre allí y qué había vivido. No se veía ni golpeada ni maltratada como las demás, así que supuse que no mucho. Sin embargo, yo sabía que no todas las heridas dejaban huellas visibles.

Mi mente volvió volando a mi pueblo y me pregunté cómo estarían mis padres. ¿Qué estaría pasando con ellos en ese momento? Lupe les habrá contado que nos secuestraron. Me la imaginé llegando a casa toda alterada y hecha un mar de lágrimas y relatando a sus padres lo ocurrido. Estos, después de haberla consolado, irían corriendo a mi casa y a la de Marta e informarían a los nuestros. Lupe les relataría con exactitud lo acontecido y a mi madre le daría un ataque de nervios. Lloraría desesperada e iría a la construcción a contarle a mi padre, quien la vería llegar contento y pensaría que le iba a traer algo, pero no. Sabría que no al ver que no llevaba nada y observar su cara deformada por el miedo y el llanto. Dejaría de sonreír y correría a ver qué había sucedido. Mi padre entonces tomaría a sus hombres y saldría a recopilar más información, a ver si alguien vio algo más que Lupe. Mi madre pondría la denuncia en la policía con esperanzas hasta el final de que me encontrarán.

Estaba cansada y adolorida. Apoyé la cabeza en el hombro de Marta y cerré los ojos. No sé en qué punto me había quedado dormida. Seguro que casi de inmediato, pero desperté enseguida cuando la puerta volvió abrirse. Me espanté y desperté a las chicas a mi lado, que también habían caído rendidas. Las demás empezaron a llorar y mi miedo fue en aumento. Por la puerta habían entrado unos diez hombres y ya se estaban acercando a las demás. Parecían decidir cuál era la más bonita. A cuál de todas probarían primero. Uno de ellos se me quedó mirando como nunca antes nadie lo había hecho. Una mirada lasciva que siempre me acompañaría en mis pesadillas y que luego se convertiría en algo rutinario en mi día a día. Tenía un aspecto sombrío, ojos oscuros y era bajito y regordete. Se acercó y me agarró una de las muñecas. Me puse nerviosa y con la mano que me quedaba libre le di una bofetada con todas las fuerzas de las que fui capaz mientras le gritaba que me soltara. Cuando él iba a devolvérmela, una mano lo atajó. Reconocí a quien lo había detenido como el hombre del bañador y las joyas excesivas, salvo que ahora vestía de traje blanco.

—¿Cuántas veces voy a decir, carajo, que a las chamacas del gringo no? —le gritó al tipo que todavía me tenía cogida de la mano.

—¡La puta se atrevió a pegarme! —respondió airado el contrariado.

—Pues, si le vas a pegar, no lo hagas en el rostro, ¡como un demonio!

Entonces aquel hombre me soltó por un momento y se sacó el cinturón del pantalón. Comenzó a pegarme con él de una forma tan violenta que se me escapó el aire de los pulmones con el primer latigazo. La hebilla me golpeó más de una vez en el hueso izquierdo de la cadera y los golpes se prolongaron hasta que el que parecía el jefe dijo que ya bastaba. Concentrada en lo que me estaba pasando, no me percaté de lo que le ocurría a los demás: salvo unas pocas niñas, de las más

jóvenes, cada hombre había tomado a una chica y se la había llevado consigo a algún lugar. Otros, en cambio, habían escogido a una y la habían tirado al suelo para luego violarla salvajemente.

Me quedé de piedra. Sabía lo que era el sexo y más o menos tenía una idea de cómo se practicaba. También había escuchado hablar de violaciones, pero nunca, ni en mis peores pesadillas, imaginé algo como lo que estaba viendo. Aparté la mirada y no pude más que llorar mientras abrazaba a Marta, quien parecía no poder apartar la vista consternada por aquella horrible escena. La niña extranjera tampoco había sido atacada y corrió a ocultarse detrás de nosotras, quienes habíamos retrocedido hasta casi hacernos parte de la pared. Solté a Marta y me tapé los oídos. No soportaba los gritos de suplica, ni de dolor, ni el llanto. ¿Cómo podían hacer aquello y por qué? ¿Cómo podían existir seres tan inmisericordes y despreciables como esos? Simplemente no lo entendía, no había visto nada similar. Jamás podré describir lo que fue para mí ver todo aquello de golpe y no poder asimilarlo. Sentir que vivía en una mala pesadilla porque mi mente no era capaz de concebir que actos tan despreciables fueran reales. Pienso en cómo crece y se desarrolla un ser humano; paso a paso, gradualmente, va comprendiendo el mundo, pero ¿y si de golpe te obligan a madurar? ¿Cómo asimilas eso tan deprisa en especial cuando te has criado pensando que casi todo es hermoso y bueno? ¿Cómo no pensar que es irreal cuando, hasta hace poco, la mayor de mis preocupaciones era mis calificaciones y el mayor problema al que me enfrentaba era no tener privacidad en mi propia casa? ¿Lo que hubiese dado yo en aquel momento por volver a creer eso! Por borrar este último día de mi vida y olvidarlo para siempre. Por despertar de nuevo entre la calidez de mi cama al lado de los hermanos con los que compartía el dormitorio. Poder seguir siendo un poquito más la niña que fui, la que debí continuar siendo al menos unos años más. Está bien que algún día descubriría el mundo, pero ¿por qué así? ¿Por qué de aquella forma tan despiadada y violenta?

Me había sentado en el suelo y cerrado fuertemente los ojos a la vez que me tapaba los oídos para cuando la mayoría hubo terminado. Sin embargo, la cosa no paró ahí y casi toda la noche fueron llegando hombres en grupitos de tres y cuatro a violar a las mismas chicas quienes lloraban, sí, pero ya no se resistían. Era mejor así, pensé. A la mañana siguiente lo mismo, luego durante la tarde y por las noches...

Descubrí entonces cómo las víctimas pueden ser verdugos cuando, al segundo día de estar en cautiverio y de que nadie nos tocara a unas cuantas niñas y a mí, muchas de las chicas empezaron a arrojarnos miradas llenas de odio. Una de ellas, que se llamaba María, junto a varias seguidoras nos empezó a quitar los alimentos y los pocos artículos de higiene que nos habían dado. Alguna que otra chica intentó defendernos pero prefirieron mantenerse al margen cuando las amenazaron con hacerles lo mismo.

—Danos tu comida, princesita —me había amenazado la líder aquella segunda noche con una voz amenazadora. Era una muchacha de unos quince años, de pelo negro y rizado que le caía hasta los hombros. Era esbelta pero parecía fuerte y tenía unas cinco seguidoras. Apreté los puños y me mordí la lengua para no decirles lo vil que me parecía todo lo que estaban haciendo, pero no dije nada y me limité a pasarle el asqueroso arroz con frijoles que nos habían servido. Bajé la cabeza en señal de sumisión. A una de las niñas que se había resistido esa misma tarde le habían dado la paliza de su vida y no quería que a mí me pasara aquello. Sin embargo, me propinaron una cachetada para demostrar quién era la que mandaba e hicieron lo mismo con Marta, con la chica extranjera que había resultado ser de Colombia y que se llamaba Julia, con el único niño del grupo llamado Andrés, con la niña de nuestra edad que estaba en la furgoneta de nombre Sandra, y con dos chicas más que se mantenían apartadas y que no hablaban mucho, llamadas Mara y Sofía.

Así fue durante los siguientes dos días. Mientras tanto, para sobrevivir, algunas chicas nos daban un poco de su comida y bebíamos hasta hartarnos de un bebedero que había en un rincón para no sentir el hambre. Al menos eso. Todo continuaba como el primer día: oíamos a los hombres bajar, nos daban comida en unas ocasiones y en otras violaban o se llevaban a las chicas. Así sabíamos que era de noche, de día y cuánto tiempo había pasado desde que nos llevaron allí. Cuatro días.

En cada ocasión temía que me tocara a mí pero nunca pasó, así que llegué a pensar que tal vez Dios sí estaba escuchando las oraciones que recitaba sin parar de noche y de día hasta quedarme exhausta. Todas las nuevas lo hacíamos, pero lo que más pedimos nunca llegó: el rescate.

Al quinto día oímos que estaban abriendo el candado de la puerta y nos quedamos en silencio como de costumbre, pero, para nuestra sorpresa, entró una mujer de unos 40 años con el pelo rojo envuelto en una trenza y el rostro en un gesto severo. Llevaba ropa en una canasta. Alguien volvió a cerrar la puerta tras ella. La mujer nos señaló a las más pequeñas del grupo y nos advirtió que debíamos ducharnos, peinarnos y estar listas lo más pronto posible. Nos dejó la canasta para que nos repartiéramos y pusiéramos la ropa. Al principio nadie se movió. La mujer se acercó a nosotros y nos fulminó con la mirada. Notamos que hasta las chicas que nos habían quitado el pan nos miraban ahora con lástima. ¿Acaso había llegado el momento? ¿Qué nos iban a hacer? ¿Por qué tanto misterio y por qué nos movían de lugar? ¿Acaso nos aguardaba algo peor que lo que le hacían a las demás jóvenes?

—La que no esté limpia y vestida para cuando yo vuelva a entrar por esa puerta, que se atenga a las consecuencias —nos amenazó la mujer antes de darse la vuelta, tocar para que le abrieran y marcharse.

—Así que se les acabó el reinado —dijo María tratando de sonar burlona, pero su tono era ligeramente más compasivo—. Bueno, mamacitas, a todas nos toca.

Me di media vuelta asustada y los ojos se me llenaron de lágrimas. Me quité el uniforme de la escuela que era lo único que traía y, por lo tanto, lo único con lo que me vestía, y me di una ducha rápida de pies a cabeza junto con las demás seleccionadas. Cuando hube terminado me dirigí hasta donde estaba la canasta con la ropa y vi que eran camisetas y licras cortas. Tomé lo primero que vi y ni siquiera me molesté en cambiarlas cuando noté que me quedaban pequeñas. Me sudaban las manos y temblaba no precisamente de frío. Las demás, igual de asustadas, terminaron de vestirse.

—Lo mejor será que no se resistan —nos aconsejó una de las chicas—. Así nadie las va a golpear, en especial si es la primera vez.

Me quise morir. Un rato después la puerta volvió a abrirse pero esta vez no se cerró tras la mujer, quien nos miró de arriba abajo y nos dio el visto bueno asintiendo con una mueca que parecía decir: «No es como debería, pero más no se puede hacer».

—Sígueme —nos indicó. Lo hicimos sin rechistar.

Salimos por fin de aquella hedionda estancia tras tantos días y un guardia cerró la puerta tras nosotros. Recorrimos el camino por el que habíamos venido días atrás hasta llegar a las escaleras. Después de ahí la ruta cambió.

—La primera que lllore o que intente algo estúpido, se muere. ¿Queda claro? —nos volvió a amenazar la mujer. Asentimos— Muévanse, que al gringo no le gusta esperar.

En México, entre los años **1995 y 2018**, han desaparecido más de **9.000** niños y adolescentes. Debido a diversos factores, resulta imposible determinar el número de víctimas, pero se estima que cada año, **ocho millones de niños son víctimas de trata en todo el mundo.**

El destino final de muchas de las víctimas de trata de personas en México es Estados Unidos. La trata puede ser **transnacional o nacional**. Esto se debe a que las víctimas pueden ser trasladadas a otros países o bien ser explotadas en el país donde fueron captadas.

Capítulo 3: El club

Salimos al patio trasero, en donde había una piscina mediana, varias tumbonas y mesas de jardín. Algunos hombres estaban recostados tomando el sol y bebiendo cócteles pintorescos junto a algunas chicas que habían seleccionado aquel día en bikini. En una de las mesas estaba el señor de las joyas horteras y un hombre alto rubio, de ojos azules, vestido con un pantalón beige y una camiseta azul claro. Llevaba gafas claras y ovaladas y un maletín reposando en sus piernas. En las partes descubiertas de su cuerpo sobresalían unos pelos amarillentos.

—¿Si vienes tú no es más arriesgado, hombre? —le decía el jefe al extranjero.

—Yo no confío ni en mi sombra —respondía el rubio con un acento típico norteamericano, pero expresándose correctamente en español.

—Bueno, dime qué te parecen —dijo el otro señalándonos. Nos colocaron a todos en enfrente de ellos.

—Uhhmm, a ver...

El estadounidense se puso de pie y nos observó largo rato acercándose a cada uno de nosotros, tomando nuestras barbillas como había hecho el jefe conmigo el día que llegué a aquella casa. De vez en cuando nos daba la vuelta y nos observaba. Me resultaba increíble pensar que un hombre así podría ser un abusador. Nos tocaba con delicadeza y poseía rasgos faciales gentiles como unas comisuras de la boca ligeramente curvadas hacia arriba, que le daban la apariencia de estar sonriendo ligeramente todo el tiempo. Su voz era dulce... Supongo que las apariencias engañan. Había un verdadero criminal debajo de esa fachada.

—La quiero a ella —anunció señalando a Julia—. También al niño —continuó señalando esta vez a Andrés—. Y a estas dos —nos señaló por último a Mara y a mí.

Me puse fría. ¿Y ahora qué?

—¡Excelente, mi amigo! —soltó el jefe—. Inmediatamente las vi, supe que estas eran para usted. ¡Son unas chuladas y sin estrenar, como siempre!

—¡Hombre, por supuesto! —corroboró el rubio sonriendo—. ¡No esperaba menos!

—Qué pena que no te quedas más tiempo. A ver cuando vienes a algo más que no sean negocios.

—Me encantaría, pero no puedo. En Estados Unidos tengo una reputación que cuidar. De hecho, hoy mismo parto junto con la mercancía —Nos señaló con la cabeza. Aquello no me podía estar pasando.

Ahora, ¿cómo se supone que escaparía? Pensé otra vez en mi familia. Lo hacía cada segundo. Aguardaba la esperanza de que algún día los volvería a ver, pero, si me llevaban a otro país, ¿cómo iba a hacerlo? No había derecho. ¿Quién coño les había dado la autoridad de utilizarme como se les antoje? ¿De llevarme hasta donde quisieran? Malditos. Yo nunca había sabido lo que era el odio ni sentido deseos de hacerle mal a nadie, pero en aquel momento deseaba que un rayo los fulminara a los dos y se rostizaran ahí mismo delante mí. Desgraciados.

Temblé y los ojos se me llenaron de lágrimas. Entonces mi cuerpo reaccionó sin que mi sensatez se lo ordenara y cogí el coctel amarillo que estaba bebiendo el gringo y se lo lancé a la cara con todo y vaso.

—¡Es mi vida! —le grité—. ¡No tienes derecho!

El jefe me gritó enloquecido y me pegó en la cara con todas las fuerzas de la que fue capaz. Me lanzó al suelo soltando un chorro de sangre por la nariz y la boca. Los demás niños también se habían alterado y empezado a llorar.

—¡Te vas a morir! —me gritó mientras se preparaba para un segundo golpe.

El gringo se puso de pie en aquel momento y detuvo a su colega como este había hecho con el hombre que intentó violarme hacía unas noches.

—No pasa nada —dijo—. Ya me encargaré yo de domarla y castigarla como se merece. Tengo clientes a los que les gustan ariscas, con carácter.

—Pero se atrevió a...

—¡No pasa nada! Te pago más por ella. No la mates.

No sabía qué sentir en aquel momento. Marta había corrido a socorrerme cuando vio que me iban a dejar vivir pero el jefe la detuvo con una mirada amenazante. Yo estaba hecha un bulto en el suelo con el rostro y el pecho lleno de sangre, pero con los ojos refulgentes de odio. El gringo me había salvado la vida ahora para hacerla un infierno después. No sabía si preferiría estar muerta.

Él se acercó a mí y me tomó de la barbilla con delicadeza. Me sonrió dulcemente y me tendió un pañuelo para que me limpiara. «¿Es en serio? —pensaba—. ¿Cómo podía alguien así ser un vil traficante de niños?»

—¿Cómo te llamas? —me preguntó con delicadeza. No contesté. Volvió a repetir la pregunta y no me quedó más remedio.

—Cecilia —respondí por fin contrariada.

—Bien, Cecilia. Lo que acabas de hacer no se volverá a repetir, ¿verdad? —Su voz seguía siendo dulce— Estoy seguro de que tienes familia y los quieres. ¿Quieres que se mueran?

¡Ahí estaba el traficante!

—No, por favor —le supliqué con un susurro.

—Puedo averiguar quiénes son y mandarlos a matar, ¿sabes? Pero no tenemos por qué llegar a ese extremo. Te vas a portar muy bien y obedecerás.

—Sí —asentí frenéticamente—. Obedeceré.

No me quedaba ninguna duda de que aquel hombre poseía los medios para localizar a mi familia y la crueldad necesaria como para matarla. ¡Estúpida niña! ¿Acaso no había entendido ya con quién me metía? Mis decisiones ya no me pertenecían. Mi cuerpo ya no me pertenecía. Mi vida ya no era mía.

Se llevaron a Marta de vuelta al sótano junto a Sofía. La miré a los ojos al momento de marcharse y sentí que me arrancaban con ella otra parte vital de la niña que era antes. Nos llevaron a los demás a la parte delantera de la casa, en donde había un camión de transporte cuya parte trasera estaba abierta y dejaba ver un montón de ataúdes apiñados en grandes estantes. Unos hombres estaban bajando cuatro de ellos. Esta vez sí imaginé lo que iba a suceder: allí nos meterían y llevarían hasta nuestro destino final.

Me dejé llevar aturdida. Me empujaron de un lado a otro y me inyectaron una sustancia. Antes de que esta hiciera efecto, ya nos habían metido en un ataúd a cada uno. Era cómodo... Cerré los ojos y después los abrí en otro país. No supe cómo se había hecho todo el proceso sino hasta muchos años después. Para empezar, la casa amarilla se encontraba en Monterrey que, a su vez,

está a una distancia de aproximadamente doce horas y media de Oklahoma City, en Estados Unidos, siendo este país el destino final de muchas de las víctimas de trata. Al gringo le gustaba hacer las cosas a su manera, por lo que utilizó una empresa que fabricaba ataúdes solo para trasladarnos a nosotros, su mercancía. Lo que sigue siendo un misterio es cómo pasaba los controles fronterizos. ¿Cómo es que nunca lo descubrieron? Se sospecha que las autoridades, tanto de un lado como del otro, estaban compradas. Además, no es que el gringo trasladara a cientos de niños al año, solo a unos pocos., más o menos entre cuatro y siete.

Puede que parezca sorprendente, pero es más común de lo que imaginaba. Se sabe que muchos funcionarios y policías están involucrados en la trata de blancas y siendo que estos son los que deberían evitarla, no es de sorprender que sea un negocio que aumenta constantemente con el paso de los años y que casi no se denuncia, al menos en México, por lo que es casi imposible calcular realmente el número de víctimas.

La mayoría de las víctimas terminan siendo esclavizadas en ciudades turísticas del país. Infames cantidades de gente proveniente de Estados Unidos, Canadá y distintos países de Europa viajan a México cada año para hacer turismo sexual, la mayoría en busca de menores.

Llegamos a nuestro destino, hasta entonces desconocido para mí. Me costó el doble de trabajo despertar que la última vez en la que estuve en una situación similar. Estaba desorientada y tan aturdida que no recordaba prácticamente nada. Ya no estaba en ningún ataúd, sino en unos colchones en medio de una habitación de piedra con tuberías. Me senté con dificultad y apoyé la espalda en la pared. Tenía mareos. Al cabo de unos minutos así, los otros empezaron a despertar. Fue cuando sentí adolorido el brazo izquierdo y me di cuenta de que tenía varios pinchazos. En ese momento no lo entendía porque estaba desorientada, pero recordé vagamente que abrí los ojos en alguna parte del trayecto y me habían inyectado otras dosis de sedante para mantenerme dormida durante el camino.

Pasaron varios minutos en los que trataba de orientarme hasta que se abrió una puerta y entró alguien. Era una chica delgada que se acercaba a cada uno de los chicos que estaban abriendo los ojos y los pateaba levemente para moverlos. Se acercó a mí después y me miró colocando su rostro a escasos centímetros del mío. Tenía los ojos azules muy claros y enmarcados en larguísimas pestañas, tanto inferiores como superiores, una nariz achatada y labios finos. Su rostro formaba casi un corazón. Una cortina de cabello rubio cenizo le caía hasta el pecho y un flequillo casi transparente le tapaba las cejas. Me golpeó en la mejilla un poco más bruscamente de lo necesario.

—Estás hecha una mierda, pendeja —me dijo poniendo cara de asco—. ¿Acaso Max ya está perdiendo el gusto? Qué fea eres. Nadie te va a querer.

Se puso de pie y me pateó las piernas, haciéndome daño.

—¡Levántate! —ordenó—. ¡Vamos! ¡Estás llena de sangre y orina y hueles fatal, puerca! ¡Tienes que bañarte! ¡Qué asco!

—¿Dónde estoy? —le pregunté todavía confundida. Los recuerdos me llegaban dispersos a la mente—. ¿Y mi mamá?

La joven rio a carcajadas.

—¡Qué patética! —dijo entre risas—. ¿Cuántos tienes? ¿Trece años? Y todavía preguntas por tu mami, ja, ja, ja.

—Tengo... ten...

—¡Perfecto! Hay una retrasada en el grupo. Lo que nos faltaba.

Quería decir que tenía doce años, pero las palabras no me salían del todo. Me sentía como si

hubiese estado en coma varios días. Tal vez así era. Solo poco a poco los recuerdos fueron organizándose en mi mente. Era como si temporalmente mis conexiones neuronales se hubiesen interrumpido. Con tanto tiempo inconsciente, hasta mi motricidad se había visto comprometida.

La pesada chica de bellos ojos no paró de maltratarnos a los demás niños y a mí a medida que nos íbamos recuperando. Me dieron deseos de patearla hasta reventar la cuarta vez que me lo hizo, pero no reaccioné. Había recordado ya los acontecimientos pesadillescos de los últimos días desde mi secuestro y no sabía qué serían capaces de hacerme. Dos jóvenes más entraron por la puerta. Eran menores que la chica que nos estaba maltratando. Debían tener no más de catorce o quince años.

—Listo, Alice —anunció una de ellas que era negra, de pelo rizado y figura delgaducha. De las tres desconocidas, parecía la menor.

—¡Vamos! —nos ordenó la chica rubia haciendo un gesto a las otras dos, que se dispusieron inmediatamente a tomarnos del brazo y sacarnos de la habitación a la fuerza. Salimos a un corredor y nos metieron en otro cuarto vacío en donde solo había cuatro grandes mangueras negras enrolladas en una espiral de metal en la pared. La espiral tenía un botón negro con dos signos con los colores rojo y azul para regular la temperatura.

—¡Desnúdense! —nos ordenó con desprecio Alice—. ¡Vamos!

Hacía frío pero lo hicimos sin rechistar. Creo que habíamos aprendido la lección de que es mejor callarse y obedecer a sufrir las consecuencias. Dejamos la ropa a un lado y nos colocamos desnudos donde las chicas nos indicaban. Acto seguido las tres chicas tomaron tres de las mangueras que poseían lanzas universales de alta presión. Sonriendo de oreja a oreja, las activaron. Un chorro de agua fría chocó contra mi pecho y me hizo retroceder. Lo mismo pasó con los demás. El agua cambió de un momento de fría a helada y las chicas se reían mientras nosotros empezamos a gritar que detuvieran aquello.

Los niños y yo nos apiñamos al son de sonoras carcajadas e intentamos protegernos del agua con nulos resultados.

—¡Ya basta! —gritaba—. ¡¡Para yaaa!!

El chillido de los cuatro, el ruido del agua y las carcajadas estaban haciendo un gran escándalo. Llevábamos varios minutos así cuando irrumpió en la estancia una jovencita que se veía más o menos de la misma edad que Alice y les llamó la atención.

—¿Qué creen que están haciendo? —les reclamó, manipulando el botón del agua para que estuviera más tibia y bajando la presión para que no nos golpeará con tanta intensidad. Lo agradecí—. Vamos, lárquense de aquí que yo me encargo —terminó gritándoles enfadada. La rubia se acercó a ella y se colocó cara a cara, desafiante. Cuando creía que la iba a contradecir, esta solo se limitó a asentir con la cabeza y se marchó dando media vuelta.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Tienen que tener cuidado con Alice, le gusta hacer este tipo de cosas con los nuevos y los más pequeños. Es mejor mantener las distancias y no provocarla.

—Nosotros no la provocamos —logré decir mientras tiritaba de frío.

—Ella no necesita motivos —me respondió—. Por cierto, me llaman Lea.

—Yo soy Cecilia—dije. Los demás también empezaron a balbucear sus nombres pero Lea alzó una mano y nos detuvo.

—No, no, no —negó con la cabeza repetidas veces—. Aquí no son más lo que antes eran. Les darán un nuevo nombre y van a responder solo a ese. Mejor será que olviden la vida que acaban de dejar atrás, nombre incluido.

No dije nada. Los demás tampoco.

Lea nos ayudó a enjabonarnos y se retiró unos minutos de la habitación para traernos toallas. Nos secamos y nos cubrimos con ellas para pasar a la siguiente habitación. Aquel lugar era enorme y eso que hasta entonces no habíamos salido del sótano. Eran corredores y corredores amplísimos repletos de puertas que daban a distintas estancias. Mientras caminábamos adonde nos dirigíamos, nos encontrábamos con chicas de entre diez y quince años de edad ataviadas con ropa muy bonita y colorida que las hacían parecer más infantiles de lo que en realidad eran. Sabiendo qué hacían allí, me dio mucho asco.

Entramos a una estancia repleta de percheros con tanta ropa colgando que por un momento dudé de si habíamos entrado en una tienda. Allí Lea y otras chicas nos escogieron atuendos y nos ayudaron a vestirnos. Era la ropa más fina que me había puesto jamás, pero la que más sucia me hacía sentirme. A mí me habían elegido una falda rosa y una blusa blanca con lazos del mismo color de la falda en los bordes de la manga. Después nos llevaron a una habitación conjunta a esta en donde había herramientas de peluquería y muchos productos con una decoración llamativa que recordaba a la de una lujosa peluquería.

—¿Qué es este sitio? —le pregunté a Lea.

—Es donde nos ponemos guapas para... lo que tenemos que hacer.

La chica suspiró y me miró antes de continuar.

—Seguro ya tendrás una idea...

Bajé la mirada y asentí. Ya había visto suficiente en México durante mi estadía en aquella casa amarilla como para no imaginarme que, aunque se trataba de otro país y otras situaciones, nos utilizarían para las mismas bajezas. Me moría de miedo y veía que los demás también, pero ya no iba a llorar o, al menos, a dejar que me vieran llorando otra vez. Si alguna lágrima resbalaba de mi mejilla de vez en cuando, cuando mi mente divagaba a lo que podría pasar, la ocultaba de inmediato disimulando que me sacudía la nariz. Tuve la impresión de que Lea se daba cuenta porque a veces me miraba de forma compasiva, pero, si lo hacía, al menos no decía nada.

Entró al salón un hombre alto, delgado y fibroso, como si fuese incapaz de almacenar grasa en su cuerpo. Llevaba el pelo castaño muy corto y los ojos eran del mismo color. Su rostro poseía facciones severas que parecían pintadas con un pincel. Nos evaluó con la mirada. Con Julia, en cambio, no solo se había limitado a eso, sino a tocarla.

—Los nuevos —afirmó mirando a Lea. La aludida bajó la cabeza e hizo un gesto afirmativo—. ¿Alguna sugerencia de Max para ellas?

—Quiere que tiñas de rubio a las dos más claritas —respondió la chica—. A esta y a esta —dijo señalándonos a Julia y a mí.

—¿Solo eso?

—Sí, por lo demás, carta libre.

—Ok.

Estuvimos todo el día en aquel lugar arreglándonos el cabello. El hombre, que respondía al nombre de Pablo, nos colocó un decolorante en el pelo y luego un tinte rubio dorado. Para cuando nos hubimos cambiado y terminado, quedaba muy poco de las personas que antes éramos, al menos por fuera.

A mí misma me había costado reconocerme después de aquel cambio de *look*: el pelo me había quedado del color del oro fundido, me lo habían rizado en las puntas con una tenaza y me hicieron un flequillo corto que me echaron a un lado. Cuando me colocaron frente al espejo, me imaginé la reacción de mi familia al verme así. De seguro a mi madre le daría un ataque y mi padre me

echaría la bronca. Mis hermanos, en cambio, dirían que me sentaba bien. Tal vez hasta yo en otras circunstancias, pero con aquel cambio más sentía que me arrebatában otro trocito. Dudaba que, para cuando acabaran conmigo, aún quedase algo de mí.

—Tienes cara de... Mía, muñeca —me dijo Pablo sonriendo y mirándome como el hombre que me había dado los correazos en la casa amarilla.

—Es hora de las fotos —nos advirtió Pablo—, y será mejor que hagan todo les diga. No me hagan enojar.

Volvieron a conducirnos a otra habitación decorada con paredes pintadas de paisajes primaverales y veraniegos. En una de ellas había una especie de playa pintada con una tumbona y una mesita donde descansaba un coco con un sorbete. En otra, un paisaje boscoso y una hamaca de verdad sujeta a dos falsos árboles.

Pablo le hizo una seña a Julia para que se adelantara y empezó a darle instrucciones sin parar de cómo debía colocarse para las fotos. Las primeras poses no eran nada del otro mundo, las que haría cualquier niña frente a una cámara, pero luego comenzó a ordenarle poses más sugerentes y cada vez con menos ropa. Recuerdo que pensé en lo pequeña que era ella y que a nadie podría gustarle un cuerpo así. Una niña... Había escuchado hablar a chicos en la escuela sobre otras chicas y siempre hablaban de las mayores, de sus pechos, sus curvas. La chica que había frente a mí tendría unos once años como mucho y salvo un esqueleto, una capa de piel y dos pezones rosados, no había nada más que ver...

Uno a uno nos fue tocando el turno. Los chicos se acercaron con timidez y terminaban llorando cuando Pablo les gritaba para que hicieran alguna cosa u otra, así que, cuando por último me tocó a mí, lo hice lo mejor que pude para no acabar hecha un manojo de nervios y envuelta en lágrimas como los demás. «Pórtate bien» me decía a mí misma una y otra vez porque pensaba que, si hacía todo lo que me decían y estaban contentos conmigo, algún día, quizá pronto, me dejarían marchar a casa. Vería de nuevo a mi familia y, tal vez, podría fingir que mi secuestro nunca ocurrió. Así de ingenua es una mente de doce años.

Me preocupé por las fotos que estaban tomando, no por los enfermos que las fueran a mirar, sino porque no quería que mis padres o mis amigos llegaran a ver algo así. Que llegaran a levantar un dedo acusador y decir: «Ahí está Cecilia Ramírez. Es una puta». O que mis padres dijeran: «Qué decepción, Cecilia». No quería siquiera que se enteraran qué tuvo que hacer su hija para sobrevivir.

Y así, mientras sonreía para la cámara, mi mente sopesaba las reacciones de mis amigos y familiares si llegaban a ver alguna de aquellas fotos. Me preguntaba también si había alguien lo suficientemente hábil como para darse cuenta de que mis ojos no sonreían y estaban aterrados y agotados, cansados de toda esa situación. No fue hasta después que comprendí que al público de aquellas fotos le importaba una mierda la expresión de mis ojos.

A medida que terminábamos la sesión, Lea nos sacaba de allí y nos metía en una habitación repleta de camastros de madera que olía a orines de mucho tiempo. Allí había otros chicos y chicas cuyos rostros poseían expresiones que no había visto jamás en niños de esas edades. Tal vez la expresión típica de quien ha vivido algo que no le correspondía.

La muchacha nos dio a cada uno una camita al fondo y nos dijo que, de ahora en adelante, ahí dormiríamos. Algunos chicos pidieron explicaciones. Se molestaron en preguntar que para qué eran las fotos, que qué era ese lugar, etc. Yo me limité a recostarme en mi cama y a cerrar los ojos e imaginar que todo era una pesadilla y que despertaría en cualquier momento y estaría en casa, en mi habitación, en la comodidad de la rutina y lo conocido. «Por favor, Dios, por favor, por favor».

No había respuestas a mis plegarias. Alrededor solo había ruido, voces que murmuraban cosas ininteligibles o gritaban o reían... ¿Cómo podían reír? ¿Llevaban tanto tiempo así que ya estaban acostumbrados? ¿Me acostumbraría yo alguna vez? Continué rezando. Podía llegar a ser tan pesada que era imposible que Dios no me escuchara. Recé durante horas hasta que las energías me abandonaron y me quedé dormida, al fin.

La explotación sexual infantil es la forma de explotación más atroz y denigrante que se comete contra un niño. Los despoja de su dignidad y los reduce al papel de meros objetos, hecho que puede dañarlos psicológicamente de por vida.

Capítulo 4: Subasta

Cuando abrí los ojos, todo estaba oscuro, salvo por una pequeña lámpara en una esquina que no alcanzaba a alumbrar muy bien ni siquiera el área donde se encontraba y cuya opaca luz recortaba sombras siniestras en la habitación. Alcancé a visualizar una silueta en la oscuridad. Por la forma, supe que se trataba de una chica. Quien fuera se acercó a uno de los camastros y le susurró algo a otra que yo no pude escuchar. Esta se levantó con lentitud y la acompañó de nuevo a la salida. Cuando regresó cerca de dos horas después, la chica sollozaba y justo en el mismo estado se metió a la cama.

No dormí el resto de la noche.

A la mañana siguiente, Lea, una chica más joven llamada Emilia y Alice despertaron a los que estaban dormidos y les ordenaron arreglar sus camas. Hice la mía sin rechistar. Después nos llevaron a una cocina y los más rápidos se sentaron a la mesa mientras los demás nos quedamos de pie. Lea y Alice empezaron a servir una especie de avena de chocolate en distintos cuencos y nos la repartieron. Odiaba la avena. En casa solía fingir que me la comía cuando mi madre la preparaba para la cena, pero en realidad vaciaba la mayoría en lo que sea que me estuviera más cerca para disimular. Allí lo comí todo. Luego lavé el plato que me correspondía y, por orden de Alice, la enorme olla en la que habían cocinado.

Nos pasamos el día limpiando todo el lugar, que resultó ser la casa más grande y llena de estancias que había visto en mi vida. Se asemejaba más bien a uno de esos hoteles enormes que salían en la televisión con habitaciones bien decoradas en la parte superior y otras repletas de cámaras de vídeo en distintos ángulos. En aquel entonces me dio igual y no pensé en ello. No sabía lo que era la pornografía ni que pudiera existir la pornografía infantil, pero imaginar que un día yo protagonizaría alguna de estas películas era impensable. Nunca, ni en mis peores pesadillas, habría podido imaginar algo así a esa edad.

Mientras limpiaba una de esas recámaras, me acerqué a la ventana para estudiar la zona. De hecho, lo observaba todo para ver si había alguna manera de escapar. Sin embargo, estas estaban selladas con barrotes verticales y horizontales de un centímetro de ancho formando cuadros. Coloqué las manos encima de ellos e intenté retirarlos. Por lo que había visto hasta entonces, aquella podría ser la única manera de escapar. De escapar antes de... Ni siquiera quería pensar en ello.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —me cuestionó una voz detrás de mí. Por un momento pensé que debía de ser Alice y sentí casi literalmente cómo mi corazón saltaba a mi puño, pero, al darme la vuelta, vi a Lea mirándome como horrorizada.

—Yo... —No se me ocurría nada—. Eee... estoy sacando el polvo de la ventana.

Sí, literalmente fue la estupidez que dije. Pobre tonta. Las mentiras siempre se me habían dado fatal.

—Escúchame muy bien, Cecilia —Lea se acercó a mí, bajó la voz y me tiró del brazo hasta colocar su rostro frente al mío tan de cerca que nuestras narices casi se rozaron—. Ni se te ocurra pensar que puedes escapar de aquí. No puedes. Si te atrapan, te harán cosas que ni te imaginas, si es que no deciden matarte.

Matarme... Nunca había pensado en la muerte. Ni siquiera ante la amenaza del hombre del bañador en la casa amarilla. A los doce años no se ha tenido esa experiencia en la que se es consciente de que te vas a morir y que vas a desaparecer. ¿La muerte? ¿Qué significaba aquello? ¿Que no volvería a ver a mis padres, ni a mis hermanos y amigas? ¿Que jamás volvería a ir a la escuela, a los lugares que me gustan ni tampoco a saborear aquello que más me apetece? ¿Que cerraré los ojos para siempre y no seré consciente de que pasa con el mundo? ¿Acaso era tan mala esa opción, que las chicas preferían vivir como esclavas? Si no intentaba escapar, a lo mejor tampoco volvería a ver a mis seres queridos ni a ir adonde quiera, ni hacer lo que quiera.

Pero nadie quiere morir, aun cuando no entiendas del todo lo que eso significa.

—Yo no pretendía...

—¡Oh, claro que sí! A todas se nos ocurre esa idea cuando somos nuevas. Todas somos tan bobas como para pensar que tenemos salida, pero no te engañes. La única forma en la que se sale de aquí es con los pies por delante.

Y me soltó, se dio media vuelta y se largó dejándome allí, pasando a intervalos irregulares y de manera vertiginosa entre la angustia, el miedo y la desesperación.

Cuando acabamos de limpiar todo, nos metieron de nuevo en el sótano. Debía de ser mediodía. Muchos de los chicos, sin embargo, tuvieron que atender a clientes. Mara llegó a comentar que era una suerte que no nos había tocado aún hacer aquello que las chicas contaban que se hacía allí, pero yo estaba segura de que era cuestión de tiempo. A eso de las dos de la tarde, después de que hubimos comido, vinieron a buscar a Andrés, el único chico que había llegado con nosotras. No volví a verle ese día, teniendo en cuenta que no dormíamos en la misma habitación.

Me di cuenta de que las jóvenes que habían venido conmigo habían formado un escuadrón para hacerse compañía. Abrazaron a Andrés cuando este atendía su llamado ahogado en llanto. Quizás intentaban de alguna manera afrontar el miedo que sentían. Tal vez yo lo estaba haciendo mal al intentar pasar por todo eso sola, pero nunca se me hizo fácil hacer nuevas amistades y menos en aquellas circunstancias. Lo intenté de todas formas. Me acerqué a Julia, que estaba en una esquina, y ni siquiera hizo falta que hiciera o dijera nada: ella misma se acercó a mí y apoyó su cabeza en mis piernas. Me dio mucha pena. Todo el tiempo había estado preocupada por mí y por lo que me sucedería en aquel lugar, que casi había olvidado que no estaba sola y que todas pasaríamos por lo mismo.

—¿De dónde eres? — le pregunté. Yo ya sabía la respuesta, pero la niña estaba a punto de echarse a llorar otra vez y quería entretenerla. Lloraba tanto que tenía los ojos y el rostro hinchado.

—De Colombia —me respondió en tono nostálgico.

—¿Y cómo es que fuiste a parar a México? —insistí.

—Intentamos pasar la frontera y a mí me llevaron lejos de mis padres. No sé por qué...

Se le quebró la voz. Yo tampoco tenía la menor idea de nada, pero ahora lo sé. Sé que, al año, tres millones de personas intentan cruzar la frontera de México hacia Estados Unidos, una gran parte provenientes de países de Centroamérica, pero, al hacerlo, ponen en riesgo sus vidas y la de aquellos que los acompañan. Hombres, mujeres y niños son secuestrados para que los familiares paguen cierta cantidad y, si no lo hacen, son asesinados. Nunca llegué a saber si eso le había

pasado a Julia. Si la habían arrancado de los brazos de sus padres, los habían chantajeado y, al no tener para pagar, la habían vendido al mejor postor, pero lo más seguro es que sí.

Alice y Lea nos interrumpieron en ese momento. La primera se sentó cerca de donde estábamos con aire arrogante pero no dijo nada. Lea en cambio se acercó muy seria, respiró hondo y nos pidió la atención un momento.

—Esta noche hay subasta —informó como quien da una mala e inevitable noticia—. Tienen que estar listas y arregladas para las ocho.

—¿Subasta? —pregunté aterrada, sabiendo que aquello no podía significar nada bueno.

—Sí, las van a vender, lista —respondió Alice como si aquello la alegrara—. Venden las virginidades de todas al principio.

—Así es como se hacen las cosas por aquí —continuó Lea en tono apacible—. La primera vez de una chica es algo que reúne a los más adinerados del club, de ahí que Max solo compre a chicas vírgenes. Después ya te cogen para grabar vídeos o hacerles compañía a los miembros.

Me quedé muda. ¿Qué pensaba? ¿Que me libraría? ¿Que no sería tan malo? ¿Que era especial de alguna manera? Era una tonta. Hoy me pregunto cómo demonios era posible que aún guardara esperanzas de salir bien librada de todo, teniendo en cuenta lo que había visto hasta entonces. Supongo que me sentía única e invencible.

—Explícame —exigió saber Mara—, ¿qué demonios es *el club*? ¿Un burdel?

Miré a la chica con la que apenas había compartido dos palabras y que había estado conmigo desde que nos secuestraron. Me sentí como si la viera por primera vez: piel morena, ojos castaños, labios carnosos y pelo largo. Era bajita y delgada. Daba la impresión de tener la misma edad que Julia, pero tenía trece años recién cumplidos. Lo que me sorprendía realmente de ella era su tono de preguntar las cosas, como si en vez de hacerlo porque estaba aterrada, preguntara para estar preparada, para saber a qué atenerse.

Lea nos explicó que la mansión era un club, cuyos miembros pedófilos pagaban a Max grandes cantidades de dinero para traer niños y niñas de los que abusar. De esta manera se protegían unos a otros y daban riendas sueltas a sus deseos más oscuros. Yo no sabía lo que era un pedófilo y hubiese preferido no saber. Aquello era entonces como una especie de burdel, pero con clientes selectivos, que, en vez de pagar por horas, daban «donaciones» cuantiosas al líder del «grupo».

En las clases de Ciencias Sociales de la maestra Sonia solía aburrirme hasta el hartazgo. En aquella aula había un reloj de pared cuyas manillas giraban de un modo bastante ruidoso. Tic, tac, tic, tac, tic, tac... tan fuerte que parecía una tortura. Los segundos me parecían minutos y los minutos, horas. El tiempo no avanzaba. No quería avanzar, y yo siempre estaba allí sentada mirando al frente sin poder hablar con mis compañeras para entretenerme. La maestra hablaba y hablaba y yo solo veía sus labios moverse hasta formar una y otra mueca que no me decían nada. En cambio ese día, cuando supe que me iban a violar esa noche, sucedió todo lo contrario. El tiempo avanzó deprisa como si estuviese en mi contra y supiese que yo deseaba que avanzara tal y como lo hacía en mi clase de Historia pero no le diera la gana de hacerme ese favor. Así debe sentirse un preso en el corredor de la muerte, deseando poder hacer algo para manejar su destino y sin tener la posibilidad.

—¿Cecilia? ¡Cecilia! —Me sacó Lea de mi ensimismamiento.

—Lo... lo siento, Lea.

—No pasa nada. Todas hemos pasado por lo que tu —me dijo—. Algunas cuando éramos menores de lo que eres ahora.

Y nos dio consejos sobre cómo debíamos actuar aquella noche. Básicamente, que no debíamos

resistirnos porque, si no, sería mucho peor y que debíamos obedecer sin importar qué nos hicieran o pidieran.

—¿Cómo puedes decirnos eso? —Intervino Mara indignada.

—¿Cómo podría no decirles teniendo en cuenta que nosotras ya lo hemos vivido? —respondió Alice enojada. Me sorprendió. No se burlaba, no jugaba con nuestros sentimientos. Pareciera que de verdad quisiera que escucháramos el consejo de Lea—. Lo que el miembro desee va a pasar de todas formas —se acercó a Mara para enfrentarla cara a cara—, así que más les valdría que fuese por las buenas y no por las malas. Lo puedes hacer tú aunque sientas que es como sacarte un ojo o será mucho peor.

—Alice, ya... —Lea la tomó del brazo con delicadeza y la hizo a un lado para luego volverse a nosotras—. A partir de hoy no parará. Complacerán a un hombre tras otro sin parar y es mejor que no lo adornemos —nos advirtió con gesto serio—. Y no intenten nada estúpido —me miró un instante— porque no funcionará.

Nunca había sentido tanto miedo al punto de quedarme metida en una especie de trance, así como en un bucle en el que de repente viajaba en el tiempo. Es lo que me pasó: escuché las lecciones de Lea y Alice y luego ellas se fueron y las demás intentaron hablarme, preguntarme cosas, pero yo no reaccioné hasta que llegó la hora de arreglarnos para la subasta. Fue todo tan rápido que me pareció un parpadeo. Deseé en muchas ocasiones haber tenido la capacidad de volver a repetir aquel trance.

Lea y una chica llamada Kenny nos arreglaron el cabello y nos pusieron algo de maquillaje. No mucho: los labios y el rostro, pero nada que nos hiciera parecer más mayores o poco inocentes. Culminaron vistiéndonos con preciosos vestidos blancos. Me dio mucho asco pensar en que algo así pudiera gustarle a los hombres que veríamos a continuación.

Lea, Alice y Silvia (otra de las niñas) nos condujeron a Julia, Mara, Mae, Anna y a mí hasta una estancia bastante grande y acogedora en el tercer piso. Mae y Anna habían llegado aquella misma mañana. En aquella sala no había camas, solo cómodos sillones de cuero marrón, mesas con ceniceros, un mini bar bien surtido, cuadros y una especie de tarima pequeña con dos escalones como las del chiringuito en donde se cantaba en mi pueblo, solo que bien pintada y que no crujía como si fuese a desmoronarse en cualquier momento.

—Colóquense aquí y no se muevan —nos ordenó Alice señalando la tarima. Obedecimos, mientras Lea y Alice se ponían a arreglar cosas en el bar.

—Siento que me voy a desmayar —comentó Mae temblando.

Tal vez una Cecilia menos aterrada hubiese tratado de darle apoyo, pero la Ceci muerta de miedo y sin esperanzas de aquel momento no le dirigió ningún gesto. Uno es uno mismo más las circunstancias, o algunas circunstancias te sacan desde lo más profundo tu verdadero yo. No estaba segura.

El gringo entró en la sala acompañado de seis hombres de entre 35 a 60 años. Tres de ellos delgados, altos y atléticos, dos rubios y otro de cabello castaño. Los otros eran más diversos: había uno bajito y gordo cuya calvicie relucía con la luz tenue de la habitación, el otro era un hombre asiático, de pelo corto negro y esbelto y el último era tan alto y fornido que parecía una especie de bestia humanoide. Llevaba barba y gafas casi redondas. Se me encogió el corazón: nosotros también éramos seis.

Lea fue a preguntarles qué querían tomar y, acto seguido, compartió la información con Alice y Silvia, quienes se dispusieron a preparar con cuidado las bebidas y a dárselas en una bandeja para que las repartiera. Mientras tanto Max y los demás charlaban animadamente en inglés. Para

ese entonces yo no hablaba el idioma y no entendía lo que decían, pero observaba que nos miraban de arriba abajo y sonreían antes o después de hacer algún comentario. Algunos daban una caladita a un cigarrillo enorme de vez en cuando. Ahora sé que eran puros.

—Acércate —pidió Max en español a Anna—. *Her name is Brenda* (su nombre es Brenda) —añadió en inglés al hombre más bajito y que parecía tener mayor interés en ella que los demás.

La muchacha se dirigió lentamente hacia ellos no sin antes lanzarnos una mirada aterrada como pidiendo auxilio. Yo le dirigí una que parecía decir: «no puedo hacer nada». Me dio muchísima pena que empezara a manosearla descaradamente. No lo hacía en zonas íntimas, pero sí bastante obscena. No pude evitar pensar en una flor delicada en donde se posaba de pronto un enorme moscardón. Luego le tocó el turno al hombre de la calva de observarla más de cerca y así continuó hasta que los seis hubieron hecho lo mismo.

Julia fue la siguiente en pasar por la misma situación y a mí, en cuarto lugar, después de Mae.

—Esta es Mía —les dijo a los demás en inglés, señalándome.

Mía... a partir de entonces de esa forma empezaron a llamarme en aquel lugar. Al principio se me hacía extraño, pero luego empecé a acostumbrarme. Cuando pienso en la naturaleza de un nombre, llego siempre a la misma conclusión: no es algo que tú eliges a menos que te lo cambies, pero tampoco es algo tan relevante. No cambia quién eres como persona ni predice absolutamente nada. Es solo un código más de identidad con el que se te puede identificar superficialmente. Cecilia, Mía... daba igual porque, en esencia, seguía siendo yo, pero para aquel entonces sentí como si me hubiesen inyectado rabia directo al pecho. La sentí caliente como un líquido que me cubría el corazón y luego me recorría el cuerpo. No era una sensación agradable, pero sin duda era mejor que el miedo. ¿Entonces me extraen de mi casa, me quitan mi libertad y a mi amiga y ni siquiera me dejan el nombre? Había aprendido la lección así tragué saliva y no dije nada.

—Muy bonita —me dijo en un muy mal español uno de ellos.

Ya vistos de cerca, los tres hombres delgados y altos no se parecían tanto. Este en particular mostraba mucho interés en mí. Le miré enojada y respondí con un frío «Gracias». No sé por qué lo hice, puesto que ninguna de las chicas decía nada, pero Max me miró de una forma que hizo que se me erizara el pelo de la nuca. «Más te vale que te portes bien, Cecilia», pensé para mí misma y enseguida volví a mostrarme frágil y dócil como las demás.

El resto surgió sin menores contratiempos, aunque sí nos tuvieron allí de pie por cerca de hora y media, mientras Max y los demás charlaban animadamente y Lea, Alice y Silvia le servían una bebida tras otra.

Por primera vez desde que comenzó toda esta pesadilla, me sentí como un objeto. Ya me habían secuestrado y vendido una vez, pero, por alguna razón, siempre me había seguido sintiendo yo, salvo esta vez. La vestimenta elegante de aquellos hombres; saber que estaban pujando cantidades inmensas de dinero por ser los primeros me indignó. Ahí, de pie y sobrecogida por el miedo, recé de nuevo con más fervor. Imaginaba que mis ruegos serían escuchados. Que iba a llegar alguien en el momento indicado a salvarme. Que la policía vendría a rescatarme de los malvados, pero nunca sucedió.

El gringo tenía todo muy bien montado con clientes de élite, banqueros, empresarios y gente que pagaba mucho dinero con tal de satisfacer sus más profundos deseos. No puedo evitar pensar que, justo en este momento, hay por ahí gente que está pasando por lo que yo pasé. ¿Cuántas casas no guardan oscuros secretos en su interior? ¿Cuántas paredes y techos no opacan gritos y lamentos? ¿Dónde están los millones de niños desaparecidos? Este mundo funciona mal. Estas cosas no deberían pasar y pasan. Estamos siendo pasivos ante tales situaciones. Nuestras leyes y políticas

correctas están permitiendo que muchos monstruos se salgan con la suya. Todos hablan del tráfico de drogas o de armas, pero pareciera que prefieren no tocar el tema de la trata. La esclavitud forma parte de los más horrendos crímenes que se puedan cometer contra un ser humano. Contra un niño. En especial, la explotación sexual infantil. La idea general de un pedófilo es un hombre mayor al que le gustan las *lolitas*: jóvenes entre doce y diecisiete años de edad, pero la realidad pura y dura es que, de las víctimas identificadas por el Centro Nacional de los Estados Unidos, el treinta y nueve por ciento tiene menos de cinco años y un alarmante diecinueve por ciento menos de tres. Estoy hablando solo de un país y de casos identificados. Pareciera que los pederastas buscan víctimas que no puedan hablar para quedar impunes. Se han desmantelado redes de pederastas que solo abusaban de bebés. No contemos los casos aislados: aquellos niños que son abusados por sus padres, por algún familiar o alguien que forma parte de su entorno. El número de víctimas es incalculable, ya que muchas veces no se denuncia. Pensar que un cuarenta por ciento de los casos de pornografía infantil ha sido un familiar quien los ha grabado, resulta indignante. ¿Y un negocio como el del gringo? Pueden haberle llamado «club», pero aquello no era más que un burdel. Parece increíble que puedan existir, pero lo cierto es que, a pesar del esfuerzo que se hace para parar este tipo de actividad, no se tiene manera de saber cuántos funcionan en la clandestinidad.

Cuando la velada hubo terminado, fueron Lea y Alice las que nos escoltaron serias hasta el pasillo indicándonos con una señal de la mano y un escueto «aquí, por favor», hacía donde dirigirnos.

Nos condujeron a cada una a una habitación distinta. La que me tocó tenía velas aromáticas de suaves fragancias y otras que eran solo para iluminar el lugar. Era enorme, con una cama en donde hubiéramos podido dormir mis hermanos y yo y aún así hubiera quedado mucho espacio. Había dos mesitas elegantes que hacían juego con la cama y una cómoda con un gran espejo en donde estaban las velas. Un elegante cuadro de colores vivos y concepto abstracto estaba colocado justo encima del cabecero.

Me quedé allí, paralizada, intentando pensar en alguna otra cosa que no fuese ese momento y esa situación en concreto. Pensé en Yuyi, mi hermanito menor, y su extraña manía de meterse mis cintas para el pelo en la boca. Pensé en Adrián, el mayor, y en su canto cuando se bañaba o vestía que era capaz de romper los cristales más resistentes. Le encantaba usar camisetas y pantalones oscuros porque era amante de lo gótico, los misterios y la astrología. Recuerdo haber pensado «ojalá y ninguno tenga que pasar por lo que yo». Al menos así fue.

La puerta se abrió y entró Alice con un vino y dos copas en una bandeja. La colocó en una de las mesitas de noche y volvió a salir sin dirigirme la palabra, ni siquiera una mirada. ¿No iba a reírse de mí? ¿A disfrutar con lo que me estaba pasando? No en esta ocasión, al parecer.

Menos de cinco minutos después, entró él. Era el mismo que se había interesado en mí durante la velada. Entró sonriendo mostrando sus asquerosos dientes amarillentos, llenos de espacio entre uno y otro. Pensé enojada en que, si tenía tanto dinero para comprarme, ¿por qué coño nunca fue a un dentista? Su pelo, más que castaño, se teñía de gris en algunas zonas y su cara era un cúmulo de arrugas prematuras. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de sus ojos, cuya mirada me atravesaba como un puñal y hacía que me sintiera tan pequeña como un insecto. Con una mezcla de deseo, malicia y satisfacción personal. Ni siquiera me había hecho nada aún cuando empezó a afectarme.

—Hola Mía, ¿cómo estás? —me saludó. Me dieron ganas de responderle con un claro «¡jódete, pendejo», pero no me atreví. De hecho no creía que pudiera articular palabra—. Me llamo John.

Mis manos sudaban tanto que daba la impresión de que me las había lavado y dejado mojadas hace tan solo un instante. Las únicas veces en las que se ponían algo húmedas eran esas en las que tenía que presentar alguna exposición en clase. Le tenía un pavor terrible a hablar en público, aunque, una vez empezado todo, agarraba confianza y me salía bien. Pero ahora la confianza o cualquier cosa que pudiera ayudarme, se esfumaba del interior. No parecía la niña que hacía tantos desmadres en la escuela ni mucho menos la que había encontrado el arrojo de vaciarle al gringo la copa en la cara. ¿Dije que haría lo que fuese para sobrevivir? Ahora no estaba segura...

—Ven aquí, mi niña —me pasó una mano con delicadeza por el hombro y me arrastró luego del brazo hasta la cama en donde me sentó—. Estás nerviosa. Es normal la primera vez.

«¿No me digas, imbécil? —me hubiese gustado decirle—. Yo no soy tu niña». Pero en ese momento no pensaba con claridad y sentía embotados los sentidos. Creo que ni siquiera me funcionaban las neuronas.

Hay quienes dicen que reaccionan ante el peligro, quienes se defienden cuando sienten que les van a hacer daño. Pero para la mayoría no es así: la verdad es que el miedo te paraliza y vuelve tu cuerpo tan pesado como una masa de concreto. El cerebro da órdenes, si es que llega a hacerlo, pero tu cuerpo no responde. Llega a ser tan intenso aquel sentimiento, que a veces sientes que vas a colapsar.

—Tómame una copa de vino conmigo —me invitó abriendo la botella y vertiendo un líquido rojo en ella.

El único vino que yo había tomado hasta entonces era el mejunje que servían en nuestra parroquia. Me ordené alzar el brazo y tomar la copa que me ofrecían. Al hacerlo temblé de tal manera que no sé cómo no se me cayó la copa. Me lo iba a llevar a la boca cuando aquel señor me detuvo agarrándome la mano.

—Se brinda primero, Mia —me dijo serio como si fuese una gran falta de respeto lo que iba a hacer.

No me llamo Mia, pendejo, y no me interesa brindar contigo.

—Supongo que de dónde vienes no reciben mucha educación —continuó—. Tranquila, ya irás aprendiendo.

No se le ocurría pensar que tengo doce años y no tengo por qué aprender a brindar ni menos por qué estar en esa situación. Cómo me hubiese gustado haberle dicho lo que solo soy capaz de pensar ahora. Si hoy lo tuviese de frente le escupiría a la cara el asco que me daba. Choqué la copa con él y me la llevé lentamente a los labios. Qué asco. Aquello era aún más repugnante que el café. Hice lo que pude, pero escupí una parte y John soltó una carcajada. Era evidente que el hijo de puta se divertía.

—Al principio es difícil, pero luego te acostumbras. Todos los comienzos son difíciles, Mia —añadió mientras me acariciaba la mejilla. Me alejé instintivamente y eso pareció no gustarle— ¿Cómo te llamas de verdad?

—Me llamo Mia —respondí entrecortadamente.

—Me refiero a tu nombre real. Ese que te dieron tus padres.

—Me llamo Mia —volví a responder casi cortante. La sola mención a la vida que me habían robado me hacía enojar. Creo que mis hormonas adolescentes empezaban a manifestarse otra vez, por fin, empujando el miedo.

Se me quedó mirando un rato, entre contrariado y aburrido.

—No eres muy cooperativa, por lo visto. Qué pena. Me gusta romper el hielo.

Durante mucho tiempo solía preguntarme: ¿qué rayos le pasa por la cabeza a un pederasta? ¿En

verdad creen que a un niño le interesan? ¿Que lo que sienten lo compartimos? Hay una organización llamada NAMBLA dirigida por un pederasta homosexual que defiende que la pedofilia debería ser legalizada, ya que la sociedad ha aceptado casi del todo a los homosexuales. Están tan enfermos que comparan una relación consensuada entre dos adultos o personas de edades equiparables con la relación de abuso que podría surgir entre un adulto y un niño. Un niño no está preparado para tomar la decisión de acostarse con un adulto y mucho menos de tener una relación con él. No tiene la madurez suficiente y, dependiendo la edad, tampoco está desarrollado físicamente para hacerlo. Incluso si un niño dijera que sí, ¿quién garantiza que su escaso desarrollo emocional y nulas o casi nulas experiencias no lo hayan convertido en una víctima de la manipulación? Lo que yo creo es que se convencen a sí mismos de que lo que hacen no está tan mal. De que si lo adornan un poco podría estar incluso justificado. Hay gente que me ha dicho, literal, que «todos son pedófilos». Sus absurdas mentes dan por sentado que, como a ellos les gusta aquello, a todos les tiene que gustar y, por lo tanto, que tienen que luchar para que la sociedad los acepte. Se escudan tras el hecho de que, en la antigüedad, las personas contraían matrimonio a muy temprana edad y piensan que la adolescencia es un invento del mundo moderno. Solo son excusas. Se agarrarían a un clavo ardiendo con tal de justificar sus actos y se aferrarían a cualquier falacia para creer que tienen un argumento válido a su favor. Si aceptamos que los niños contraigan matrimonio a edades tan tempranas como a los once, doce o trece años como se hacía antaño, ¿qué será lo siguiente? ¿Vendrán los sádicos a pedir que legalicen sus torturas y asesinatos?

Me equivocaba pensando que esas ideas viven en la mente de un grupo reducido de enfermos. En Iraq, sin ir más lejos, se buscaba bajar la edad para que las niñas contrajeran matrimonio de los dieciocho a los nueve años. En muchos países de África como Níger, Chad, Guinea, etc. las niñas son entregadas en matrimonio a edades cada vez más tempranas. En Asia se promueve el mayor número de matrimonio infantil. Creer que esto es un problema del tercer mundo o de países de mayoría musulmana es un gran error. Las campañas en pro de la pedofilia se llevan a cabo en nuestros países. En Holanda se legalizó un partido político que promovía la pedofilia en 2006. Partido del amor fraternal, la libertad y la diversidad, lo llamaron. Sin embargo, los movimientos pro pedofilia comenzaron hace más de setenta años.

John me tomó de la mano con delicadeza y me puso un momento de pie. Encendió la radio, reprodujo una especie de vals y luego me colocó los brazos alrededor de su cuello. Me estiré para poder alcanzarlo, ya que era mucho más alto, y deseé poder ahorcarlo. Sus asquerosas manos se posaron alrededor de mi cintura y nos movimos al ritmo de la música por un buen rato. Cuando el baile hubo terminado, me miró intensamente y me agarró bruscamente el cuello para besarme.

Las palabras de Lea y Alice resonaron en mi cabeza: «No te resistas o será peor». No pude evitarlo y me resistí. No hacerlo iba contra mi naturaleza, pero él fue más fuerte.

Ya había tenido mi primer beso con un chico de la escuela que me gustaba. Fue hace nueve o diez meses, pocos días antes de cumplir los doce años. Estaba sentada en clase cuando una amiga me tocó por detrás y me pasó una notita que rezaba enmarcada en corazones: «te espero detrás de la cancha», firmado, nada más y nada menos, que por Pedro, mi interés amoroso de aquel entonces. El corazón me empezó a latir muy deprisa, tal y como ahora, pero con la diferencia de que aquel miedo sí me gustaba y este, en cambio, me hacía querer morirme. No podía esperar a que avanzara la hora así que estuve distraída todo el resto de la clase. Si aquel día hubiese tenido exámenes, de seguro me habrían reprobado. Cuando la campana que anunciaba el recreo sonó, lo vi adelantarse, no sin antes sonreírme de soslayo. Las manos se me pusieron frías y cuando sonreí

de vuelta lo hice con tanto entusiasmo que pensé que aquella sonrisa de oreja a oreja se me había quedado tatuada en el rostro. Imaginé la burla de mis compañeros persiguiéndome por toda la escuela y gritando al unísono a modo de coro: «payasa, payasa, payasa».

El recuerdo me hace sonreír aún hoy. Lo que yo daría porque todo hubiese sido distinto; por volver a aquellos días sencillos y felices donde me preocupaban cosas tan absurdas como coleccionar pegatinas para mi álbum de Barbie o no llegar a completarlo; donde me asustaba que una sonrisa se me plasmara en la cara. Ojalá así hubiese sucedido. Ojalá a todos los niños del mundo se les quede plasmada una sonrisa, una de verdad como esas que hacen que te brillen los ojos como dos focos en la oscuridad. Ojalá ninguno tenga que perder su esencia e inocencia de formas tan crueles y bruscas. Se lo conté todo a mis amiguitas de entonces, a Lupe y a Marta, y también a Juanita y Micaela. Les mostré la nota que Pedro me había pasado y, antes de salir corriendo a reunirme con él, nos reímos como bobas y conjeturamos cosas. Juana y Lupe se imaginaron una declaración con algún tipo de poema del tipo galán de telenovelas, mientras que Micaela y Marta aventuraron que quizás sería un encuentro pasional de besos desenfrenados. El caso es que, cuando llegué, él se encontraba detrás de la cancha con una mano escondida detrás de la espalda y cuando me vio se puso en guardia. ¡Cómo me gustaba aquel chico! Tan alto, tan guapo... Me sacaba todo un palmo y tenía una sonrisa blanca y reluciente y el pelo castaño más lindo que he visto jamás. Me coloqué frente a él a una distancia prudente, sonreí y me puse tan roja como un tomate. Bajé la cabeza un segundo después para que no se diera cuenta, pero él pareció notar lo y me sonrió.

—Te he traído esto —me dijo mostrándome unas flores medio marchitas y deshojadas, pero que en ese momento me parecieron una maravilla.

—Oh, vaya, qué lindas —le dije casi con un susurro, tomándolas. Al hacerlo, sus dedos rozaron los míos y sentí electricidad—. ¿Jugaste al «Me quiere, no me quiere» con ellas? —bromeé.

—¿Qué? —preguntó sorprendido. Luego lo entendió—. Ah, esto... No... tal vez. Bueno... lo siento.

—Solo bromeaba, hombre —lo calmé porque se estaba haciendo un lío.

Y él soltó una carcajada nerviosa y yo otra, después me miró un rato a los ojos y pensé que tanto él como yo nos echaríamos atrás y no nos diríamos nada más. Me equivocaba. No sé de dónde rayos tomó impulso tras sus nervios al descubierto, pero lo siguiente que dijo era lo que yo esperaba.

—Te quiero, Cecilia. ¿Quieres ser mi novia?

—¡Sí! —respondí con más entusiasmo del que debería antes incluso de que terminara de formular la pregunta.

Sonreímos otra vez, si es que en algún momento habíamos parado de hacerlo. Envidio a esa Cecilia tan diferente a lo que soy ahora, tan protegida del siniestro futuro que le aguardaba y tan condenadamente feliz. Me extraño a mí misma y lo que pude haber sido. Extraño esas sonrisas genuinas que nunca han vuelto a ser las mismas y aquella capacidad para convertir cualquier momento o situación en algún motivo para reír. ¿La perdí aquella noche o se escapó en el momento preciso en el que me robaron mi vida?

Después de un rato en silencio, echándonos miraditas, por fin se acercó a mí y me puso una mano en la cintura y otra en el cuello. Aplastamos las flores que quedaban en medio de los dos, pero no me importó. Mi cuerpo reaccionó con aún más temblores y nerviosismos y pude sentir con mayor intensidad aquellas «mariposas en la panza» de las que tanto hablaban mis amigas.

Pero de vuelta a mi realidad, yo ya no estaba allí, con el chico de mi edad que me gustaba, en el

colegio, con mis amigos. No, en aquel momento estaba en medio de un beso que no era el de aquel chico. Siendo aplastada y lastimada por brazos que no eran los suyos. Le pateé en la rodilla y él me dio una cachetada que casi me hace caer al suelo. «Estúpida, estúpida, estúpida —pensaba—. ¡Lo estás arruinando!». Lo primero que me habían advertido y lo primero que había hecho. Típico. Sin embargo, John, en vez de gritarme o seguir pegándose, se acercó a mí y me tocó la mejilla que aún me vibraba del golpe.

—Perdóname, Mia —se disculpó—. No quise... Yo...

Respiré profundo antes de contestar reprimiendo las lágrimas que salían de mis ojos como oleadas que lo inundarían todo.

—Se lo ruego, señor... Por favor, por favor.

Negó con la cabeza.

—Tranquila, mi niña. No pasa nada. Volvamos a empezar, ¿te parece?

—Déjeme ir. Por favor. Por favor.

Él negó con la cabeza y me puso la mano en la boca para callarme. No lo haría. No me dejaría libre y, si lo hacía, otro terminaría abusando de mí. Así que asentí. Ni discusiones ni nada de rebeldías.

Volvió a ofrecerme brindar y lo hice. Esta vez me tragué el contenido de la copa de un solo trago y volví a pedir otra. Me sentí medio mareada para cuando John volvió a besarme y a intentar bailar conmigo, me di cuenta de que el vino ayudaba. La embriaguez engañaba mi alma y me hacía sentir, no feliz, pero algo parecido a... ¿valiente?

En el momento en que me desnudó y me empujó a la cama boca arriba y justo antes de que se echara desnudo y jadeando sobre mí, logré distinguir en el techo una lámpara pequeña, como una araña. No estaba encendida, pero sus delicados detalles en cristal, que brillaban a la luz danzarina de las velas, me gustaron mucho y me entretuvieron un rato. Pensé: «vaya, qué cosa más bonita».

Las consecuencias físicas de abuso sexual suelen ser diversas lesiones, trastorno menstrual, infecciones, hemorragia vaginal o rectal, enfermedades sexuales, entre otras. Dependiendo de la edad de las víctimas, estas consecuencias pueden ser mucho más graves.

El abuso sexual no siempre deja lesiones físicas.

Las consecuencias psicológicas son: miedo intenso, estrés postraumático, desconfianza, irritabilidad, adopción de comportamientos de sumisión o violencia, pensamientos suicidas y autolesiones, pérdida de la autoestima, trastornos de sueño, aislamiento social, incapacidad para distinguir entre lo real o lo imaginario, entre otras.

Capítulo 5: El abismo

Estaba a solo un paso del abismo. Nunca había saboreado el desasosiego. No tenía alguna idea de lo que pasa con un niño cuando le hacen añicos el mundo. Cuando le destrozan el cuerpo, el espíritu y el concepto que tenía de su realidad tan pronto como se lleva a cabo un parpadeo.

Cuando tenía seis años seguí a una mariposa por el bosque. Fue una ocasión en la que mis padres me habían llevado a casa de mi tía Florentina, que vivía en Oaxaca. Me gustaba ir allí porque su casa era vieja y rodeada de árboles que me recordaban las aventuras fantásticas que solía leer. Mi imaginación volaba hasta límites insospechados y junto con mi hermano mayor recorría los senderos bañados de luz que había entre arboledas y arboledas y hacíamos como que éramos los héroes de un mundo lejano a este, donde los monstruos eran feos y enormes y todo estaba claro porque sabíamos contra quien luchar. Era la mariposa más hermosa que había visto jamás: enorme, de un color dorado con manchas marrones o negras, no estaba segura. Esquivé arboles y ramas para alcanzarla, ansiosa, con los bracitos extendidos para cogerla porque volaba tentadoramente bajo, lo suficiente como para que pensara que podía tenerla, pero no para lograrlo. Fue una sensación extraña; como si ese ente volador fuera lo único que existiera. Me di cuenta justo a tiempo de que habíamos alcanzado un barranco y me detuve. Yo estaba allí pero la mariposa se había alejado tanto y tan deprisa que al cabo de unos segundos desapareció de mi vista para siempre.

En cierta forma, una parte vital de mi ser se alejó a gran velocidad de mí el día en que aquel hombre me violó por primera vez. Una parte que jamás regresaría ni aunque me hubiesen rescatado en aquel preciso instante. Al principio, cuando me penetró, pensé que no sobreviviría, que no tendría las fuerzas suficientes para aguantar el dolor físico, pero, cuando todo hubo terminado y me encontré hecha un bulto ensangrentado encima de una cama, me di cuenta de que, más que un momentáneo dolor físico, mis problemas serían las secuelas del alma. Esas para las que no había medicamento alguno.

John se había lavado y vestido en silencio, supongo que contento de haber satisfecho sus más oscuros deseos. Pudo haberse quedado toda la noche, pero no quiso. Solo se limitó a fumarse un cigarrillo sentado en un sofá mientras yo continuaba mirando al techo. Tan parlanchín que había estado hasta entonces y ahora no decía nada. Se marchó de allí sin siquiera dirigirme una mirada.

Estuve un rato en ese estado hasta que Lea vino a la habitación y me pidió que me levantara y duchara. Eso hice. En mi país nunca tuve una ducha de agua caliente, eso era algo que había visto y experimentado en el cautiverio. Cuando estuve debajo de la regadera, coloqué a tope la manilla donde indicaba el rojo y dejé que el agua caliente me quemara la piel y se llevara consigo la sensación de aquellas caricias que tanto daño me habían hecho.

Lea no se atrevió a decirme nada. Me arrojó en silencio con una toalla y yo me froté lo más fuerte que pude. No entendía, para ese entonces, que no era el exterior lo que me hacía sentir

sucia. Ni siquiera la vez en que me caí al fango donde criaban los puercos, me sentí de aquella manera.

—Parece que nunca más volverás a estar limpia —me decía mi madre enojadísima frotándome con una esponja y echándome el agua a cantaranos con un cuenco—. ¡Oh, Cecilia!

Toda la mugre había desaparecido al cabo de un buen rato, volví a sentirme limpia y cómoda. En esta ocasión no sería así. No volví a dormir durante aquella noche rememorando los sucesos que había vivido, pero los días posteriores fueron aún más pesadillescos. El club tenía un buen número de miembros de todas partes del país que pagaban cantidades ingentes de dinero por visitarnos y nosotros éramos los recién llegados. La novedad que todos esperaban probar.

Los días avanzaban entre rutinas. Nos levantaban por las mañanas, hacíamos nuestro desayuno, nos poníamos a limpiar todo el lugar por turnos y, dependiendo de cuando nos tocara trabajar, pues atendíamos a los miembros. La mayoría de las veces por las tardes o en la noche. Hacíamos vídeos dos o tres veces por semana en una de las tres habitaciones destinadas para este fin con contenidos diversos y tan variados que iban desde fingir que eras la caperucita roja y te atrapaba el lobo feroz para violarte, hasta tríos y orgías entre adultos y niños. También hacíamos *shows* homosexuales entre dos chicos y dos chicas o más, por lo que no solo nos violaban ellos, sino también lo hacíamos entre nosotros.

Mi sensibilidad estaba gravemente herida con todo aquello. Pero la verdad es que lo que hay más allá del confort en el que vive la mayoría, es muchísimo peor. Hay categorías de pornografía infantil que solo podrían catalogarse como monstruosas. Podría imaginarme un montón de cosas en base a lo que he visto y vivido, pero siempre habrá algo que me sorprenda. Peores monstruosidades.

Las noches no me proporcionaban ningún alivio. Empecé a tener horribles pesadillas que solo acababan cuando comenzaban las reales. Soñaba que quería alzar el vuelo pero que algo pesado me detenía haciéndome mucho daño y que me ahogaba en un río de fango, o que me asfixiaba intentando decir algo o avisar a alguna de mis amigas de que corría peligro. Y la peor de todas las pesadillas: que volvía a casa con mi familia y me echaba a los brazos de mis padres para luego despertar abrazando solo el aire.

Solía llorar por las tardes cuando nadie me veía y lo hacía por las noches hasta caer exhausta en los brazos de Morfeo. Sin embargo, yo no era ni de lejos la que peor lo estaba pasando. Nunca había visto a niños y adolescentes con miradas tan apagadas, tristes y vacías. Era como si les hubiesen arrancado de golpe toda esperanza y alegría. Max nos tenía salas de juegos y hasta una biblioteca que apenas si visitábamos, pero nos habían convertido en zombis sin un propósito, algunos más que otros.

Julia no había vuelto a dirigirme la palabra desde la noche en la que habían subastado nuestras virginidades. Ni a mí ni a nadie. Estaba segura de que le había ido mucho peor que a cualquiera de nosotras ese día. No tanto porque era más joven, sino porque fue brutalmente golpeada. Cuando Alice la llevó a la habitación a la mañana siguiente, la chica temblaba y se estremecía de dolor con cada toque. Estaba llena de moratones y, al meterla en la ducha, vimos que también de mordidas. Me pregunté con rabia cómo podía un ser humano ser tan cruel y despiadado como para hacerle eso a un niño. Ahora ya no me hago ese tipo de preguntas. En aquel momento solo era una niña a la que todavía le quedaban algunas chispas de ingenuidad que se apagarían poco a poco con el paso del tiempo. Intenté hablar con ella varias veces para consolarla y no fui la única, pero Julia jamás volvió a ser la misma. Jamás la vimos volver a sonreír, ni siquiera a llorar. Solo se limitaba a pasearse por allí como si alguien más dirigiera sus pasos y no decía nunca nada. No

sabíamos qué le pasaba por la cabeza. Cuando no estaba limpiando o atendía a alguien, ella solo se echaba en la cama y cerraba los ojos; no dormía, solo los cerraba sin más. Tampoco era que comiera demasiado, alguno que otro bocado en cada comida. Parecía más bien que lo hacía para no enfrentarse a las consecuencias de negarse.

Lea me comentó que ella no era la única que reaccionaba de aquella manera, y que tampoco sería la última. Que luego se recuperaría, pero no todo el mundo es igual...

La pizca de compasión que Alice mostró por nosotras la noche en que nos violaron por primera vez se desvaneció de repente. Conforme pasaron los días, le quedó claro que ya estábamos en las mismas circunstancias que las demás y eso le daba carta blanca para tratarnos como le daba la gana. Solía molestarme a mí muy especialmente. Aprovechaba cualquier momento para empujarme y decirme cosas hirientes, lo mismo que sus dos secuaces, quienes la imitaban en todo.

—Tienes que defenderte —me exhortó Lea uno de esos días en los que Alice fingió que se le caía mi desayuno al piso. Esperó a que la chica se alejara para susurrármelo mientras me ayudaba a recoger lo que me habían tirado.

—Es que no puedo —respondí contrariada—. Ellas son tres y yo tan solo soy una.

—Mientras no te defiendas, no pararán.

—Lo harán cuando vean que no reacciono.

—Hazme caso. Yo las conozco desde hace años.

—Pero si ven que me enojo sabrán que me afecta y...

—Esto no es la escuela, Mia —Lea hizo una pausa y respiró profundo—. Alice, Erine y Mary solo están imitando lo que les sucede, ¿entiendes?

Y creí haberlo hecho. Ahora sí lo hago por completo, al menos. Éramos víctimas de hombres más fuertes y ellas pretendían tener víctimas más débiles. El típico caso en el que las víctimas se convierten en verdugos. Me recuerda a esos documentales que suelen pasar en la televisión y que te hablan de cómo es la vida entre los animales, con sus jerarquías en base a las especies y cómo unas se alimentaban de otras y estas, a su vez, de las más débiles.

—¿Y si no me interesa defenderme? —le respondí mirándola a los ojos para que no le quedaran dudas de que era lo que sentía en realidad.

Ella comprendió.

—Solo hazlo, ¿está bien?

—Lo intentaré.

La próxima vez que Alice y las demás volvieron a molestarme, les di una cucharada de su propia medicina. Ese día estaba limpiando el piso de las escaleras, cuando Mary se acercó a mí y le dio una patada al cubo con agua sucia que utilizaba para limpiar. No se volcó, pero se derramó un buen poco al suelo. Actué casi por instinto. La noche anterior me había maltratado verbalmente un cliente y todavía estaba llena de rabia. Tomé el mismo cubo con el resto del agua y las bañé con él de pies a cabeza haciendo énfasis en Alice, que era la que lo coordinaba todo. Me sentí extraordinariamente bien por un momento. Ojalá hubiese podido tomar represalias contra todos los que me hacían daño por aquel entonces. El gusto duró poco, pues las reacciones de las demás no se hicieron esperar. Erine me agarró por detrás para que Alice me golpeará y cuando esta iba a hacerlo, yo le di una patada justo en el vientre, pero al intentar repetir el movimiento una segunda vez, Mary me sostuvo los pies y en esta ocasión Alice si pudo propinarme un golpe en las costillas. Luego me jaló el cabello y dijo: «Lo vuelves a hacer y estás muerta».

Me reí. Debí haber parecido una verdadera loca, con el pelo todo enmarañado y aquel aspecto porque me miraron como si fuese un bicho raro. Aproveché la confusión para revolverme de

forma tan enérgica que ninguna de las tres, aunque lo intentaron, pudieron seguir sosteniéndome.

—¡No voy a dejarme nunca más, perra! —les grité enojada una vez me hube zafado y volví a plantarles cara, dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias.

—Pues la vas a pasar muy mal —me respondió Erine de mala manera e intentó echármeme encima otra vez.

La esquivé justo a tiempo y fue a parar con estrépito contra la pared. Las otras dos gritaban a coro: «dale, pégale, machácale» y el ruido que provocamos fue tal que casi de inmediato aparecieron Pablo y Robinson.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Robinson en inglés.

Ya estaba empezando a entender el idioma durante estos meses. Sin embargo, no lo hablaba, cosa que aprovecharon las demás para echarme a mí la culpa de todo.

—¿Mía? —resopló Pablo en español casi riéndose—. No me lo creo. Tu comportamiento está empezando a hartarme —añadió mirando a Alice—. Tendrías que empezar a portarte mejor teniendo en cuenta que ya estás vieja y reportas muy pocos beneficios.

Mary y Erine miraron a Alice como si quisieran desligarse de todo el asunto y pretender que no tenían nada que ver con lo que estaba pasando. Un flechazo de oscuro placer me atravesó el corazón. Volví a sonreír mirándola con todo el desprecio del que fui capaz, pero ella me devolvió una mirada de esas tan pintadas de terror que casi la compadecí. Lo hubiese hecho de no encontrar repugnante el hecho de que la joven se cebara con las niñas más vulnerables en su misma situación.

—Lo siento, Pablo, Robinson —Mientras se disculpaba, pasaba la mirada de un hombre a otro—. Mía malinterpreta las cosas. Las exagera y...

—Cállate, Alice —la cortó Robinson—. Como vuelvas a abrir tu boca para mentirme, te mando directo a la habitación negra.

No era la primera vez que escuchaba hablar de dicha habitación. No sabía lo que significaba, pero debía de ser algo muy malo porque la sola mención de aquel lugar provocó que la joven se estremeciera. Lea ya me había advertido que debería tener cuidado de lo que hacía y de lo que decía para no ir a parar allí.

—Debes mantener contentos a los miembros —me explicó Lea en uno de esos momentos en los que sentía que ya no podía más y le había comentado que me daban ganas de estrangular al próximo cerdo que me tocara—. Vas a pagar las consecuencias si no lo haces. Te pueden hacer cosas que ni siquiera te imaginas. De vez en cuando hay hombres que ordenan cosas horribles. Vídeos específicos que son violentos y hasta mortales y, si notan que no te portas como deberías, hacen esos vídeos contigo. Con cualquiera que consideren demasiado... rebeldes.

Me horrorizó enterarme. Está la pornografía infantil, que ya de por sí es una monstruosidad, y también la pornografía dura y sangrienta infantil. Hay quienes compran este tipo de material y quienes directamente compran a las niñas, niños y mujeres a los que desean maltratar. Hay quienes, incluso, transmiten cosas así en vivo y que hacen lo que el cliente en cuestión vaya ordenando. La llegada de internet facilitó mucho las cosas. Cuando uno de los vídeos más terroríficos del mundo, *Daisy's Destruction*, se dio a conocer, la mayoría pensó que se trataba de un montaje, pero cuando en 2015 apresaron a su autor, Peter Scully, el mundo entero contuvo la respiración. Y esto es solo un ejemplo. Te hace preguntarte: ¿qué más hay ahí fuera? Cada vez que he imaginado qué cosa es lo peor que puede hacerle un ser humano a otro, alguien supera mis expectativas.

—Lo siento —volvió a disculparse Alice casi llorando—. Lo lamento de verdad. No vuelvo a

hacerlo, por favor, Robinson, Pablo. No volverá a suceder. No volveré a molestarla, pero no me envíen allí. Por favor.

Y la abusadora volvía a ser abusada. Para Alice, el típico caso donde la abusada se convertía en abusadora, la vida era como un círculo, al parecer. A ella le hacían cosas y ella las afrontaba haciendo otras y luego volvían a hacérselas.

—Vete de aquí —le ordenó Andrew—. Erine, Mary más les valdría portarse mejor.

Las chicas fingieron arrepentimiento antes de darse la vuelta y largarse. Después, Pablo volvió a mirarme con aquel gesto asqueroso con el que me había mirado las últimas veces que me violó y me pidió que cuando terminara de limpiar lo acompañase a su habitación.

—Claro —le dije sonriendo, no porque tuviera que ir con él, sino porque al menos me había librado de los abusos de Alice. O eso creía.

Cuando estuve sola, me eché a reír otra vez y luego a llorar frenéticamente porque aquella rebeldía había constituido solo un alivio momentáneo; una breve fuga que no significaba nada y, rebuscando muy en el fondo y a pesar de como se había portado conmigo todo este tiempo, tampoco me alegraba realmente lo que le pudiera pasar a Alice o a las otras dos. Lo único que importaba es que, en realidad, todas nadábamos en la misma mierda.

Más tarde, mientras Pablo me tocaba y me hacía lo que le daba la gana, pensaba en lo vacío que se había vuelto todo. ¿Qué es aquello que constituye el piso de un ser humano y sin el cual flotas en medio de la nada? Puedes agarrarte a cualquier cosa pero tarde o temprano terminarías cayendo. Mi piso eran mi familia, mis amigos, mi vida en ese pequeño pueblo que siempre odié y que, desde que tengo uso de razón, deseaba abandonar. Mi piso eran las ilusiones y sueños de futuro. La inocencia que poseía y la fe, pero todo eso ya no estaba. Todo me había sido arrebatado y lo que no, se me había muerto dentro. Me habían reducido al papel de un objeto cualquiera. No era más importante que un pisapapeles, una papelera o un tenedor. Era como una muñeca vacía que se compra, utiliza y desecha. Me habían vendido al mejor postor una, y otra, y otra vez y pasando de un carcelero a otro. Si eso no te destruye cuando tienes esa edad, ¿qué lo hará? Nunca antes la idea de morir y desaparecer para siempre me había resultado tan tentadora. En mi barrio había una muchacha que ingirió una botella de cloro y fue a parar muy mal al hospital. Mi madre estuvo en el comité de la iglesia que fue a visitarla para, según ellas, ayudarla a encontrar el camino y que se sintiera mejor. Todo el mundo la criticó y pensó que era una cobarde, incluso yo. Ahora me pregunto: ¿cuáles fueron los motivos que la llevaron a tomar aquella decisión?

—Nunca debes hacer algo como eso, Cecilia —me advirtió mamá cuando regresó. Estábamos ella, mi padre y yo en la cocina y ella pelaba unas patatas para hacer un puré—. Dios no perdona eso. La vida es preciosa y esa muchacha loca va a ser castigada, tú verás. Parece que se le metió el demonio.

Mi padre arrugó la nariz. Era su forma de mostrarse en desacuerdo, pero a mi madre era mejor no discutirle. Yo asentía asustada creyendo cada palabra, incapaz de imaginar siquiera una situación que pudiera llevarme a mí a cometer tal locura. Evidentemente no gozaba de una prodigiosa imaginativa.

Si en aquel momento me hubiese visitado la muerte, me hubiese marchado con ella enseguida y no habría puesto objeciones. No quieres morir cuando aún tienes tu piso... Yo sí lo deseaba. Lo deseé desde aquella primera noche y lo continué deseando hasta entonces. A veces, cuando limpiaba las habitaciones en la parte de arriba, deseaba que las ventanas estuvieran abiertas para tirarme e impactar con tal fuerza en el suelo que acabara muriendo al instante, pero de un segundo piso se puede sobrevivir. En otras ocasiones, pensaba en coger un cuchillo y cortarme las venas,

pero era demasiado cobarde para hacerlo y envenenarme no podía porque, cuando limpiábamos, nos controlaban la cantidad de productos que utilizábamos y luego los guardaban bajo llave.

Estoy segura de que entre aquellas paredes había voces ahogadas que terminaron por apagarse. Vidas que se sesgaron porque quienes las poseían tampoco aguantaban más. ¿Cuántos niños habían sufrido antes que yo? Y de todos ellos... ¿cuántos habían tenido un final feliz?

Las palabras de Pablo y Robinson resonaron en mi cabeza como si me desvelaran una verdad que me había negado a creer. ¿Qué pasaba con las chicas que se hacían demasiado mayores para seguir gustándole a nuestro tipo de clientes? Lea y Alice tenían 16 y 15 años respectivamente y ya casi no eran requeridas por nadie. Funcían más bien como unas cuidadoras y estilistas. Nada más.

Una hora más tarde, cuando el cerdo de Pablo hubo terminado conmigo, fui directamente a buscar a Lea. La encontré en el tercer piso, organizando una de las habitaciones que habían acabado de utilizar.

—¿Qué pasa cuando te haces demasiado mayor? —le solté sin más entrando de golpe.

Lea me miró exasperada.

—¿Qué estás haciendo, Mia?

—Estoy formulando una pregunta —contesté de mala gana—. ¿Qué pasa cuando te haces tan mayor que ningún miembro te solicita?

Lea parpadeó confundida y luego respiró profundo, dejó a un lado el paño con el que estaba limpiando y se colocó frente a mí cara a cara.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Es por algo que le dijo Pablo a Alice, pero eso no importa. ¡Dime por favor!

—No lo sé, ¿de acuerdo?

—¿Cómo no vas a saber?

—Cuando llegué aquí había tres chicas mayores. Una de ellas tenía diecisiete y semana después desapareció y tan solo un par de años más tarde, las demás. Según Max, fueron vendidas.

—¿Vendidas a quién?

—Vendidas a un hombre que hace lo mismo que aquí, pero con adultos. También dicen que hay otro comprador pero para que fin, me es desconocido.

—Entonces es eso... —estaba decepcionada—. No te dejan libre o te matan.

—¡No seas idiota, Mia! —me espetó Lea malhumorada—. Más que un pedófilo, Max es un negociante y nosotros, su mercancía. Siempre tratará de sacarnos el mayor provecho posible.

—¿Así que... después habrá más de lo mismo, pero para otros enfermos?

—Sí. ¿En verdad pensaste que nos dejarían libres?

Me miré los pies. ¡Demonios! Todavía había retazos de esperanza dentro de mí y demasiada ingenuidad o estupidez.

—Yo...

—¡No habrá libertad después de esto! Ni reunión familiar ni finales de cuento. Y sí, habrá más de lo mismo.

—¿Cómo puedes querer seguir viviendo así? ¿Acaso le agarraste el gusto?

Me arrepentí de haber dicho esas palabras, casi en el momento. Lea me miró como si le hubiese dado una bofetada y no dijo nada más. De hecho, no volvió a dirigirme la palabra hasta después de que cumplí los trece años una semana más tarde y solo fue para avisarme de que John había vuelto y que quería estar otra vez conmigo.

Durante ese tiempo me sentí más sola de lo habitual. Estaban los demás niños, claro, pero ni Mara ni Silvia hablaban gran cosa conmigo ni tenían el humor para hacerlo y mucho menos Julia,

que se había convertido en una especie de fantasma de carne y hueso. Andrés, por otro lado, había cambiado tanto, que cuando no estaba con los miembros, se mantenía en la sala de estar con los carceleros y los otros tres únicos niños. Cuando salía de allí se iba a la sala de juegos y prácticamente solo tuve la oportunidad de compartir con él dos o tres veces durante toda esa semana. Admiraba como, a pesar de todo lo que nos hacían y obligaban a hacer, aún podía tener la ilusión de jugar y sonreír. Había ocasiones en las que me descubría envidiándole.

En uno de los momentos en los que me sentía peor que de costumbre, me puse a explorar el piso de arriba en busca de algún rinconcito en el que pudiera llorar a solas. Di con un cuartito minúsculo que servía para guardar cosas que no se utilizaban muy a menudo. Tenía una ventana grande en el techo que, aunque estaba bien cubierto por barrotes que alguien había puesto allí y que no podrían verse más fuera de lugar, me permitía ver un gran trozo de cielo. No solo lo utilicé para llorar, sino que aprovechaba, cada vez que estaba con un miembro por la noche, para ir a mirar las estrellas unos minutos antes de que volvieran a encerrarme. Desde ese momento lo convertí en mi refugio.

Me arreglé lo más pronto posible y me dirigí a la habitación número cinco, donde me esperaba John. Estaba sentado encima de la cama mirando hacia la puerta y me sonrió de oreja a oreja cuando me vio entrar. Pensé «hijo de puta» mientras me obligaba a mí misma a esbozar una sonrisa. Poco a poco me había hecho experta en sonrisas fingidas. Al principio me resultó muy, muy duro, pero el ser humano tiene una capacidad sorprendente de adaptarse a todo tipo de cosas, buenas o malas.

—Hola, princesa —me saludó con alegría—. Me moría por verte.

—Yo también —mentí. En realidad esperaba no volver verlo nunca—. Pensaba que no volverías...

—Sí, han pasado ya más de tres meses. Normalmente visito este lugar una vez por semana.

—Ah...

—Sí, soy de los pocos afortunados que no viven muy lejos de aquí. Como comprenderás, en Estados Unidos no encuentras un sitio como este en cada ciudad.

Soltó una carcajada. Yo reí también.

—Imagino que no.

—Pero, ¿qué haces ahí? Acércate.

Lo que tú digas, cerdo. Eres el cliente. Me acerqué y él me besó apasionadamente y esta vez imité sus movimientos. Era increíble todo lo que me había visto obligada a hacer en esos noventa y ocho días saltando de mano en mano y de una cama a otra. Incluso mi cuerpo se había acostumbrado tanto, que apenas me dolía cuando me penetraban. Sin embargo, cada vez que todo terminaba y tenía la oportunidad de estar a solas, lloraba de pura impotencia y rabia porque me hubiese gustado hacer y decir tantas cosas y sin embargo tenía que tragármelas.

John se corrió rápido esta vez o al menos eso me había parecido. Luego se dio una ducha de cinco minutos, se vistió y se sentó en silencio en el sillón. Yo estaba en la cama aún, deseando que se largara para poder ir a desahogarme. Pero él volvió a fumarse un cigarrillo mirando a ningún lado.

—Tengo una hija, ¿sabes? —dijo por fin en tono muy serio unos minutos después cuando ya empezaba a pensar que se había quedado mudo—. Tiene ocho años. Se llama Ashley.

No dije nada, aunque no esperaba que me dijera algo así. Hasta ese entonces pensaba que los pederastas eran locos solitarios que trabajaban para cogerse niños. Por suerte uno aprende cosas nuevas cada día. Si este hombre tenía una hija, pues pobre de ella. Pensé en mi padre, tan amoroso

y bueno. Mal hablado y de blando corazón y me pregunté si John sería así con su hija, con la acepción de que la visitaba en su cuarto por las noches.

—La gente piensa que esto que hacemos es una monstruosidad —continuó—, pero yo estoy convencido de que es una bendición tener chicos como tú.

Le miré indignada. ¡Maldito desgraciado! ¿Chicos como yo que puedan ser usados como objetos? ¿A los que se puedan violar, humillar y arruinar la vida? ¡En verdad hay gente que está muy desequilibrada en el mundo! Bueno, de eso ya me había dado cuenta...

—No me mires así, Mia — hizo una pausa, sacudió el cigarrillo en el cenicero y prosiguió—. Esa mirada acusativa... No tienes idea de lo que es... Descubrí que me gustaban las niñas cuando tenía quince años. No es que antes me gustaran las mayores, pero es que no sabía que era un... amante de los niños. Me niego a que me llamen pedófilo.

Aproveché para sentarme y apoyar la espalda contra el respaldo de la cama.

—Juro que pensé que podría reprimir mis instintos y no hacerle daño a ningún niño. En ese entonces era fácil tener una noviecita de doce o trece años porque la diferencia de edad era mínima, pero a medida que me hacía mayor, el problema aumentaba. Con veinte años ya nadie veía normal que me metiese en una relación con una jovencita de quince, menos una de trece o doce, así que para satisfacerme y no hacerle daño a nadie, empecé a buscar material pornográfico ilegal de esa categoría. Me masturbaba con eso y todo estaba bien, pero llega un punto en el que te cansas, ¿sabes? En el que quieres más y más... y a los veinticinco ya había rebasado el límite de lo que podía soportar sin tener algo tangible y de verdad. Un día me desesperé tanto que salí a la calle con mi auto decidido a secuestrar a una niña. Estuve a esto de hacerlo —puso los dedos índice y pulgar muy juntitos—, pero cuando estuve ahí, frente a esa escuela y los vi jugar y divertirse, me odié a mí mismo y me sentí el peor de los hombres.

Eres el peor de los hombres.

—Hasta que conocí a un buen amigo. Al principio no sabía que él también tenía esos mismos gustos, no te haces una idea de lo discreto que hay que ser con estas cosas. Pero reconocí su forma de mirar a las adolescentes, igual a como debía de mirarlas yo, y lo supe. Le hice un comentario para probarlo y él respondió tal y como lo esperaba y así encontré a mi primer cómplice. Me habló de Tailandia, Filipinas y lugares como México, en donde podríamos encontrar lo que buscábamos.

»Así lo hicimos durante un tiempo: nos íbamos de vacaciones a esos países, comprábamos a las lolitas y hacíamos con ellas lo que nos apetecía, pero tampoco se me hizo suficiente. Verás, viajar una o dos veces al año, por muy divertido que fuera, por más videos que grabara, no me satisfacía como yo quería. No es lo mismo tener que esperar a tomar vacaciones para tener sexo que hacerlo cuando se me antoje. Hablé con un proveedor de pornografía infantil que me dijo de un hombre que organiza encuentros con niñas. Era caro, pero ¡qué diablos! El dinero nunca fue problema. Soy un hombre exitoso y no tengo que arriesgar mi vida perfecta secuestrando niños.

»La gente con poder tiene acceso a todo, Mia. No importa el precio que tenga, lugares como estos son una bendición y niños como tú, también. Hay padres que abusan de sus hijas. Yo a la mía jamás la tocaría. Quiero que su vida sea plena y feliz. Que viva ajena a lo que pasa en realidad en el mundo.

»Mi familia es perfecta, ¿sabes? Mi esposa es una mujer inteligente y estable. La quiero. Debo recurrir a mis fantasías cuando me acuesto con ella, pero la quiero, no de una forma sexual, sino fraternal. Y mi hija lo es todo para mí.

Escuchaba a John hablar y no pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas. Por alguna

razón, aquel relato de cómo son las cosas desde su punto de vista egoísta, hizo que me sintiera mucho peor de lo que ya lo hacía.

—Mia, por eso los niños que sirven como tú son un milagro: gracias a su existencia otros niños, como mi hija, pueden ser felices y jamás llegar a conocer esta otra realidad.

—¿Y no te da remordimientos? —le pregunté, secándome las lágrimas con la colcha de la cama. Él fingía no darse cuenta—. ¿No se te ocurre pensar que estás abusando de la hija de otro hombre? ¿Qué pasaría si la que estuviese aquí, escuchando tu historia de mierda, fuese tu hija?

Él no contestó. Se quedó un rato callado y mirándome fijamente como si fuese una estúpida incapaz de entender la profundidad de lo que me estaba diciendo.

—No es mi hija la que está en tu lugar, Mia. Eres tú. Y lo estás porque tienes mala suerte; la mala suerte de haber nacido en la familia equivocada en un país que no se preocupa por el bienestar y la seguridad de sus ciudadanos.

Era verdad. Es cierto que los abusos sexuales a menores se llevan a cabo en todas partes del mundo y en todas las clases sociales y culturas, pero también es cierto que la trata de blancas es un problema que afecta en una aplastante mayoría a países subdesarrollados y más pobres, en donde la seguridad ciudadana es un chiste y los que deberían protegerte se hacen partícipes del crimen.

Así que yo estaba allí, sin más, para enriquecer a otros y satisfacer las necesidades de un montón de pederastas con dinero que justificaban sus acciones con retorcidos cuentos altruistas que solo ellos con sus manías podían entender. No conseguía comprender aún cómo eran capaces; capaces de secuestrar a un niño, violarlo repetidas veces y venderlo al mejor postor sin importarles cuánto sufriera. Nunca imaginé que el mundo fuese así, tan cruel, mezquino y egoísta... Y la verdad me golpeó con la brusquedad de un camión contra una bicicleta: ¡No había monstruos como los había imaginado hasta entonces! Esos babosos, feos, peludos... tan fáciles de reconocer... ¡Estos eran los monstruos! Aquellos que se esconden tras las máscaras del buen hijo, el amable vecino, el gran esposo, el padre ejemplar, el pastor que te guía y te aconseja. Monstruos que están por todas partes y que podrían ser cualquiera. Pueden ser tus vecinos, tu esposo o esposa, tu padre, tu pastor. Tu amigo. El señor que te vende las frutas... Cualquiera... Podrías ser incluso tú.

—A la gente solo la ves de cara para fuera —solía decirme mi abuela antes de que el cáncer la venciera—, no puedes ver su mente ni su corazón.

¿Por qué a mí? ¿Por qué me hicieron eso? ¿Quién demonios les dijo que podían robarles una hija a sus padres sin más? ¿Una hermana y una amiga? ¿Quién les dio el derecho de disponer de otras personas como si fueran sus dueños, como si mi existencia y la de los otros niños no valieran nada?

Muchos pedófilos no son pederastas porque nunca llegan a violar a un niño, pero eso no quiere decir que sean inocentes. Si consumes pornografía infantil estás involucrado en un crimen mucho mayor de lo que crees que es. Cada vez que alguien vio o compró uno de mis videos, me violó. Si no existiese quien pagase por esto y quien lo disfrutase, yo no estaría tal vez relatando esta historia. Nadie me hubiese secuestrado para satisfacer el morbo de nadie y lucrarse con ello. No existiría una industria tan enfermiza como esta. No habría niños en sótanos siendo abusados y grabados.

—Eres un monstruo —le dije a John entre lágrimas poniéndome de pie de un salto. En el piso había dejado el vestido que me había arrancado, así que lo tomé y me lo coloqué lo más rápido que pude.

John me detuvo y me dio una cachetada tan fuerte que fui a parar al piso con estrépito. Luego me tomó del brazo y me levantó la barbilla de modo que mi cara quedara frente a la suya.

—¿Quién te dijo que podías irte? ¡Yo he pedido dos horas y eso es lo que te vas a quedar, zorra!

Y volvió a darme una cachetada pero esta vez caí sobre la cama. Él se sacó el cinturón y me golpeó repetidas veces hasta que se hartó.

—Me gustas, Mia, y no me gusta usar la violencia, pero no tolero la falta de respeto —me espetó con la respiración entrecortada.

A continuación se colocó el cinturón y se marchó de allí murmurando un incómodo «hasta luego». Me quedé petrificada en la misma posición en la que estaba hasta que Lea entró por la puerta y me llevó fuera sosteniéndome con delicadeza. Mis lágrimas no dejaban de fluir en silencio una tras otra como el agua que cae de una cascada y mis ojos habían adquirido ya la tonalidad de la sangre para cuando estuve de nuevo en el sótano. Lea me metió en la cama y se fue a terminar de arreglar la habitación. No decía nada, pero mantenía el ceño fruncido.

—¿Qué hiciste, Mia? —me preguntó al regresar—. Ese cliente es muy tranquilo, nunca golpea a ninguna chica.

—Le dije la verdad: que no es más que un monstruo.

—¡Lo estabas haciendo muy bien y ahora lo estás arruinando!

Me hundía...

—¡Ya no aguanto más, Lea! ¡No aguanto! ¡No soporto más estar así! ¡Me quiero morir!

—Mia, tienes...

—¡Me llamo Cecilia! —le espeté tan alto y de tan mala manera que pensé que la había golpeado de alguna forma con mis palabras—. ¡Hasta el nombre nos han robado! ¡Todo, todo! ¡Se acabó! ¡Ya no más! ¡Nuestra obediencia les da el poder que tienen! ¡Prefiero morir antes que entregarme a ellos!

—Cecilia...

—¡No! ¡Prefiero morir, Lea! ¡Morir antes que seguir viviendo entre los monstruos!

Lo dije en alto y caí al abismo.

La pedofilia se considera una **parafilia**. Sin embargo, existen organizaciones **propedofilia** que luchan para que se elimine de las denominadas parafilias.

Pedofilia no es lo mismo que **pederastia**, ya que, mientras la primera es la atracción sexual por personas prepúberes, la segunda es la denominación que se le otorga al delito de abusar sexualmente de menores de edad.

Capítulo 6: La muerte

Estar deprimido es más desagradable y mucho más intenso que aquellos momentos en los que la infelicidad se apodera de tu vida. No es solo que pierdas la confianza en ti mismo, que te sientas inútil, incapaz y desesperado o que evites el contacto humano a toda costa y pienses constantemente en lo bonito que sería desaparecer para siempre; sino que no puedes evitar sentir que has caído a un pozo profundo, oscuro y terriblemente siniestro.

Lea puso especial atención en no dejarme sola en ningún momento, a pesar de que nuestra conversación se había interrumpido de manera abrupta con la llegada de Mara y Silvia. Me enteré por esta última de que les había pedido a las demás que siempre me acompañaran. Tan es así, que incluso cuando terminaba con mis clientes, la cuidadora de turno iba corriendo a mi habitación y la ordenaba conmigo, por lo que ya no me quedaban ni siquiera esos preciados cinco minutos a solas en el cuarto de las estrellas. Tampoco es que creyera que en el punto en el que me encontraba esto representaría algún consuelo, pero al menos estaría a solas.

Antes no me gustaba estar así, me daba pavor. Pero en aquel punto de mi vida era lo único que deseaba. Podría decirse que se había convertido en una especie de droga personalizada que resultaba increíblemente adictiva. Me preguntaba si, con la vida que llevábamos, ¿cómo era posible que las demás no se encontraran en el mismo estado? La infelicidad, desde luego, sí era algo que teníamos en común; pero la depresión, la sensación de estar en el pozo, por muy increíble que parezca, solo la compartíamos Julia y yo.

Julia había adelgazado cuatro o cinco kilos y de aquella belleza angelical que la caracterizaba quedaba ya muy poco. Una noche la vi recostada sobre su antebrazo derecho y sentí la necesidad de abrazarla, no para hacerle sentir mejor, pues en aquellos momentos no me interesaba si el mundo entero se venía abajo, pero sí para compartir, de alguna retorcida forma, lo que estábamos condenadas a sentir. Me acerqué lentamente a su cama y me recosté en ella rodeando a la niña con el brazo por la cintura. La sentí estremecerse a mi lado, pero no dijo nada. Nunca lo hacía y le daba igual lo que le hicieran. Creo que fue como si nos conectásemos. Recuerdo que pensé que era diminuta y frágil y sentía que, si la abrazaba un tanto más fuerte, podría destrozarla. Pero ella ya estaba destrozada. Todas lo estábamos, solo que algunas más que otras. Cuando pienso que hay niñas aún más pequeñas por ahí que están siendo abusadas y maltratadas, siento que un puño me aplasta el corazón. Y me siento impotente. Tan incapaz como en aquellos sueños en los que veía los peligros y no podía avisar de ellos porque mi cuerpo no reaccionaba a las órdenes de mi cerebro y me sentía paralizada. Ojalá pudiera cambiar el mundo y hacer que las cosas vayan a mejor para todos, pero soy solo una sombra más en medio de la oscuridad que no es capaz ni de cambiarse a sí misma. No soy capaz de encontrar un poco de la Cecilia que era antes de que me secuestraran. Ni siquiera de escuchar el eco lejano de su existencia. Había dejado de dormirme rezando cada noche, de pedir porque sucediera algún milagro y hasta evitaba a toda costa pensar en mi familia.

Los abrazos furtivos se convirtieron en una rutina. A veces, incluso, pasaba la noche abrazada a Julia con el rostro metido entre su pelo y la escuchaba llorar por las noches con gemidos leves y apagados que jamás pudieron desahogar su pena. En muchas ocasiones Lea pasaba por allí y nos miraba como si se disculpara por no poder hacer nada más. Muchas veces intentó levantarnos el ánimo con discursillos vacíos y sin sentido sobre cómo podríamos agarrarle gusto a la vida a pesar de todo. Lo que ella no sabía y apenas sospechaba era que yo le había agarrado gusto a la muerte. O al menos a la idea de morir.

—Puedes intentar leer o colorear —me decía por los pasillos cuando me veía fregar los pisos con la expresión de un zombi que no ve carne por ningún lado—. Ir al cuarto de juego y compartir un poco con las demás. Eso te ayudará y, si Julia te ve mejorar, lo hará también.

Yo no creía que algo pudiera ayudarme. No me molestaba ni siquiera en ir de un lado para otro acompañada como lo hacía Julia y, si masticaba y tragaba la comida, era solo por evitarme la confrontación y poder disfrutar de la poca tranquilidad que me quedaba, aunque en ocasiones esto era imposible.

—¡Deberías preocuparte más de tus asuntos! —le espeté un día, cansada de todo lo que me decía.

En esta ocasión se había juntado con Mara para darnos un discurso de lo más aburrido sobre nuestra supervivencia.

—Mía, sé que estás enojada porque te vigilo, pero...

—¡¿Pero qué?! ¡¿Qué más te da?! Tienes años viviendo entre toda esta mierda y parece que te encanta porque andas por ahí haciendo tu trabajo a la perfección y haciéndote la buena con nosotras para que no admitamos lo obvio: que eres una más de ellos, ¡un monstruo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me lanzó una mirada asesina. Era la primera vez que la había visto de aquella manera.

—¡Calla, Mía! —me ordenó Mara.

La ignoré.

—¡Admítelo! —continué sin hacerle caso—. ¡Casi no te viene ningún cliente y no te vendrán más porque estás vieja para estos hombres, así que lo único que te queda es explotarnos!

Y me abofeteó tan fuerte que fui a parar contra la pared del pasillo y me golpeé la cabeza contra ella. Alice pasaba por allí en aquel momento, acompañada de Mary, y no pudo evitar soltar una carcajada. Lea pareció arrepentida por un breve momento y luego volvió a adoptar la expresión anterior, se dio media vuelta y se marchó de allí apretando los nudillos.

—Te pasas de idiota —me susurró Mara mirándome con ferocidad mientras pasaba a mi lado detrás de Lea pidiéndole que la esperara.

Cuando las vi alejarse, grité de impotencia y le di una patada al cubo del agua de trapear, que se volcó derramando su contenido. Lo pateé otra vez y fue a parar unos metros más allá.

—¡Mía! —me gritó una voz a mis espaldas.

Me di la vuelta y era Royer, otro de los cuidadores, con cara de pocos amigos.

—Lo siento —murmuré.

—¡¿Qué diablos haces?! —

—Yo... estaba... yo...

Me tomó de la nuca y me obligó a ponerme de rodillas.

—¡Más te vale que te pongas a recoger este desastre! —me advirtió—. Que cuando yo vuelva esté todo impecable.

—S... sí —murmuré con esfuerzo adolorida.

Todavía me seguía apretando la nuca y cada vez lo hacía más fuerte. Deseé que terminara de ahorcarme pero me soltó bruscamente. Me caí al suelo y casi besé el piso empapado. Se alejó chapoteando y yo me quedé pasmada unos instantes deseando poder haber tenido las fuerzas para rebelarme y que terminara por asesinarme. En vez de eso, me puse de pie y me fui a recoger la cubeta, cuando descubrí un juego de llaves. Lo reconocí al instante: era el de Lea y se le debió de haber caído mientras hacía su puchero. Me agaché a recogerlo y, por primera vez en mucho tiempo, mis labios esbozaron una sonrisa. Una muy amarga. Ni siquiera me detuve a pensarlo dos veces: aquel era el momento propicio antes de que Lea se diera cuenta de que faltaban las llaves o que le tocara buscar algo en el armario de la limpieza. Me dirigí hacía allí. Era un cuarto pequeño repleto de productos bien ordenados por categorías en estanterías y, en el centro, cuatro aspiradoras, varias trapeadoras y cubos. Me acerqué y me dispuse a elegir alguno que fuese capaz de acabar con mi miserable vida de una vez por todas, aunque no entendía una mierda las advertencias. Tomé un pote blanco que contenía una etiqueta en inglés que ponía «quitamanchas», lo abrí y me lo iba a llevar a la boca, pero me detuve un momento a pensármelo mejor. ¡Es injusto! ¿Por qué tengo que morir yo? Los que deberían estar muertos y sufrir son los monstruos, no yo. ¡Basta! ¡Termina con todo esto, Cecilia! ¡Termina con el sufrimiento! Me lo llevé a la boca y empecé a tragar. Era la cosa más desagradable, ácida y repulsiva que había tocado mi boca. Costaba mucho hacerlo, pero me obligaba a ello. Creí por un momento que había cantado victoria cuando entró Lea, agitada, y me encontró en plena faena. Muy poco pude hacer para defenderme de lo que pasó a continuación: la muchacha se puso a gritar «¡auxilio!» como loca mientras me agarraba con brusquedad y me quitaba lo que tenía en las manos, que terminó por caer y verterse en el suelo.

—¡Déjame! —grité mientras me revolví con todas mis fuerzas para evitar que Lea me sostuviera de la barbilla y me metiera los dedos en la boca, pero esta era demasiado fuerte. Recuerdo que maldije para mis adentros por ser tan debilucha.

—¡Abre la boca, Cecilia! ¡Vomita!

—¡No!

—¡Vamos, Mía, no seas estúpida!

—¡Tú eres estúpida!

—Cecilia...

—¡Me quiero morir! ¡Es mi derecho! ¡No lo evites, por favor! ¡Por favor!

—¡Por favor tú! ¡Reacciona!

Y así estuvimos por largo rato tratando de convencernos una a la otra de cuál debería ceder, mientras forcejeábamos como dos colegialas idiotas hasta que entraron Alice y Mara. La primera se nos quedó mirando un momento y no reaccionó, y la segunda me agarró por la espalda y me sostuvo uno de los brazos. Volví a revolverme invirtiendo más fuerza y apartando el rostro. Por más que se esforzaban no podían conmigo y, mientras tanto, Alice solo observaba. Llegué a darme cuenta de que había entendido la situación y deseaba que yo muriera.

—¿Qué haces?! —le preguntó Lea hecha una furia— ¡Ayúdame o te las verás con Max!

La sola amenaza fue suficiente para que la aludida dudara y se abalanzara sobre mí apresándome el otro brazo de modo que no pudiera agitarme tanto. Al hacerlo, resbalé hasta el suelo y las otras conmigo. La adrenalina puede darte una fuerza increíble, pero aún así no fue suficiente. Lea evitó las patadas que le lanzaba y se colocó encima de mi cintura.

—¡Abre la boca! —me ordenó apresando mi barbilla con una mano y obligándome a abrirla.

Yo seguía moviendo desenfrenadamente cada parte de mi cuerpo que podía y aún entre las tres

seguían sin poder conmigo. Por un breve instante creí que me saldría con la mía, pero otra vez volví a equivocarme. En ese preciso instante entró Erine y vio lo que estaba pasando.

—¡Ábrele la boca! —le ordenó Lea de inmediato, y la chica, confusa, se arrodilló a nuestro lado y con su mano izquierda me sostuvo la barbilla y con la otra, el cráneo. En esta ocasión habían logrado su cometido y Lea me introdujo violentamente tres dedos en la garganta provocándome un dolor agudo. El vómito llegó enseguida y casi me ahogaba con él, hasta que Lea me colocó de lado y empecé a expulsarlo todo a los pies de Alice y Mara, que me miraban con asco. Vomité tres veces en la misma ocasión. Ya era suficiente el mal sabor del quitamanchas y, agregado el dedo, me dio por no parar.

—No tenían derecho —les reclamé débil y sudorosa recostada en mi propio vómito.

Mi voz se había reducido a solo un susurro. Me eché a llorar.

—Cecilia, ven —me pidió Lea con delicadeza—. Vamos.

Me sostuvo del brazo con sumo cuidado teniendo en cuenta cómo me acababa de tratar, y me sacó de allí dejando a las demás enmudecidas profiriendo gemidos de repulsión. Recorriamos el largo pasillo hasta las escaleras que daban al sótano, cuando nos detuvo Royer con gesto severo apareciendo delante de nosotras.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó mirándome de arriba abajo y arrugando la nariz como si su careto no fuese aún más asqueroso.

—No lo sé —mintió Lea—. Parece enferma. Ha vomitado hasta el alma.

—Joder. Dale algo y que se dé un baño prolongado de arriba abajo.

—Sí, justo a eso iba —respondió por último Lea, y seguimos nuestro camino.

Debajo, en el sótano, había dos baños con varias regaderas donde solíamos asearnos. Entramos a uno de ellos y Lea empezó a desvestirme mientras yo lloraba en silencio. Me lo hice con una lentitud aplastante, aun con su ayuda, y luego me metí en una de las duchas y puse el agua caliente hasta que empezó a humear. Me coloqué debajo dejando que el agua me quemara hasta que Lea controló la temperatura. Me eché otra vez a llorar con desesperación mientras se resbalaba la inmundicia de mi cuerpo.

—No debiste hacerlo —añadió Lea interrumpiendo mi llanto.

—Tú no debiste evitarlo.

—Hay muchas otras maneras de evitar el dolor o de patearle a ellos el culo sin que tengas que joderte la vida.

—Ya me la han jodido.

—Pero no definitivamente.

—¿Acaso no lo has entendido ya? ¡No me importa nada! Solo quiero cerrar los ojos y desaparecer.

—¿A quién crees que ayudas con tu muerte?

—¿Y a ti quién te ha dicho que quiero ayudar a alguien?

La chica suspiró y se apoyó de una de las paredes con la mano. Bajó la cabeza, meditó unos instantes y continuó:

—¿No te gustaría arruinarles la vida? ¿Acabar con todo esto?

No respondí.

—La única forma que tienes de hacerlo es viviendo —continuó con calma.

—Que yo siga viviendo solo los hace más felices. Se están enriqueciendo prostituyéndome.

—Sí, pero un día, si te portas muy bien, te darán libertades y te venderán a otros sitios donde será más fácil escapar.

La miré entre anonadada y enojada.

—¿Es que acaso no te das cuenta de lo que estás haciendo? —no me lo podía creer—. ¡Te estás agarrando a un clavo ardiendo! Nada te garantiza que vas a sobrevivir a esto o que algún día serás libre. ¡De hecho, es casi imposible!

—Es mejor que rendirse y no tener ninguna esperanza.

—Eres idiota.

Pensé que era una malagradecida cuando el rostro de la chica se ensombreció, y me dio remordimientos estar martillando su piso. La verdad es que ahora puedo ponerme en su lugar y comprender un poquito de qué iba su ancla. Para sobrevivir necesitas alguna cosa que no te deje caer al abismo y el de ella y algunas de las otras chicas era el de escapar y ser libres algún día. Yo no conseguía comprenderlo, la misión me parecía imposible. Estaba tan tocada por lo que nos hacían que no me cabía en la cabeza que las demás fueran tan fuertes que todavía albergasen esperanzas. Entonces me di cuenta de que esos remordimientos y la pena eran los primeros sentimientos que habían surgido en demasiado tiempo y demostraban que había algo que sí me importaba. Parecía que estar tan cerca de la muerte me había cambiado un poquito.

—No entiendes nada —me dijo por último, cabizbaja—. Date prisa, que tengo mucho que hacer.

Terminé de asearme y me sequé con una toalla. Para cuando llegué al dormitorio y me recosté me sentí mucho mejor. No lo hice en mi cama, como de costumbre, sino en la de Julia. Ella no estaba, pero abracé su almohada. Lea dio el aviso de que me encontraba indispuesta y tuve carta blanca para cerrar los ojos y quedarme allí toda la tarde. Las chicas iban y venían y algunas de ellas intentaron hablarme, pero fingí estar dormida. Solo quería, una vez más, que me dejaran en paz. ¿Acaso era algo difícil de entender? En un momento dado, sentí que alguien se acercaba a mí sigilosamente. Aun así no abrí los ojos hasta que posó unas manos delicadas sobre mí, sacudiéndome ligeramente.

—Mia...

Era Mara. Fingí bostezar.

—¿Ah?

—Ya sé que no dormías.

—¿Qué quieres?

—No te pongas a la defensiva, ¿quieres? —refunfuñó la otra al notar el tono irritado de mi voz.

—¿Qué quieres, Mara?

—Decirte algo... —La miré con el ceño fruncido y los labios apretados para que no le cupiera la menor duda de que no tenía interés en sus palabras—. Lo que has hecho hoy ha sido el colmo.

—No me digas...

—Eres una egoísta. Solo piensas en ti misma.

—Ya sé qué es lo que significa egoísta —le dije tajante—, gracias. ¿Algo más?

Me puse en plan arrogante porque me dolían sus palabras, pero no iba a darle a entender que era así. La chica me miró contrariada como si le hubiese dado una bofetada. Ella no comprendía por lo que yo estaba pasando y yo apenas, gracias a mi anterior conversación con Lea, empezaba a entender cómo debía sentirse ella.

—Desde que llegaste aquí te has apartado de todas y siempre quieres estar sola —de sus ojos brotaron dos lágrimas mientras hablaba—. Actúas como si fueses la única que está pasando por esto y somos todas.

—¿Y qué maldito sentido tiene que me dé abrazitos con ustedes? ¿Eso cambiaría lo que nos

está pasando?

—Todas nos ayudamos. Nos damos fuerzas.

—Qué ridícula eres.

Mara me dirigió una mirada cargada de furia y desencanto.

—Si te hubieses muerto, Lea hubiese sufrido las consecuencias, ¿sabes? De todo lo que pase aquí, ella es la responsable. Está mayor y no tiene clientes y, si no hace bien su trabajo, la golpean o algo peor.

Tragué saliva. Todo tenía consecuencias, es verdad, pero antes de mi fallido intento de suicidio, estas no me importaban. Volver a sentir resultaba una mierda. Estaba sintiendo culpa y dolor. Sentimientos equivocados.

—No lo sabía.

—Lo sabrías si estuvieras más unida a nosotras. No hacer un frente común solo ayuda a que nos destruyamos más rápido. Deberías demostrarle a Julia que tú puedes. Tal vez así se animaría. Parece un cadáver y no come casi nada. Se va a terminar muriendo.

Mara se marchó de la habitación dejándome el mal sabor de boca que provoca el miedo. Tenía razón, pensé, pero luego volvió a mi mente aquel pensamiento derrotista de que tal vez sería mejor así. Muerta no tendría que soportar lo que nos hacían los monstruos. Sin embargo, aquella noche mientras Julia y yo nos acostamos juntas una abrazando la otra, como de costumbre, pensé que sería bonito que pudiéramos volver a vivir como antes. Sería imposible, desde luego, olvidar nuestra estancia entre los monstruos pero ¿y si pudiésemos superarlo y seguir adelante? Quizás me estaba dando por vencida antes de siquiera de haber presentado batalla.

Levanté la cabeza, vi sus ojos tristes en medio de la tenue lucecita de la lámpara en la distancia y me vino a la cabeza el cuento de los tres cerditos. A mí me encantaba contar cuentos a mis hermanitos antes de irse a la cama, la mayoría, de terror, pero también conocía alguno que otro cuento de esos que tenían la capacidad de sumergir a las personas en un mundo mejor.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —le pregunté.

Se limitó a encogerse de hombros por toda respuesta y comencé:

— Había una vez una isla en donde habitaban un lobo y tres cochinitos...

—No era una isla —me contradijo con voz débil y ronca. Me percaté de que era la primera vez que hablaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Ah, no? ¿Qué era entonces?

—Pues algo así como un bosque o al lado de uno. Así me lo contaba mamá.

—Bueno, pues... había una vez en un bosque lejano...

Y terminé de relatarle el cuento al oído, pero, en vez de alegrarla, Julia se echó a llorar de forma desconsolada. Se estremecía entre mis brazos y yo ni sabía cómo, ni podía hacerla sentir mejor. Lloró hasta que se quedó dormida de agotamiento como había hecho yo en tantas ocasiones. Como si lo único para lo que sirviera su cuerpo fuese para fabricar lágrimas.

No pude pegar ojo en casi toda la noche. Cuando por fin lo hice, el gusto me duró muy poquito. Me dolía la parte baja del vientre. Era un dolor agudo, punzante, que se manifestaba entre el comienzo de la vagina y la parte baja de la espalda antes de llegar a los glúteos. Me imaginé que se trataba de las consecuencias de mi intento de suicidio, sin embargo, al momento de llevarme la mano, me sentí húmeda. Me fui al baño y me revisé: estaba toda embarrada de una sangre espesa y oscura. Un desastre, pero yo ya sabía que era. Al parecer aquella era la forma que tenía mi cuerpo de decirme que ya me había hecho una mujer. Un poco tarde, desde luego. Había toallas sanitarias y tampones en uno de los armarios del baño. Tomé ropa interior nueva y coloqué mi ropa

manchada en la lavadora. Pensé que, al menos ese día, no tendría que acostarme con nadie, pero me equivocaba. Lea me enseñó que, para dormir con los miembros, debía meterme una toalla húmeda y sacarla en cuanto terminara. Por suerte para mí, ese día solo tuve que hacer dos clientes.

Los días siguientes fueron difíciles: mi estabilidad emocional era como un sube y baja en donde algunas veces estaba triste y en otras, enojada. Aún así intenté no ser un estorbo para nadie y volví a mi vieja costumbre de visitar la sala de las estrellas sin importarme quien me vigilara ese día. Cuando terminaba, me iba al dormitorio y me tumbaba junto a Julia, que siempre estaba allí, de lado, como si fuese una estatua que formara parte de la decoración. La cantidad de clientes que la niña recibía había disminuido tanto como su peso. Se veía igual que un esqueleto con una capa de piel por encima. Ya ni siquiera los cuidadores la requerían en sus habitaciones y a mí me preocupaba que no sobreviviera. Intentamos animarla muchas veces, y nada de lo que hacíamos funcionaba. La llevábamos de un lado a otro, le dábamos juguetes, le leíamos libros y la jovencita no reaccionaba. Max estaba enojado con Lea, pues pensaba que esta no estaba cumpliendo bien con su trabajo al no poder controlar a Julia y esto se notaba en el miedo y la preocupación de Lea, cuyo rostro reflejaba demasiado estrés durante esos días. Obligaba a la niña a tragar la comida y a tomar agua, pero, extrañamente, la salud de la muchacha no mejoraba. Una vez dejé morir una planta en mi habitación. Fue un proceso lento y gradual. Algo parecido le sucedió a ella. Su piel se volvió amarillenta y su rostro fue adquiriendo poco a poco el aspecto de una calavera lúgubre y ojerosa. Se le caía el pelo y no le crecían las uñas. Un día ni siquiera despertó. La noche anterior yo me había ido a la cama con ella, como hacía casi siempre, y cuando desperté aquella mañana sabía que algo no iba bien. Se encontraba boca arriba, con la boca ligeramente abierta y los ojos cerrados como si durmiese, pero no emitía el suave silbido que solía acompañar a su sueño. Lo supe antes incluso de colocar una mano sobre su corazón y percatarme al instante de que no latía. Aún así me llevé en vano una mano hasta su cara y la rocé ligeramente acariciando sus labios. No respiraba.

Me quedé de piedra mirándola y no pude apartar la vista a pesar de que lo deseaba con todas mis fuerzas. Su cuerpo ejercía una hipnótica atracción que me lo impedía. Era tan pequeña, tan inocente. Tenía diez años y no merecía estar allí. No merecía haber sufrido como lo hizo y no merecía morir y mucho menos en aquel silencio en medio de la noche interrumpido solo por los ligeros ronquidos de las demás niñas. Acompañada y sola a la vez. Ignorada. No merecía que no nos hubiésemos dado cuenta. Que no dijese unas últimas palabras y que no estuviésemos para acompañarla en sus últimos momentos. Ella no lo merecía.

No supe si grité o pedí auxilio. En mi estado todo pasó de repente: las chicas empezaron a despertar y a gritar consternadas, a veces se abrazaban y lloraban unas a otras y señalaban el cuerpo de la recién fallecida. Lea y Alice salieron corriendo y regresaron minutos después con Robinson y Pablo, quienes cargaron el cuerpecito entre ambos como si fuese un saco viejo y se lo llevaron arriba.

El mundo se movía deprisa y yo, en cámara lenta. No supe si fueron horas o minutos los que estuve todavía en la misma posición mirando el espacio vacío en la cama, las sábanas arrugadas que probaban que hubo una chiquilla que estuvo ahí acostada y que ya no estaba. Era como su huella.

—Mia...

A lo lejos alguien pronunciaba un nombre y algo sacudía la tierra. Pero no era la tierra.

—¡Cecilia, reacciona! —me gritó Mara mientras me zarandeaba violentamente.

Volví a la realidad. La habitación estaba vacía. ¿En qué momento se fueron las demás? ¿Cuánto

tiempo estuve en aquel estado? Miré el reloj en la pared. Eran las diez y nosotras nos levantábamos a las siete...

—¿Eh? —pregunté aturdida. Debí parecer una idiota.

—¡Levanta! Nos toca limpiar las habitaciones junto con Alice, que está de mal humor.

—Ya voy... Espera... ¡¿Qué?! No... yo... Julia...

¿Cómo era que actuaban como si no hubiese pasado nada? ¿Me lo había imaginado?

—Está muerta y ya se la han llevado. Tenemos que seguir.

—Mu... ¿Muerta?

—¡Muerta! ¿Eres idiota? ¡Ven a limpiar! —amonestó antes de darse la vuelta y marcharse de allí airada.

No le daba igual, supe: la voz de la jovencita, pese a sus palabras, temblaba ligeramente y, cuando más tarde nos reunimos para limpiar, la escuché sollozando de manera casi imperceptible. Yo no había llorado aún. Tenía un cuerpo que me llevaba de un lado al otro y que hacía las tareas impuestas mecánicamente, pero yo no estaba allí. Sentía que tenía el corazón roto, vacío y que estaba atrapada en alguna parte lejana y profunda de mi mente que era como una cárcel que no me deja salir. Una cárcel dentro de otra cárcel.

No sabría decir con exactitud si me dolía o no la muerte de Julia, o si solo me encontraba en *shock* al ser testigo por primera vez de lo que era la muerte. No sabía si el miedo y la pena que sentía eran por ella o por mí misma, porque Julia había conseguido antes lo que yo no pude. Al menos ella sí descansaría en paz mientras yo seguiría con los monstruos. Lo más cerca a la muerte que había estado en mi vida habían sido las rosas que mi madre sembraba y que recogía para ponerlas en la mesa metidas en un jarrón. Por más agua que tuvieran, siempre terminaban marchitas. El inevitable destino de todo ser vivo.

La imagen del cuerpo de Julia me acompañará el resto de la vida. Suena estúpido, pero hay cosas que no se olvidan nunca. A menudo pienso en si pude haber hecho algo, antes de recapacitar y entender que apenas era una niña y que muy pocas cosas estaban en mis manos en aquel entonces.

No vimos el cuerpo nunca más y no supe qué hicieron con él hasta mucho después. Cuando se lo pregunté a Robinson, me contestó, tajante, que se habían deshecho de él. Me partió el alma ver que no había respeto para aquella vida interrumpida bruscamente. Para aquel inocente ser humano del que se habían aprovechado y servido a su antojo y que no había sobrevivido al proceso. Gracias a ello llegó el sentimiento más poderoso que hasta entonces había sentido jamás: el odio.

No conocía bien a Julia. No había compartido con ella más que ciertos abrazos de vez en cuando, pero su ausencia me resultó difícil. Cuando estaba en el dormitorio, no dejaba de ver su cama y de imaginármela recostada encima. Las demás habían llorado un par de días y luego todo había vuelto a la normalidad en sus vidas, pero, para mí, nada sería igual. Para empezar, se me habían quitado las ganas de morir.

Uno de esos días, mientras me hallaba acostada boca arriba mirando el cielo en la sala de las estrellas, Lea abrió la puerta y entró de súbito. Se acostó del lado contrario, de modo que su cabeza y la mía quedaran una al lado de otra apuntando en sentido opuesto y me miró con sus grandes ojos brillantes.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—De maravilla, de hecho nunca he estado mejor.

—Vaya, me alegro que tengas humor para la ironía. Eso significa que estás mejor.

No dije nada.

—Hay maneras de sobrevivir a esto, ¿sabes? —me soltó después de un minuto de incomodo silencio—. No dejes que esto te venza.

La miré. No parecía la chica de diecisiete años que era, sino una mucho mayor. Me recordaba a mi abuela cuando me largaba el sermón de que debía ser fuerte en la vida, aunque esto me lo decía generalmente cuando me llevaban a poner una inyección y yo armaba uno de mis típicos escándalos. Seguro que no se refería a cuando te secuestran, te violan todos los días, te obligan a hacer cosas repugnantes y a maltratar a las personas que están en las mismas circunstancias que tú. ¿Qué hubiese dicho ella si me viese en ese momento? Tal vez que es mejor rendirse...

—Tendrías que fijarte una meta —continuó con calma.

—Ya... ¿Y la tuya cuál es?

—Yo quiero escapar y vivir mi vida lejos. En un lugar cerca del mar para nadar todos los días. Solté un bufido.

—¿Es en serio?

—¿Por qué? ¿Qué harías tú en mi lugar?

Me detuve un momento a pensarlo. Solo había una cosa que deseaba con todas mis fuerzas.

—Yo quiero que los monstruos paguen.

—Entonces mantente viva. Hasta que tengas la oportunidad de escapar. Si lo haces, vete a la policía y cuenta lo que ocurre aquí.

—¿Por qué no has intentado escapar?

—Lo hice una vez... lo intenté y me capturaron —se sentó y se dio la vuelta.

A continuación se quitó los zapatos y me mostró los pies. Las plantas de los mismos mostraban quemaduras que se habían curado formando una maraña de feas tiras de piel que formaban cicatrices. Volví a sentir esa rabia. ¡Malditos monstruos! No tenían derecho. Debían pagar por lo que habían hecho.

—Dime cómo sobrevivo...

Lea sonrió complacida y asintió.

—Yo suelo escapar a diario de mi cuerpo con la mente. Si todo el tiempo estuviera aquí, lo que sea que ellos me hagan se lo estarán haciendo a Delsa, no a Lea y, si quiero sobrevivir, debo dejar que sufra Lea y poner a Delsa a salvo.

Y lo comprendí. De repente había algo en medio del abismo. No era un algo firme y sólido como un piso, pero tampoco era la infinita nada. Se trataba de una especie de hilo, uno muy frágil y quebradizo que me anclaba al mundo y a la vida y que esperaba que pudiese sostener el peso de mis amarguras hasta que encontrara algo más a lo que aferrarme. Mi hilo en medio de la nada era la venganza, y la forma de mantenerme caminando en la cuerda floja, como un equilibrista en un circo, sería escapando. No literalmente.

Julia murió y yo sobreviví y, aunque su muerte me haya abierto los ojos de alguna manera, jamás debía permitirme ser como ella. No ahora, al menos. Eso no significaba que fuese más valiente, no. Yo era una cobarde porque iba a permitir que, a partir de ese momento, Cecilia estuviese a salvo porque Mia sufriría los abusos, torturas y humillaciones. Ceci se guardaría para sí los momentos no tan malos y tomaría el dolor de Mia para convertirlo en un arma. Mia estaría condenada, no yo. Yo seguiría siendo una niña feliz con un propósito. Una niña a salvo al fin y al cabo. Así dejé de ser Cecilia.

Los intentos de suicidio son comunes entre las víctimas de explotación sexual.

Capítulo 7: La otra

La sala de juegos permanecía vacía la mayor parte del tiempo. Claro, no es que el ambiente en el que nos encontrábamos hubiera sido propicio para que estuviéramos de buen humor, precisamente. La mayoría de las chicas, cuando terminaban de fingir que sonreían y se divertían arriba con nuestros cuidadores o con algún cliente, solo querían pasar un rato tranquilo entre ellas o a solas, pero Alice, Erine y Mary parecían disfrutar con los juegos de mesa cuando no tenían nada que hacer. Así que, para empezar a animarme, me fui a la biblioteca.

Lea me había recomendado que le diera a mi nuevo yo herramientas divertidas para que los días en el infierno fueran más llevaderos. Cuando entré a la biblioteca, solo estaba Andrés. A él prácticamente no lo veía, puesto que, en ocasiones, ni siquiera dormía en la habitación de los chicos en el sótano. Las demás chicas decían que se había convertido en el chico favorito de Max y, por lo visto, no le iba tan mal: su aspecto estaba mejor cuidado que el de cualquiera de nosotros, había aumentado unas libras, tenía el pelo largo hasta cubrirle las orejas y la piel le brillaba por la hidratación. Estaba bien vestido con unos pantalones caqui y una camisa azul por encima de una camiseta del mismo color. En general, debíamos tener un aspecto bien cuidado, de ahí que tuviésemos una peluquería y un envidiable ropero que se renovaba constantemente, además de utilizar buenos productos para la piel. Los clientes del lugar eran exigentes y, ya que pagaban tanto, Max estaba dispuesto a ofrecerles un buen producto. Aun así, no nos alimentaban de la mejor manera: tomábamos avena para desayunar o cereales y por las tardes y las noches siempre era lo mismo, algún puré de patatas con huevos revueltos, o unos macarrones con queso, tal vez un poco de arroz con pollo, todo en cantidades mínimas para que no perdiéramos la figura, pero a Andrés parecían alimentarlo de otra manera.

—Hola, Mía —me saludó algo desganado.

Estaba leyendo un libro de cuentos con una portada muy colorida, titulado *Guía de misterio y diversión*.

—Yo bien, ¿y tú? ¿Cómo estás?

Hacía mucho que mis habilidades sociales se habían desgastado. Creo que era la primera vez, desde que estaba entre los monstruos, que le preguntaba eso a alguien.

—Bien —titubeó—, supongo...

—Ya... Vine a buscar un libro... No soy una gran lectora, ¿me recomiendas alguno?

—Claro —respondió esbozando una sonrisa —Dime qué te gusta. ¿Fantasía? ¿Horror?

—Fantasía está bien.

Lo último que necesitaba era más horror del que ya tenía. El chico paseó la mirada entre las múltiples estanterías. No era una biblioteca muy grande, más bien era un cuarto improvisado con ocho o nueve estanterías de esas que iban pegadas a la pared, y los libros no estaban clasificados por géneros. En el centro había tres sofás colocados alrededor de una mesa y eso era todo.

—Te recomiendo este —me dijo mostrando un volumen cuya portada era azul con un círculo rojo enmarcado con las figuras de dos dragones y en cuyo centro había pequeñas figuras y plantas. El título rezaba: *La historia interminable*—. Creo que te va a gustar.

—Muchas gracias, Andrés. Parece divertido.

—Lo es. Fue el primero que leí cuando llegué aquí.

El chico se sentó de nuevo en el sofá y se enfrascó en su lectura. Comencé a leer el libro que me recomendó y lo encontré ameno y divertido. Ya había leído historias antes, pero con este libro fue como si abriera una puerta y entrara a otro mundo. Me olvidé de todo por un momento. Y fue así como poco a poco me anclé a las ganas de sobrevivir.

Iba muy seguido a la biblioteca. Lo hacía cada vez que tenía un tiempo libre y también por las noches, cuando me llevaba a escondidas al dormitorio el libro de turno. De esta manera entrenaba de nuevo mi imaginativa, que se encontraba algo oxidada últimamente. Lo mío habían sido siempre las matemáticas, pero los cuentos siempre me habían gustado y la imaginación podía serme útil para aprender a escapar de mi realidad cuando alguien estuviera abusando de mí. La primera vez que supe que lo había conseguido fue con uno de mis clientes habituales. Era un señor de cincuenta y dos años, rechoncho y odioso, que solía hacer todo con una brusquedad innecesaria, como la mayoría de los pedófilos, a los que les encanta sentir que tienen a una víctima entre sus brazos. Llegué a la habitación y por todo saludo me pidió que empezara a hacer mi trabajo, tomándome del hombro y obligándome a que me arrodillara delante de él para, acto seguido, bajarse los pantalones. Mientras hacía lo que me tocaba me imaginaba un mundo en donde era la heroína, perseguida por monstruos que llevaban el rostro de cada uno de los clientes que me habían tocado y arruinado la inocencia, desde John hasta el monstruo con el que me encontraba ahora. Pero mientras estos me perseguían, yo me detenía, me daba la vuelta y empezaba a perseguirlos y a matarlos de formas que solo se le ocurrirían a un sádico. En mis fantasías yo era fuerte y enorme, casi como una casa. Todos me temían y respetaban y los monstruos temblaban de tal manera al escuchar sobre mí que hasta se orinaban en sus pantalones. Y yo reía mientras los cazaba y los torturaba. Suena grotesco, pero había sido precisamente la rabia dentro de mí lo que me había regalado un motivo para seguir viviendo. Mi cuerda floja en medio del abismo.

Imaginando aquello entendí cómo debían de sentirse los monstruos. Siempre he pensado, y lo he visto, que algo oscuro les pasa a los seres humanos cuando se encuentran o se sienten en situaciones de poder por encima de otros. Incluso cuando solo imaginas que lo estás. Cuando iba a la escuela, los chicos que solían meterse con Lupe también se metían con los más indefensos y vulnerables del recinto. Empezaban con empujones y luego iban a más a medida que el objetivo no se defendía. Llegaban a quitarles el dinero a los niños más pequeños y a todo aquel que se dejara, porque poco a poco iban entendiendo que ellos eran los poderosos y los demás, las presas. Pasa lo mismo con los pedófilos: les gusta sentirse poderosos por encima de nosotros y nos obligan a hacer cosas horribles, incluso entre nosotros, para divertirse. Es como si eso les hiciera sentirse poderosos.

Si deseaba que los monstruos pagasen por sus actos, debía sobrevivir y, para hacerlo, no debía ser la víctima. Y para no serlo ya estaba bien encaminada. Creé mi propio mundo cuando estaba con ellos y, cuando no, leía, jugaba a juegos de mesa con las demás o veía las estrellas en mi rincón favorito. Me encantaba esto último porque mirar el cielo estrellado me hacía sentir minúscula. No minúscula como me hacían sentir los monstruos, pero sí en el sentido de que mis

problemas y sufrimientos no tenían relevancia ante todo lo que había y existía, porque... ¿qué importancia tiene un alma desgraciada frente a la inmensidad de todas las cosas?

También cultivé amistades. Poco a poco me fui acercando más a las chicas, sobre todo a Lea, Mara, Silvia, Lina y Kenny. Al principio pensaba con amargura que, en aquel encierro, no tendrían temas interesantes de que hablar salvo, tal vez, el tamaño de la polla del cliente anterior; pero me sorprendieron: hablaban abiertamente de lo que sentían, de sus deseos sobre qué les gustaría estar haciendo en aquel momento, de cuánto extrañaban a sus familiares y qué harían si tuviesen la oportunidad de ser libres otra vez. A Mara le hubiese gustado estudiar Medicina. Siempre hablaba del tema como si fuera una esperanza latente que todavía albergaba. Kenny deseaba solo volver a ver a sus padres y a sus hermanos y no preocuparse por qué haría en la vida hasta que tuviese dieciocho años. Silvia decía que le gustaban las computadoras y que quería ser informática. Lina sería diseñadora de interiores y Lea deseaba ser policía y proteger a las personas.

—Voy a luchar contra la esclavitud moderna —solía decir—. Y voy a escribir nuestra historia. Quiero que el mundo sepa que nosotras existimos y que sufrimos en manos de estos seres despiadados.

—Los monstruos —le corregí en aquella ocasión.

—Sí, Mía. Los monstruos. Que el mundo sepa que hay miles de chicas como nosotras sufriendo abusos, tortura y humillaciones. Quiero crear una fundación, algo que nos ayude a luchar contra ellos.

—Y que paguen —intervino Mara.

—¡Sí, que paguen! —intervinimos todas al unísono. Y nos reímos.

En momentos como aquellos sentía que la cuerda que me sostenía al mundo se estaba haciendo más ancha. Era cierto eso que decían ellas de que las penas compartidas son menos. Después de todo, ¿por qué no? Al fin y al cabo nadábamos todas en las mismas aguas tóxicas y, cuando los brazos de algunas se cansaran, tal vez los brazos de otras sirvieran para mantenerlas a flote. Eso o nos hundíamos todas. Ojalá hubiese podido Julia encontrar algo a lo que aferrarse. Y ojalá no hubiese muerto. No sabía cómo terminaría esta historia, pero hubiésemos caminado juntas hacia el final.

En otras ocasiones, compartíamos fantasías. Hacíamos ejercicios en donde nos imaginábamos cosas tales como ¿qué hubiese sucedido si el día en que nos secuestraron no hubiésemos estado en el lugar equivocado? ¿Cómo podría ser nuestra vida para ese momento ajena a lo que pasa en este bajo mundo?

—Obvio que tal y como eran antes —nos decía Mara poniendo los ojos en blanco—. Yendo a la escuela y llorando porque hemos dejado alguna materia para completivo y nuestros padres nos iban a matar.

—Yo nunca dejé una materia para completivo —dijo Lea irguiéndose—. De hecho, me gustaban todas.

—¿Incluso Matemáticas? —quiso saber Silvia.

—Bueno... esa no...

—A mí sí me gustaba —les comuniqué yo con una risita de autosuficiencia—. Era mi favorita.

—Pues qué gustos tan malos tienes, Mía —se burló Mara.

Ese día nos interrumpió Alice de muy mal humor, ordenándonos ir a Mara y a mí al segundo piso con los cuidadores. La chica no había vuelto a molestarme desde que nos peleamos aquella vez y me daba la impresión de que incluso evitaba cruzarse conmigo. Todavía estaría molestándome si no hubiese hecho algo. El odio que la chica me profesaba se notaba en su mirada

cargada de rabia. Creo que tampoco le agradaba mucho que estuviese haciendo amistades con las demás, en especial con Lea. Imagino que Lea y ella llegaron a ese sitio casi al mismo tiempo y que habían tenido que pasar muchas cosas juntas, como Mara y yo.

Me despedí de las chicas y me fui a cumplir con mis «obligaciones». No importaba, pensaba cada vez que me tocaba, siempre puedo escapar en mi cabeza... Pero, claro, en algunas ocasiones eso era imposible. Recuerdo que me llamaron un día para atender a un cliente que me había solicitado. Cuando llegué a la habitación, me encontré con un hombretón enorme que me miraba lascivamente y, tan intenso que parecía, que se le caía la baba. Pensé: «Este es de los que se corre con solo mirarme», pero no sabía cuán equivocada estaba. No había visto los gruesos cinturones, ni tampoco las cadenas de perro que traía consigo. Cuando intenté presentarme tal y como nos habían enseñado Lea y Alice, el tipo me dio un puñetazo en la cara que por poco hace que se me salten los dientes.

—Hablas cuando yo te lo ordene —me dijo a gritos. Lo siguiente que hizo fue ponerme un collar de perro al cuello—. Esto va a ser doloroso para ti, nena. Lloro si te da la gana.

Y soltó una carcajada. Intenté despejar la mente pero no pude. Me golpeó con el cinturón repetidas veces por todo el cuerpo, me sodomizó y me escupió, me orinó y defecó encima y, para cuando hubo terminado conmigo, yo estaba hecha un despojo humano. Las demás limpiaron la habitación ese día porque me encontraba tan adolorida que no podía ni sostenerme en pie.

Nunca pude olvidar aquel episodio, cosa que empeoraba cuando aquel monstruo regresaba y escogía a otras niñas. Yo había llorado y suplicado que parase pero no lo hizo. Cuanto más daño me hacía, era cuanto más disfrutaba. La mayoría de los pedófilos disfrutaban con la dominación y sumisión de sus víctimas. Sádicos a los que les encanta que sufran porque es la mejor forma que tienen de sentirse bien. Quizás, hasta más hombres. Una vez uno de ellos me dijo que le gustaban las niñas porque estas no se quejaban por el minúsculo tamaño de su pene y que, dependiendo qué tan pequeña fuera la niña, lo sentiría como si fuera uno muy grande. Otro me dijo que simplemente amaba hacernos daño porque esto lo excitaba. Y no son los únicos, pues hay quienes pagan para que les graben vídeos donde se llevan a cabo todo tipo de abominaciones, incluso con bebés.

El mundo es crudo y amargo. He perdido la cuenta del número de veces que deseé morir en alguna sesión de vídeos o estando con un cliente. He perdido la cuenta de cuántos niños y niñas he visto sufrir por culpa de los monstruos y de qué tanto he deseado que las cosas fuesen diferentes.

Lea y las demás me consolaron aquella noche después de una larga ducha. Se acurrucaron en mi cama y en la que les quedaba al lado y me tomaron de la mano. Parecían ancianitas con rostros juveniles que no paraban de dar consejos. Las niñas que eran habían muerto ya en su interior, y en su lugar habían dejado almas que habían visto demasiado. La inocencia de un niño es maravillosa. Debería perderse en un proceso lento y gradual a medida que se aprende de la vida, no de forma tan repentina y brutal. No debería hurtarse ni venderse porque simplemente no tiene precio. Es por esta razón por la que lo que hacen los monstruos es tan mezquino y tan atroz, porque destruyen con sus acciones a los seres más puros de este planeta, a veces, solo por unos segundos de placer.

Me obligaron a trabajar apenas cinco días después, aun sin estar recuperada del todo. Los moretones no me habían desaparecido cuando John vino a visitarme de nuevo. Llevaba mucho que no lo hacía y pensé que después de nuestra última cita no lo volvería a ver. Había aprendido mi lección, así que me excusé con él por mi comportamiento.

—Siento haberme puesto así la última vez —le dije.

El sonrió y asintió.

—Debe costar entender esta realidad —me dijo—. En especial cuando se es tan joven. Pero,

tranquila, a todo se acostumbra uno en la vida.

—Estoy en ello —le dije poniendo mi mejor sonrisa.

—Déjame pedir algo de vino, ¿te parece?

—Me encantaría.

Tocó la campana y Alice entró. Le pidió que nos trajera un Dominio de Pingus 2000; esta se marchó a la bodega de Max y, al cabo de unos minutos, regresó trayendo una bandeja con dos copas y el vino. Se retiró educadamente después de servirnos pero, antes de cerrar la puerta, me dirigió una mirada que no supe cómo interpretar.

No hacía falta demasiado para que yo me emborrachara, y sucedió: dos copas de vino y el mundo se me hizo de pronto más liviano y llevadero, incluso acogedor, me atrevería a decir. Ese día, John me hizo cosas que nadie más me había hecho y mi cuerpo empezó a reaccionar. Me odié por ello y traté de reprimirme; al final me dejé llevar y tuve mi primer orgasmo. Después de eso todo volvió a ser como antes y me sentí mucho peor, pero me obligué a seguir fingiendo que todo estaba bien. Es normal que tu cuerpo tenga esas reacciones, pero eso no le quita al acto lo que es: una violación. Aprendí que no era la única a la que le había sucedido algo así. Existen muchos testimonios al respecto, pero mi voluntad no estaba con ello. De haber preferido, naturalmente, no me hubiera encontrado allí y menos en una posición como esa.

Me porté bien, como se esperaba de nosotras, y John tuvo una gran velada. Incluso pidió más tiempo. Me dijo que le dejaría algo de propina a Max para que este me comprara dulces o algo que yo quisiera y prometió que volvería pronto y me traería bombones de chocolate. Fingí que estaba deseosa porque lo hiciera y que me encantaba la idea.

Max me mandó a llamar dos días después. Al parecer, había recibido muy buenas críticas de mi desempeño como prostituta. Resultaba alarmante lo fácil que se me estaba dando todo el asunto; fingir que te gustaba o que te dolía, dependiendo del gusto del cliente, y dejar escapar el alma del momento si la cosa no era muy violenta. Después de todo, Cecilia estaba enterrada y Mia era un objeto que apenas estaba presente. No era yo. Yo no estaba allí y a mí no me hacían esas cosas. Era la única manera de garantizar que la tierna y débil Cecilia se encontrara a salvo.

Llamé a la puerta del despacho de Max en el segundo piso al final del pasillo. Era la última de las habitaciones, la más grande y la que se encontraba más oculta, pues para acceder a ella debías pasar por otra puerta, luego un corredor y, por último, unas cortinas. La puerta era de caoba, como las de toda la casa, y el pomo era de metal dorado y caoba, muy elegante. Quien me abrió fue Alice, con una mueca que no podía ser más obvia. Me detestaba y no le gustaba en absoluto que yo estuviese allí. Parecía sentir que yo estaba ganando demasiado protagonismo y que contenerse le costaba cada vez más. Era la primera vez que estaba en aquel lugar.

—Mia, adelante, por favor —me indicó Max.

Crucé la puerta y entré a su territorio. Me encontré ante una estancia enorme que parecía más un *loft* que un despacho. En una parte se encontraba un elegante juego de habitación con una cama de estilo rústico y, frente a esta, tres sillones de cuero marrón con una mesita en el centro. En la esquina más próxima a la puerta estaba su escritorio junto con dos estanterías y una nevera camuflada con la misma madera que decoraba la habitación. Encima del escritorio había una lámpara de mesa sencilla, unos bolígrafos, dos libretas de cuero y un montón de dinero.

—¿Acabas de ducharte como pedí? —me preguntó Max—. ¿Es ropa limpia?

—Sí, señor.

—Excelente. Te puedes sentar en el sofá entonces.

—Gracias —respondí cordialmente como me había enseñado mi madre y obedecí.

—Te atiendo enseguida. Alice y yo ya casi terminamos.

Hubo unos minutos de silencio mientras Alice y Max, cada uno individualmente, contaban y ordenaban los montoncitos de dinero. Me moví de un lado a otro inquieta, preguntándome por qué razón Max se había molestado en mandarme a llamar después de ignorarme tanto tiempo. No creía que para acostarse conmigo, puesto que le gustaban los niños, por lo que la idea de que Alice le hubiese dicho algo en contra mía empezó a hacerse hueco en mi mente. Que él fuese amable no significaba nada. Siempre lo era y eso lo hacía, posiblemente, más impredecible y peligroso.

—4897, más 15780, más 2300 son...

Max ahora le dictaba a Alice unas cifras que esta anotaba en un cuaderno para, supuse, sumar luego. Alice se apresuró a hacer los cálculos.

— Son 22987, señor —supuso la chica.

—¡No!

No fue mi intención pero no pude evitarlo. Alice se estaba equivocando y yo había calculado también en mi mente para distraer mis pensamientos del motivo por el cual me habían llamado. Max arqueó las cejas y me miró con ese maldito rostro que tenía, no sé si de buena o mala manera.

—Pe... perdón —me apresuré a disculparme.

—No te disculpes. ¿Qué tienes que decir?

Alice me miró con unos ojos brillantes más cargados de rabia que de costumbre. Dudé unos instantes antes de aventurarme a responder con voz queda:

—Pues... son... 22977 —dije—, señor —me apresuré a añadir.

Alice abrió los ojos al máximo, incrédula. Debía de parecerle una osadía que me atreviera siquiera a contradecirla y supe de inmediato que me había metido en un buen lío con ella. Puede ser una tontería, pero Max no parecía de los que perdonaban equivocaciones y tampoco sabía hasta qué punto podía estar perjudicando a Alice.

—Déjame ver, por favor —le pidió Max amablemente a la jovencita, que le pasó el cuadernillo de notas algo asustada. Max lo observó unos instantes mientras murmuraba por lo bajo—. Es de mala educación interrumpir, Mia, pero esta vez te lo paso. Tenías razón.

—Perdóneme, Max —se apresuró a disculparse Alice—. Debí haber anotado mal un número o contado mal. No volverá a pasar.

—Últimamente estás metiendo mucho la pata, Alice. Lo de ayer con ese cliente sumado a tu bajo desempeño que me está acarreado muy pocos beneficios, y ahora esto... Son pequeñeces, claro, pero las pequeñas cosas lo son todo. No empieces a llorar otra vez, por favor.

Alice estaba llorando en silencio y se enjugaba las lágrimas torpemente con las manos. Nunca creí que fuese posible, pero sentí un arrebato de compasión hacia ella. De pronto fue como si la viese con otros ojos. Estaba más delgada y pálida y las miradas de odio que me dirigía por los pasillos se habían apagado unas décimas.

—¡E... Él s... se dio cuenta de que estaba sangrando, Max! —se defendió hipando entre llantos — To... todavía no me he recuperado del aborto.

¿Del aborto? Sí, sabía que Alice, Lea y las más grandes se reservaban cosas, pero no me había dado cuenta de que Alice había abortado. Rebobiné lo que había pasado en los últimos días y sí, era cierto que esta no se había metido conmigo desde hacía mucho, pero lo atribuí a que no quería pelearse otra vez. Por otro lado, ¿qué es lo que creía que iba a pasar? ¿Que no habría embarazos ni enfermedades cuando los monstruos no se preocupan de protegerse con nosotras? Éramos solo carne para los monstruos que nos venden y significábamos un momento de placer para los que nos compran. Nada más. No les importaba nuestra estabilidad mental o sentimental, y la física solo

hasta el punto en que los beneficie. De hecho, si a Max le pagaban lo suficiente, él dejaba que algún monstruo hiciera con nosotras lo que le diera la gana y hay demasiadas cosas monstruosas que se le pueden ocurrir a un pederasta.

Sí, yo había visto muchas cosas y vivido otras tantas, pero aún estaba muy lejos de verlo todo, de saberlo todo. Además, nada me hubiese preparado para todo aquello, ni siquiera saberlo con antelación.

—Ahórrate las explicaciones y retírate, Alice— le ordenó Max con su calma característica a la chica, haciéndole un gesto de impaciencia con las manos.

La joven abrió la boca para decir algo pero otra mirada fulminante de Max le hizo replantearse y se limitó solo a ponerse de pie, darse media vuelta y desaparecer tras la puerta. No me miró. Supongo que no quería que yo la viera de aquella forma. Max me observó un minuto antes de continuar. Yo estaba en algún punto entre temerosa y apenada.

—Acércate, por favor, Mia. Toma asiento.

Me acerqué cuidadosamente y acomodé a mi gusto el asiento que Alice había dejado vacío. Él me hizo una seña con la cabeza para que continuara con las anotaciones y comenzó a dictarme números y más números que íbamos sumando y anotando. También me indicó que contara los montoncitos de dinero y, a medida que contábamos un montón y luego otro, este los iba enrollando con una goma y apartando en la otra esquina de la mesa. Era la primera vez que veía tanto dinero junto.

—Se te dan muy bien los números— observó cuando enrollaba el último fajo.

—Siempre me han gustado las matemáticas, señor.

—Creo que eres la primera que conozco que me dice eso. Tienes talento.

—Gracias.

—¿Quieres una golosina, Mia?

Abrió un cajón debajo de una estantería detrás de su escritorio y me mostró una gran variedad de dulces.

—Tengo gominas, chokolatinas, chocolates con licor, bolas de fuego, tiras agridulces, caramelos, mentas, gomas de mascar, etc. —me informó—. En la nevera hay gelatina, flan y pudín de chocolate.

—No, gracias —dije, aunque se me hacía la boca agua.

Lo que comíamos en el sótano era malo de cojones y siempre era lo mismo. Nada de un «gustito» como aquellos. Pero quería mantener una distancia prudente con el monstruo mayor. El me miró analizándome.

—Vamos, no están envenenadas —sonrió—. Toma algo.

—Gominas azucaradas —le respondí esbozando una sonrisita.

—Aquí tienes —me dijo pasándome un paquete y poniéndolo en medio de los dos.

Tomé una de las verdes más cercanas y me la metí en la boca. El dulce hizo explosión en mi boca y cerré los ojos un instante para disfrutarla.

—Gracias —murmuré tras haberla tragado—. Están realmente deliciosas.

—Sí... Una gomina de vez en cuando no te va a engordar.

Reí.

—Mia —continuó—, me ha dicho John que eres su favorita. Al principio pensé que no sabrías tratarlo, pero él me ha dicho que piensa venir a verte más a menudo. ¿Sabes? Él es un sentimental.

—Fue... algo duro al principio, señor.

Me observó un momento, analítico.

—Claro. Verás, él es el mejor de mis clientes y quiero que esté satisfecho. Por desgracia siempre se obsesiona con una sola chica por largos periodos de tiempo y ahora lo está contigo. Necesito que lo trates muy, muy bien, porque, si no, no vendrá con otra. No mientras seas tú la que le gustes.

—Sí, señor. Lo haré lo mejor posible.

—Así me gusta. Espero que sea tan bueno el trato que le des que sienta el deseo de venir más a menudo. No solo una vez por semana.

—Me esmeraré más.

—Muy bien... tenerlo contento es fácil. Dale un masajito. Bésalo como le gusta y cuéntale tus cosas. Claro, ten mucho cuidado con lo que le dices. No queremos que se entere de que algunos clientes te maltratan, ¿no?

—No, señor. No le cuento esas cosas.

—Bien... Ya que eres su favorita, no te voy a... alquilar... a ninguno que sepa que es violento.

—Gracias...

—Él me habló de tus moretones y tuve que decirle que te habías portado mal. Así que, si te pregunta, dile que desobedecías demasiado y tuve que darte un escarmiento. No le cuentes lo del cliente. Si me entero de que lo haces, y me enteraré, puedes ir despidiéndote de los clientes como John y solo te tocará hacer clientes como Brad, el que te pegó. ¿Está claro?

Le miré directo a la cara. Ese rostro amable, con esa boca que parecía siempre sonriente, ocultaba muy bien al demonio que llevaba dentro. Quizás, el peor de todos los monstruos era él.

—Tan claro como el agua cristalina, señor —le respondí con una voz que sonó sorprendentemente fría.

—Eso me gusta —contestó en el mismo tono gélido—. Coge otra gomina —añadió un segundo después con su voz amable.

Le hice caso y me comí otra.

—Muchas gracias— dije yo con una voz dulce que me sorprendió.

Si él estaba jugando un juego, yo sabía seguirle la corriente.

—Bueno, ahora le dirás a John que querías gominas y yo te las he comprado. Cuando te toque verlo, te avisaré y debes ponerte la mejor ropa que encuentres, siempre algo distinto. ¿Comprendes?

—Claro, señor.

—Siempre hay ropa nueva. Tú dile a Lea que te las separe para que las estrenes primero y hazte bucles en el pelo. ¡Ah! Ponte esto.

Me mostró una cajita pequeña que sacó de una de las gavetas. La abrí y vi dentro unos aretes preciosos de oro blanco con unos diamantes diminutos que formaban un lacito.

—Solo con John. Las compró él para ti. Y ten mucho cuidado. Estos aretes son muy valiosos.

—Sí, señor —dije guardándomelos en los bolsillos.

Yo no tenía agujeros en las orejas donde colocarme los aretes.

—Vengo todos los miércoles. Por favor, ten la amabilidad de estar aquí a las dos. Me ayudarás tú con las finanzas.

—Sí, señor.

—Sí, señor; no, señor. ¿Qué eres, un robot?

—No, señor —esto lo hice a propósito. Estaba jugando con fuego pero se me hizo divertido en el momento sentir que me podía burlar de él—. Lo siento... —terminé por disculparme, sin embargo.

—Cecilia....

Había dicho mi nombre. ¿Por qué rayos había dicho mi nombre? ¿Qué pretendía? ¿Acaso que recordara quién era de verdad y que estaba fingiendo ser otra persona? ¿O las palabras de aquel día en el que nos conocimos: «puedo averiguar quién es tu familia y mandarles a matar»? Si quería ponerme de gallito con un león, solo debía de recordar cuán fuerte era y cuán capaz de aplastarme. Era una niña boba pretendiendo ser valiente.

Max se puso de pie, fue hacia un armario incrustado en la pared, sacó unas llaves y lo abrió. A continuación vino con un *folder* bien organizado y me lo pasó. Se me cayó el alma a los pies. El *folder* contenía recortes de periódicos y un papel con la foto de una niña sonriente que rezaba debajo «Desaparecida», seguida de un número de teléfono de contacto; obra, sin duda, de unos padres desesperados. En el periódico también había una foto de la misma niña y un anuncio diminuto que rezaba que dicha niña se había perdido y que sus padres, desesperados, darían una recompensa a quien supiera algo de ella. Una recompensa muy baja y, sin duda, proveniente de gente de muy escasos recursos. Esa niña era yo. Esos padres eran los míos. Me quedé consternada. Me temblaban las manos y no alcanzaba a imaginar todo por lo que mis padres estarían pasando, pero me hacía una idea. Los últimos recortes de periódicos mexicanos eran de tan solo hace unos días. Sin duda, mis padres estaban poniendo empeño en encontrarme. Sin embargo, yo estaba lejos, en otro país y a merced de unos monstruos a los que no les importaba en nada el sufrimiento de una familia con tal de satisfacer sus deseos morbosos y lucrarse.

Cuando pude apartar la vista del contenido del *folder*, miré a Max y los ojos se me llenaron inmediatamente de lágrimas. Deseaba saltar por encima del escritorio, lanzármele a la cara y arañarlo, morderlo, golpearlo. Matarlo de la forma más lenta y cruel posible. ¡Y él sonrió! Con su maldito rostro pintado de malicia e hipocresía debajo de su siniestra máscara de simpatía y educación. Quería escupirle y gritarle, pero cuando por fin pude despegar mi mandíbula de mis dientes superiores apretados, solo dije:

—Hasta el miércoles entonces, señor.

Salí del despacho justo antes de que las lágrimas empezaran a surgir a borbotones de mis ojos quebrados. Una tras otra como si dentro se hubiese roto una válvula que amenazaba con sacar todo el líquido que llevaba dentro. Una vez fuera de la vista del guarda de turno que vigilaba la puerta de Max, me recliné en una pared y me dejé llevar por mis emociones. Lloraba ruidosamente. Lo hacía por mi familia, por mi vida perdida, por todos los niños que estaban en aquel infierno conmigo, por todo por lo que teníamos que pasar, porque no toleraba que los monstruos se salieran con la suya, porque nunca imaginé que el mundo fuese tan cruel e injusto y... lloraba por mí. Porque John me había dicho que, para que otros niños sean felices, algunos teníamos que sufrir, pero yo no quería ser de las que sufren, sino de las felices. Quería ser ajena a este mundo, desconocerlo y creer que estas cosas solo ocurren en la mente de algún ser perverso. No me apena decir que sentía lástima por mí misma y por la situación que estaba viviendo. Ni que era egoísta a veces, y que, cuando estaba siendo violada, soñaba y deseaba que fuera otra niña la que sufriera en mi lugar. En ocasiones como esta, ni soñar era suficiente. Mia no me era suficiente. Cecilia tenía unos padres que la estaban buscando, pero Mia la tenía atrapada en una jaula pequeña para que no saliera a flote. Sin embargo, en algunas ocasiones alguien metía una llave y abría el cerrojo y Cecilia salía a asomar la cabeza y a recordarle a Mia que aquel cuerpo le pertenecía. ¡Maldita Cecilia! ¿Por qué no desaparecía de una vez por todas? Ella era débil y, si salía a flote, no sobreviviría. Pero deseaba recuperar su vida. Qué no hubiese dado por volver a ella. Por ir a la escuela, por recuperar a su familia, por vivir de nuevo esos días vergonzosos en los que todo el

mundo había leído aquella nota de amor tan cursi que le había escrito a Pedro una vez, y por olvidar. ¡Maldito Max! Lo odiaba con todas las fuerzas que aún me quedaban. Lo aborrecía de tal manera que hubiese dado todo por tener la oportunidad de destrozar su cara de simpático con mis propias manos y arrebatarse la vida... Me mostró los recortes porque me había burlado de él con aquel sencillo comentario. Porque intuía que mi espíritu estaba rebelde y quería mostrarme su poder. Quería que supiera que no es solo comprarnos y tenernos aquí, sino que lo controla todo, incluso a nuestras familias. Era mezquino... El peor de todos los monstruos.

Estuve un rato así hasta que me cansé de llorar y continué mi camino. Llegué al piso inferior rumbo al sótano cuando Alice se abalanzó sobre mí con una furia incontenible al final de la escalera. Colocó su brazo derecho encima de mi cuello y me aplastó contra la pared más cercana.

—¡Perra! —me insultó—. ¡Lo estás haciendo a propósito! ¡Buscas que me maten o que me vendan a un sádico!

Quise defenderme de esa acusación pero solo soltaba balbuceos. No podía respirar y el golpe al cuello había sido tan repentino que me había dejado sin aliento.

—¡N... N... No!

—¡Sabes que estoy perdida y eso te divierte!

Le di un golpe en las costillas y me zafé. Caí al suelo de rodillas y tomé bocanadas de aire con dificultad. Alice me miraba con rabia y creí que volvería a atacarme, pero, en vez de eso, la chica rompió a llorar al igual que yo lo había hecho hacía un momento. A pesar de que había visto algo similar en el despacho, me sorprendió verla así.

—¡Me van a matar! —sollozaba—. ¡De nada sirvió ser dócil y no tratar de escapar, porque estoy vieja! ¡Ya no me quieren y no pagan bien por mí! ¡Me utilizaron y ya soy prescindible!

—Alice...

¿Qué le iba a decir? ¿Acaso quería consolarla cuando yo también lo veía todo oscuro y sin salida? Todo lo que podría decirle sonaría vacío y seguro que Lea le había dado un discurso de esos que solía dar con el mensaje de que sobreviviera. Pero vi una oportunidad...

—Entonces no seas más dócil —le dije poniéndome de pie y acercándome a ella para susurrarle—. ¡Escapemos de aquí! ¡Podemos hacerlo!

La chica pareció sopesar aquella idea porque en su rostro se veía un leve titubeo, pero, si lo pensó, lo desechó de inmediato con una sacudida de cabeza.

—No. No podemos. Es imposible.

—¿Acaso has tratado?

—No, pero otras chicas sí. No quiero morir, Mia.

—No vas a morir. Serás libre. ¡Hagámoslo!

—¡No! Y deja de pensar en ello. Por tu bien.

—Piénsatelo, Alice. Podríamos volver a tener nuestras vidas y quizás olvidar a estos monstruos. Hay una vida allá afuera que no es este infierno.

Mientras le decía aquello pensaba en mis padres y creí de verdad en esas palabras. Tenía que creerlo porque vivir para estos monstruos no podía ser todo mi destino. Alice no dijo nada. Solo me miró intensa y fijamente. Irguió la cabeza y sacudió su larga melena rubia antes de largarse de allí. Yo la seguí segundos después y me fui a buscar a Lea para que me hiciera unos hoyos en las orejas. Lea había tomado un limón, una aguja gruesa, algo de alcohol y un algodón. Esterilizó la aguja con el alcohol y colocó el limón detrás de mi oreja.

—¿Lista?

—Sí.

—A la de tres. Una...

Grité. Lo hizo a la primera y, la segunda, a la de dos. Al final me puso esos aretes y yo me fui directa a mirarme al espejo. No quedaba demasiado de la Cecilia que era antes. Me teñían de rubio constantemente, había adelgazado alguno que otro kilo y mis pómulos estaban más marcados, la piel más brillante y ahora tenía aretes. Creo que hasta me habían salido dos huevos fritos por tetas. Aparté la vista del espejo y miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba sola en el cuarto de la ropa y de que lo que iba a decirle no lo escuchara nadie. Lea notó mi actitud sospechosa pero esperó a que yo hablara.

—¿Alguna vez has pensado en escapar? —le pregunté.

Me miró perpleja.

—Ya lo sabes. Viste mis pies.

—No, no. Me refiero a después de eso. Ahora. No tú sola y con un plan más elaborado.

—Mia... ¡No! —me dijo dándose la vuelta, pero noté en su voz que la idea no le desagradaba del todo.

—¿Qué? ¿Acaso le tienes cariño a tus cadenas? —la volteeé con un suave movimiento de mi mano y la miré con ojos suplicantes—. Esto no es vida.

—Es mejor que la muerte. Ya te dije que pienso escapar cuando me vendan.

—¿Y si no lo hacen? ¿Qué te hace pensar que te venderán a un lugar con menos seguridad? Tú misma me dijiste que deseabas escapar y contar esto. ¿Por qué no de aquí? Ellos son ocho y nosotros, quince.

—Mia, ¿has visto este lugar? —se mordió el labio. No contesté—. Hay mallas de hierro por todas partes, herméticamente cerradas. No hay más que una salida y siempre la vigilan dos hombres armados que no dudarían en disparar. Por las noches hacen el recuento de chicos y nos encierran en el sótano. No hay *chance*. Antes era yo quien hacía las finanzas con Max, así que pensé que podía escapar, pero me atraparon. Nunca nadie ha podido escaparse de aquí, Mia.

—Podemos intentarlo. Nada es perfecto y esta cárcel, menos. Debe haber un lugar por el que podamos escabullirnos.

—Vale, supón tú que lo encuentras. ¡Estamos en medio de la nada! ¡De la nada! Solo hay un bosque detrás y no hay ninguna casa en kilómetros.

—¿Tan lejos llegaste? ¿Lo viste?

—Sí. Recorrí kilómetros y no vi nada, pero tomé la carretera. Esto es como una villa en medio de la nada.

—¿Tomaste la carretera?

—Sí. El bosque me daba mucho miedo. En Estados Unidos hay jaguares, zorros y osos.

—Mierda.

Aunque pensaba que enfrentarse a osos y a jaguares era mejor que estar con los monstruos, la verdad era que a mí también me invadían las dudas y el miedo. A fin de cuentas era una niña de trece años y sobrevivir sola en un bosque sin saber hacia dónde dirigirme o qué tan lejos estaría el pueblo o la ciudad más cercana... Para ese entonces solo sabía que estaba en Estados Unidos, no en qué ciudad, por lo que no sabía a ciencia cierta qué esperar. Me sentía como en una habitación a oscuras llena de obstáculos.

—Tendremos más *chance* si lo hacemos entre tres o cuatro —insistí.

—¿Con quiénes?

—Con Alice y con Mara, por ejemplo.

—Mia, yo conozco a Max. Si nos descubre, no sobreviviremos.

—No nos van a descubrir porque será algo muy bien pensado y organizado.

Mi mente comenzaba a desvariar entre las posibilidades, y un cachito de esperanza inundaba mi corazón.

—¡Mia, no!

—Lea...

Qué necias eran o ¿lo era yo? Después de todo yo no había estado tanto tiempo entre los monstruos como para saber de todo lo que eran capaces.

—¡Que no! Es demasiado peligroso. Cuando me vendan escaparé y sé muchas cosas de este lugar; yo hablaré y todas seremos rescatadas, ya lo verás.

—¿Por qué estás tan segura de que te va a vender?

—Porque ya cumplí dieciocho y Max no mantiene a chicas mayores tanto tiempo. Nosotras, Alice y yo, ya no tenemos casi cabida en este lugar. Yo no tengo clientes, Alice todavía conserva algunos pero pagan poco y eso a Max no le agrada. Nos venderá y luego traerá a algunas chicas nuevas.

—Pero Alice cree que la van a matar —le dije desesperada—. O la venderán a un sádico.

—No, Max me ha dicho...

—¿Y le crees?! ¡Es un monstruo!

—¡Él no me va a engañar! ¡Tenemos un trato!

—Repito: es un monstruo. Quizás no cumpla con su palabra, precisamente por todo lo que tú sabes.

Tenía todo tan claro... No sé cómo es que Lea no lo veía. Era más bruta o más ingenua de lo que aparentaba. Lea se sentó en la silla, desbastada. Podía ver cómo sus esperanzas morían poco a poco. Otra vez martilleaba su piso, pero en esta ocasión era precisamente lo que quería, no dejarle opciones. No paraba de pensar que, todos unidos, podíamos llegar muy lejos y me pareció altamente atractiva la idea de volver a tener una vida casi normal. Casi...

—Él ha vendido a otras chicas —me dijo con calma y bajito, más para sí que para mí—. Me ha contado que las vende a otros hombres que desean algo más personal y duradero. Me dijo que no todos son sádicos que quieren un juguete al que hacerle daño. Que viviría encerrada, sí, pero que no sería como aquí. Que iba a tener compasión conmigo si me portaba bien y yo pensé que, si me vende a un solo hombre, será más fácil escapar. Pero tienes razón, es un monstruo al que no le conviene que yo me vaya de la lengua. He visto todo este tiempo a otras chicas esfumarse sin aviso y Max me dice que son vendidas a otros hombres. He querido creer que las vende a un lugar mejor, pero la verdad es que de eso no hay garantías.

—No —afirmé y no sabía cuán ciertas eran nuestras conjeturas.

Max engañaba a las chicas para que se portaran bien con la promesa de que algún día viviríamos en un lugar mejor y las chicas le creyeron, porque eran niñas desesperadas de no más de dieciocho años que eran capaces de aferrarse a cualquier cosa. Y tal vez un poco de esperanza les aliviaba el peso que llevaban encima. El peso de tanto sufrimiento. A pesar de todo, no creo que fuesen muchas las que, aterradas como estábamos, nos hubiésemos atrevido a escapar.

—Tengo una mejor idea —volvió a decir Lea cuando casi abría la boca para tratar de convencerla otra vez—. No te puedo decir de qué se trata porque es algo peligroso y no sé qué tan bien pueda funcionar, pero, si no lo hace, me apuntaré a tu plan.

—Pero...

—Basta. Déjame a mí, ¿vale?

—Vale —dije a regañadientes.

Confiaba en Lea, pero para mí era más seguro un plan de escape en conjunto que uno independiente. Dos días más tarde, Max mandó a todos a reunirnos en el amplio corredor del sótano. Nos colocaron unos al lado de los otros, y luego bajaron los guardas. Al parecer, nadie sabía de qué se trataba y todas nos empezamos a poner sumamente nerviosas, pero no nos atrevíamos a preguntar. Solo nos limitábamos a mirarnos con cara de interrogante como si pudiésemos formularnos la misma pregunta telepáticamente. Cuando ya me estaban doliendo los pies de tanto estar parada, llegó Max. Al principio pensé que era alguien que se le parecía, puesto que su rostro parecía desencajado por el coraje. Sus labios, que daban la impresión de estar sonriendo todo el tiempo, se encontraban apretados y arrugados y, cuando habló, aun sin levantarnos la voz, lo hizo de una forma tan fría que se me erizó el vello de la nuca.

—Alguien ha hecho algo muy estúpido —decía mientras se paseaba de un lado a otro observándonos. Podría haber asesinado a alguien con la mirada—. Verdaderamente estúpido.

Miré a mis pies como hacían casi todas las demás, pero Max me agarró de la barbilla con violencia y me la colocó mirando al frente. Hizo lo mismo dos o tres veces con Mara, Lea y Alice hasta que todas fijamos nuestras miradas al frente como si fuéramos militares.

—Todavía ustedes no han entendido que conmigo no se juega —continuaba—. No saben apreciar todo lo bueno que les doy y el buen trato que reciben aquí —sí, claro, cómo no—. En otros lugares como este, los chicos son tratados con brutalidad y no gozan de los privilegios que les doy. Y en cambio... me lo escupen todo a la cara.

No pude evitar intercambiar una miradita nerviosa con Mara, que me quedaba justo al lado, me preguntaba si acaso yo era la que había hecho algo. ¿Había descubierto que le pedí a Lea que nos escapáramos junto a Alice y a Mara? ¿Y si Alice inventó algo sobre mí? Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tienen buena ropa, productos higiénicos de primera calidad... Biblioteca, salón de juegos y peluquería. Viven en un lujo que jamás conocieron ¡en sus miserables e insignificantes vidas!!

Lo último lo gritó tan fuerte que me dio un vuelco el corazón. Estaba acostumbrada a ver el lado calmado y calculador de Max, pero no este tan agresivo. Las niñas más pequeñas empezaron a llorar, pero nadie rompió la formación y trataron de mirar al frente arrugando la cara por el llanto.

—Alguien ha colocado esta carta —mostró un papel blanco bien doblado— dentro del bolsillo de un pantalón que un cliente iba a llevar a la tintorería.

Y cuando creía que la cosa no se podría poner peor...

—Tu cliente, Cecilia —abrí los ojos como platos.

El miedo me embotó los sentidos y me puse a chillar como una niña.

—¡Yo no he hecho nada, lo juro! ¡Por favor!

—Al frente —ordenó y sin esperar a que yo me moviera, Pablo me tomó de la ropa y me colocó frente a todos los demás. Yo seguía gritando y abogando por mi inocencia hasta que un bofetón me hizo callar.

—¡Silencio! —me gritó Max mientras me golpeaba.

Hice silencio pero continué hipando. Tenía un miedo terrible de lo que podían hacerme y ni siquiera había escrito yo esa estúpida carta.

—Alice —miró a la chica, que a su vez me miró a mí aterrada como pidiendo explicaciones de lo que yo no tenía ni la más remota idea—, Lea, Mara y Kenny, al frente.

Miré a Lea esperando, casi inconscientemente, que esta reaccionara acusándome como lo había hecho Alice, pero en vez de eso ella solo lloraba, mirando al suelo y con la boca entreabierta.

Cuando todas estuvimos al frente, Max nos ordenó, una vez más, que hiciéramos silencio. Obedecimos, pero no dejábamos de temblar.

—Fue una de ustedes —nos acusó—. Y ahora, niños — se dirigió a los demás—, van a ver cómo castigo yo a los que no se portan como deberían.

Volteó y se dirigió esta vez a nosotras cinco.

—Casi me cuestan un cliente y le cuestan a él su vida entera y la de todos aquí, pero, más imperdonable aún, la mía.

Hizo una pausa analizando y saboreando nuestras reacciones.

—Robinson, la pistola...

—Señor —intentó intervenir Lea, asustada.

—Tranquila, Lea. Tú siempre has sido la más leal y obediente —le dijo—. Vuelve a tu sitio.

Max cargó la pistola y se colocó detrás de nosotras. Yo estaba convencida de que él pensaba que era yo por eso de que había sido mi cliente el involucrado, pero ese día, cuando Dave vino, nos metimos al *jacuzzi* de una de las mejores habitaciones y al salir solo estaban Alice y Lea. Una cargaba con unas bebidas y la otra nos había llevado más toallas y algunos aceites.

Me estremecí. Iba a morir y no lo había decidido yo. Lo habían hecho otra vez los monstruos. Los odié más aún, pero ese odio de nada me sostenía si no tenía la oportunidad de cobrarme todo lo que me habían hecho. Iba a morir y sería la culpa de Alice y Lea. Iba a morir y no saldría de allí nunca. Jamás volvería a saborear una comida, jamás abrazaría a mi familia. Iba a morir... ¡Iba a morir! ¡Y acababa de descubrir que yo no quería morir! Sentí el metal frío contra mi nuca y las piernas me temblaron. «No fui yo, lo juro, no fui yo». La escena era patética. No paraba de berrear y suplicar. Me había dado cuenta de que, aunque había caído tan bajo y visto tanta mierda, aún quería salir de ese lugar y volver a mi país con mi familia. Mi historia no podía ser solo la de «había una vez una niña llamada Cecilia que fingía ser otra porque unos tipos la secuestraron y terminaron matándola. Fin». Tenía trece años y a lo mejor todavía había una pequeña oportunidad para mí ahí fuera.

Max apartó la pistola de mi nuca, se alejó unos centímetros y disparó.

Amenazas, torturas, aislamientos, privación de alimentos y asesinatos son los métodos más usados por los tratantes para mantener a las víctimas bajo control.

Capítulo 8: Mirando al cielo

Max me dijo un día, quizá para hacerme daño, que disfrutó mucho disparando aquella arma. Yo leí que existen armas que disparan balas que son capaces de viajar más rápido que la velocidad del sonido. ¿Estaba Lea muerta antes incluso de escuchar el disparo que la mató? Su cuerpo cayó al suelo y su sangre y sus sesos nos salpicaron a todos. Yo había apretado los ojos con tanta fuerza que me costó no ver todo negro cuando los abrí entre aterrada y sorprendida. Cuando vi su cuerpo tirado en el piso y desfigurado por la bala me sentí morir. La quería y, de entre todas las chicas que pasaron por ese sótano, creo que fue la mejor amiga que tuve jamás. Me enseñó a sobrevivir. Me ayudó a encontrar un motivo para salir adelante... para vivir y soñar de nuevo; y ahora ella estaba muerta...

Max prosiguió con su discurso. Dio unos cuantos empujones, les ordenó a los demás que se metieran a sus habitaciones y se marchó de allí pidiéndonos a Alice, Mara, Kenny y a mí que limpiáramos el lugar, pero antes debíamos permanecer de pie mirando a nuestra compañera, hasta que Pablo y Robinson se llevaran los restos de Lea para deshacerse de ellos. Alice se estaba ahogando en un llanto desesperado que trataba de amortiguar tapándose la boca con ambas manos; Mara apretaba los ojos cada vez que podía y también lloraba; Kenny respiraba entrecortadamente de forma tan violenta que parecía que estaba teniendo un ataque de asma; y yo permanecía allí en silencio, incapaz de apartar la vista, aunque era lo que más deseaba en ese momento.

«Lea está muerta, Lea está muerta, Lea está muerta». Era lo que mi mente me repetía una y otra vez sin parar. Lea estaba muerta y era mi culpa. Yo la había persuadido para que ideáramos una manera de escapar y ella me había dicho que tenía una idea y esa idea la llevó a la muerte. Yo la llevé a la muerte.

Una imagen me había llegado a la mente el día en que le propuse escapar. Era preciosa, yo estaba con mi familia y Lea con la suya; nos encontrábamos para un pícnic en un área verde cubierta de un cielo azul intenso y el sol iluminaba nuestro rostro, mostrándonos la libertad. Ambas sonreíamos y sentíamos que el mundo nos pertenecía. Sin embargo, en aquel momento había un hueco enorme en mi bella imagen donde debería haber estado Lea con su familia. Si tan solo lo hubiese dejado estar... si hubiese tenido esa paciencia que me pedía tanto Lea, ella todavía estaría viva. Tal vez si Max la vendía, como Lea planeaba, las cosas hubieran sido distintas.

Pablo y Robinson consideraron que ya teníamos suficiente; levantaron el cuerpo de la chica y se lo llevaron de allí. Cuando Alice trajo trapos y cubos de agua para limpiar, yo todavía permanecía pasmada mirando el lugar donde había estado el cadáver de Lea hacía unos momentos. Era la primera vez que me había enfrentado a la muerte de aquella manera tan brutal porque Julia había muerto en silencio y, cuando mi abuela paterna murió, yo apenas tenía cinco años. Al observar su cuerpo me dio la impresión de que no estaba muerta.

—Abuelita, despierta.

Le había pedido suavemente meciéndola con las manos hasta que mi madre llegó y me sacó del salón en donde la estaban velando y me explicó que la abuelita nunca más despertaría y que eso era la muerte. No lo entendí.

Fregamos con las manos y unos trapos los restos de sangre y sesos. El olor a sangre me hacía sentir mareada y asqueada. Pensé en más de una ocasión que me desmayaría, pero fui más fuerte que todo eso una vez más. Cuando hubimos terminado, Max mandó a llamar a Alice, Mara, Kenny y a mí a su despacho para pedirnos que nos hiciéramos cargo de las labores que llevaba a cabo Lea. Se me llenaron los ojos de lágrimas por la rabia al ver su expresión de total tranquilidad y normalidad como si la muerte de Lea, nuestra amiga, no hubiese significado nada. Primero Julia y luego Lea... Empezaba a pensar que ninguna saldría de entre los monstruos si no era con los pies por delante, como Lea me había advertido. Éramos mercancía y un día estaríamos caducas, tal vez cuando ya los hombres no se interesaran por nosotras por ser demasiado mayores o cuando representáramos un problema, como Lea. No creía que Max fuese a vendernos de verdad, para mí no era más que un cuento para ocultar sus verdaderas intenciones: que cuando no fuéramos útiles, por la razón que fuera, seríamos un peligro para él y sus monstruos y debíamos ser eliminadas. El único consuelo que me quedaba era el de que, al menos Julia y Lea, ya no tendrían que lidiar con ellos nunca más.

Conforme pasaba el tiempo, el dolor no iba disminuyendo, pero sí que se había vuelto más llevadero; sin embargo, los primeros días no podía evitar pensar en Lea las veinticuatro horas. Tampoco podía concentrarme del todo con los clientes y tenía que empeñarme con cada fibra de mi ser para no romper a llorar delante de ellos. Lea, Julia... Estaba claro que debía de dejar de involucrarme sentimentalmente con las chicas si no quería volver a pasar por algo similar. El dolor era intenso, punzante e insoportable. No me quedaban fuerzas para pasar por ello una vez más.

Alice parecía un fantasma por las esquinas; Max la presionaba más de lo que una chica en su estado debería soportar. Ahora era ella quien se encargaba de repartirnos las tareas de la casa junto con la ayuda de Mara, Erine, Kenny, Mary y con la mía. Por lo general, ella cocinaba (muy mal por cierto); luego Mara y yo lavábamos y planchábamos, además de limpiar las partes de la casa que nos correspondían. Mara, Silvia, Kenny, Mary, Erine y yo aprendimos con Alice a mezclar cócteles y la forma correcta de servir a los clientes lo que les apetecía.

Junto con todo eso, los clientes y hacer las cuentas con Max, me mantenía más que ocupada, pero siempre sacaba algo de tiempo por las noches para visitar mi cuarto de las estrellas. Una de esas noches, mientras miraba hacia arriba, me fijé por primera vez en la disposición de los barrotes encima de la ventana: se encontraban bastante separados unos de otros, no eran mallas de metal como el resto de las ventanas de la casa. Remover dos de ellos equivaldría a dejar espacio suficiente como para que cupiera una persona. Me puse de pie de un brinco y tomé un montón de toallas y las coloqué unas encima de otras. Cuando estuve a la altura suficiente, abrí la ventana. Los barrotes estaban muy bien clavados, pero en una superficie de madera, por lo que no me iba a resultar tan duro escapar por allí si lograba romperla. Era mi oportunidad y no la iba a desaprovechar. Pero resultó ser aún más difícil de lo que me esperaba. Robé un par de cuchillos de mesa de la cocina y cada noche iba e intentaba cortar la madera lo más silenciosamente posible. Sin embargo, mi avance era lento, aunque constante. No quería hacerlo todo muy deprisa porque me daba miedo que alguien me descubriera, ya que los guardas estaban siempre pendientes de nuestros movimientos. Tampoco quería hacerlo sola. Incluso podría y se me había ocurrido la

idea de que, tal vez Alice, a raíz de lo que le había pasado a Lea y la presión que Max estaba ejerciendo sobre ella, podría ayudarme a escapar.

La intercepté mientras estaba limpiando una de las habitaciones y me acerqué a ella sigilosamente. Me moría de miedo, teniendo en cuenta su forma de ser conmigo, pero me reconfortaba el hecho de que Alice nunca me delató con Max sobre lo que le había pedido. Aunque a ella tampoco le convenía, ya que, dado el caso de que esta hiciera algo, yo iba a decirle a Max que lo habíamos planeado entre las dos.

Le conté mi plan. La observé dubitativa por un momento, pero luego algún pensamiento hizo que se le iluminara el rostro.

—Muéstrame —me pidió—. ¿Crees que dará resultado?

—Es la única manera de escapar, Alice.

—Vamos a verlo.

Nos dirigimos hasta el cuartito que servía como depósito de toallas y Alice buscó unas escaleritas de esas para limpiar las ventanas. Se subió allí y empezó a analizar los barrotes. Me volteó a ver con una gran sonrisa.

—Es perfecto. Nunca se me habría ocurrido —me dijo.

—Si logramos quitar dos barrotes cortando la madera, podemos utilizar sábanas para bajar del techo.

—Sí. Tiene que ser de noche, cuando hay menos guardias.

—Claro.

—¡Qué bien! —hizo una pausa antes de añadir—: Has avanzado mucho con el primer barrote. Está casi listo de abajo.

—Sí. En cuando hagamos lo mismo con el otro, estaremos listas. No hay que esperar a sacarlos por completo porque se levantan con facilidad.

—Vaya, sí —corroboró la chica analizando los barrotes con más detenimiento—. ¡Hagámoslo!

—¡Hagámoslo!

Chocamos las manos como dos colegialas cómplices de alguna travesura y a partir de ese momento trabajamos juntas para cumplir nuestro objetivo. Cada noche, las dos cejábamos la madera con cuchillos pequeños de mesa que habíamos afilado. Max no permitía que hubiera cuchillos así en el sótano. A veces, una vigilaba mientras la otra trabajaba o lo hacíamos entre las dos. En cosa de una semana soltamos el primer barrote y el segundo, tres días más tarde. Lo habíamos conseguido y yo no lo podía creer, pero ahora llegaba la parte más difícil.

El sábado, 15 de mayo de 1999, después de haber estado siete meses entre los monstruos, Alice me tomó del antebrazo y me apartó de un jalón. Estaba trapeando uno de los pasillos que conducían a las habitaciones de trabajo.

—Esta noche lo haremos —me dijo—. Ya tengo la manera de abrir la puerta del sótano.

Yo asentí nerviosa. Ya habíamos planeado que lo llevaríamos a cabo durante la madrugada, un par de horas después del recuento. Habíamos tomado algunas sábanas del almacén y las habíamos cortado en largas tiras que luego trenzamos y unimos hasta convertirlas en cuerdas. Tanto Alice como yo preparamos también algunas provisiones y dos grandes botellas de agua de esas que nos traían para beber. Yo había hecho dos bolsas con los restos de la sabana y, ya que no teníamos aguja e hilo, las había cosido haciendo tiritas y agujeros en los bordes de dos pedazos de tela para unirlos.

Sentí tanta adrenalina durante el transcurso de ese día, que los clientes notaban mi agitación y mi lejanía. Cuando por fin llegó la noche, Robinson hizo el recuento de siempre antes de

encerrarnos a cal y canto en el sótano. Nos pusimos un pijama, como de costumbre, y nos metimos en la cama para no levantar sospechas. Justo debajo de mi catre tenía mi bolsa con las provisiones. Cerré los ojos y ralentice mi respiración de modo que todas pensarán que dormía. Alice, unos camarotes más allá, fingía roncar acurrucada a modo fetal debajo de una sábana. Cuando pasó un tiempo prudente, me levanté tratando de no hacer ruido. Tomé mi improvisada bolsa y me reuní con Alice en el pasillo, quien había hecho lo mismo, salvo que no traía su bolsa. Abrí la boca para preguntarle que dónde estaba y me calló con un gesto, alarmada. En silencio nos dirigimos al vestidor y me atavié algo lo más abrigado posible. Tomé unos vaqueros y unas camisetas de manga larga. Me puse tres en total, por si acaso, y tomé una para Alice, que no había querido quitarse el pijama. No sabíamos cuánto frío podía hacer en el bosque, así que era mejor estar prevenidas.

—Deberías ponerte algo más cómodo —le susurré.

Su pijama era de pantalón largo y camiseta de manga larga, pero aún así me parecía que se iba a morir de frío ahí fuera.

—Tranquila, Mía, sé cuidar de mí misma —me advirtió cortante—. Preocúpate por ti, que yo lo hago por mí.

Iba a replicar, pero la frialdad de su mirada me hizo ver que era mejor no insistir. Nunca fuimos amigas y si ella no quería cuidarse, pues era su problema. Subimos las escaleras hasta la salida del sótano y Alice sacó dos horquillas de pelo que utilizó para abrir la cerradura del sótano. La miré con el ceño fruncido: ¿ese era su plan? Yo creía que, al menos, habría robado una llave, pero al cabo de un rato de estar moviendo sus herramientas dentro de la cerradura, esta cedió.

—He practicado mucho —me dijo sonriendo.

Nos dirigimos directamente al amplio corredor que bordeaba las escaleras del segundo piso donde estaban las habitaciones de los huéspedes. Tenía el corazón en un puño tratando de no hacer ruido. Ese día estaban Robinson, Michael y Royer y sabíamos que uno de ellos se encontraba en la entrada de la casa custodiando el lugar y los otros dos, con Mara y Corine, en sus habitaciones. Deduje que Max estaba también puesto que el miércoles no estuvo para el recuento y, cuando esto sucedía, él solía venir los sábados. Subimos de puntillas las escaleras y asimismo recorrimos los pasillos entre habitaciones hasta la sala de las estrellas. Todo estaba saliendo tan bien que me pareció surrealista. Creo que casi podía saborear la libertad, y el sentimiento de que aquella noche sería posible escapar de los monstruos me daba unas fuerzas que no imaginé que tenía. Estaba segura de que nunca olvidaría mi estancia con ellos, pero podía sentir una alegría que hacía mucho no había saboreado. Mi mundo se vestía de verde en vez de negro aquella noche.

El banquito de limpiar que Alice había llevado estaba todavía allí colocado detrás de una de las estanterías de toallas. Lo sacamos y pusimos justo encima de la ventana del techo y yo me subí primero, abrí la ventana, aparté uno de los barrotes doblándolo hacia arriba y luego el otro. Me detuve cuando el segundo hizo un rechine bastante sonoro. Casi se me cayó el alma a los pies y me congelé lo que parecieron minutos, escuchando para constatar que nadie subía o bajaba las escaleras. Nada. Cuando ambos estuvieron doblados, tiré mi bolsa hacia arriba con fuerza y puse mis dos manos encima del frío techo para balancearme y subir con dificultad. Alice, quien llevaba las cuerdas, hizo lo mismo cuando al fin salí a la fría noche.

Una vez encima del techo, miré a mi alrededor y respiré el aire puro de la libertad. Sí, había abierto ventanas durante mi estancia allí, pero nada en comparación con sentirme de nuevo al aire libre. Me puse de pie con cuidado para no resbalar hacia fuera y vislumbré el imponente cúmulo de árboles que se alzaban hasta donde alcanzaba la vista y, unos metros más allá, una carretera. Se

me ocurrió que, tal vez, ya que todo estaba saliendo a pedir de boca, no tendríamos que dirigirnos al bosque, sino a la carretera y que para cuando los monstruos se enteraran de que nos habíamos escapado, estaríamos demasiado lejos.

—Espera un momento, Mia —me dijo Alice de modo casi inaudible—. He oído algo, tú ve descolgando la cuerda.

—¿Qué?! ¡No! ¡Espera! —intenté detenerla en vano antes de que Alice desapareciera otra vez hacia abajo, pero fue demasiado tarde. La chica ya no estaba en la habitación.

Me apresuré a bajar nuestra chapucera cuerda y a amarrarla a un extremo de los barrotes, cuando escuché que Alice gritaba algo que no podía entender. Parecía que estaba muy lejos pero pronto la escuché acercarse y no estaba sola... Sopesé dos posibles opciones para aquella encrucijada: bien podía tratar de bajar por la cuerda y correr con los monstruos persiguiéndome, o podría meterme de nuevo a la casa. Con ambas opciones estaba igual de jodida, puesto que, si optaba por la última, me encontrarían volviendo a entrar a la casa y con los barrotes rotos, y la primera solo podía salir bien si lo hacía deprisa. Quizás si no me escuchaba el guarda de la puerta al otro lado y si Royer o Robinson no eran lo suficientemente rápidos, podía meterme en el bosque y con suerte escapar de ellos.

Opté por la primera y me apresuré a descender agarrándome tan fuerte que me hice daño en las manos. Estaba casi en la meta cuando vi asomarse por el borde del techo a Robinson. Le miré un milisegundo aterrada y me solté casi instintivamente cayendo los últimos metros que me faltaban para llegar al suelo. Se me cortó la respiración y me rugieron las vértebras al darme de espalda contra el césped demasiado corto, pero, al menos, no había aterrizado sobre una piedra o algo peor. No me di tiempo de analizar si tenía algún hueso roto, cuando me puse de pie de un brinco y corrí despavorida en dirección al bosque. No había valla. Bien. A lo mejor sí tendría una oportunidad, después de todo. Los monstruos rugieron de furia detrás de mí y yo continué corriendo como loca hasta casi llegar al borde del bosque. La bolsa con las provisiones y la camiseta que había cogido para la traidora de Alice, se me cayeron por el camino, pero no me importó hasta que un cuerpo enorme se abalanzó sobre mí, aplastándome y sometiéndome, provocando que se me saliera del cuerpo el último aliento de rebeldía que expresé con un grito que resonó en medio de la noche. Mis manos se alzaron hacia el bosque con anhelo por última vez antes de que me las apresaran contra la espalda bruscamente. El hombretón que me atrapó me dio la vuelta agarrándome del cuello más bruscamente de lo que debería, puesto que yo no era una contrincante ni la mitad de la mitad de fuerte que él. Se trataba de Royer, quien me miraba con ojos encendidos mientras sus manos apretujaban más mi cuello. Creí que me ahorcaría allí mismo. Me sostuvo la cabeza con ambas manos y me la estrelló contra el suelo con violencia. Todo se desvaneció.

Los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual son comunes entre las víctimas de explotación sexual, quienes a menudo se ven obligadas a mantener relaciones sin ningún tipo de protección.

Capítulo 9: Castigo

Recobré la conciencia apenas unos minutos después. Al abrir los ojos me topé de frente con una figura borrosa. Parpadeé y me di cuenta de que estaba con Alice en una parte del sótano que no había visto nunca; se trataba de un cuarto vacío con solo una puerta que conducía hacia, lo que supuse sin equivocarme, el cuarto de los castigos. Lea ya me había advertido de aquel lugar y de que se utilizaba muy pocas veces cuando algún monstruo debía dar un castigo ejemplar. Uno como el que me esperaba a continuación. El lugar permanecía casi a oscuras, medio iluminado por una vela en una mesa al lado de la entrada. En el centro de la estancia había solo dos cadenas de donde colgaba yo en aquel momento de los brazos.

Decir que me dolía la cabeza y los dos brazos es quedarme corta. Más bien era como si alguien hubiera tomado un taladro y me estuviera abriendo con él la parte baja del cráneo, exactamente en donde me habían golpeado. O como si alguien me estuviese estirando para desgarrarme la piel, allí de donde colgaba. Mis pies apenas rozaban el piso con las puntas de los dedos pulgares.

—Nunca debí confiar en ti —articulé como pude mirando a Alice.

Luchaba contra ello, pero las lágrimas del dolor y la frustración salían casi a borbotones de mis ojos.

—Nos has jodido la única oportunidad de escapar a ambas. Dime, ¿lo planeaste o fue algo espontáneo? ¿Por qué me delataste?

La chica se quedó mirándome un momento antes de responder.

—Porque siempre me caíste de la patada —dijo—. Además, debía aprovechar la oportunidad de salir bien librada con Max. Tú y yo no teníamos ningún *chance* ahí fuera en el bosque, sin embargo, al menos una de nosotras va a vivir. Max sabe que no hay nadie más leal ni fiel que yo y no me va a asesinar como a Lea.

Reí amargamente.

—Claro que lo hará —le dije frustrada e iracunda, tratando de volcar toda la impotencia que sentía en la voz—. Si crees que no vas a correr con el mismo destino que Lea y todas las demás antes que ella es porque eres más idiota de lo que imaginé y eso ya es mucho decir. Eres patética.

Hice una pausa para saborear el daño que le estaba causando a la chica con mis palabras. Su mueca de rabia demostraba que estas sí surtían efecto. Comprendía por fin cómo debía sentirse Alice todo el tiempo mientras nos acosaba a las demás y a mí. A ella la maltrataban y ella lo hacía a su vez. Debo reconocer que me resultó agradable no ser la víctima por un momento.

—Un día serás demasiado vieja y un estorbo para él —proseguí—. Y no me salgas con el cuento de que te va a vender a alguien mejor porque ambas sabemos que esa es solo una mentira que necesitas creer porque no quieres reconocer que tu vida útil en este mundo ya acabó. Lea lo sabía y por eso intentó hacer algo para que nos encontraran y eso le costó la vida. ¿Y qué haces tú? Tienes la oportunidad de escapar y la desaprovechas.

—¡Cállate!

—¿Qué, Alice? ¿Tanto te afecta una dosis de verdad?

—¡Maldita loca! —La muchacha se acercó a mí hecha una furia—. Desde que tú llegaste, todo se arruinó. Lea se hizo tu amiga, John dejó de darme su protección, Max te escogió a ti como su ayudante y Lea cometió la estupidez que la llevó a la muerte. Eres la desgracia hecha persona. Lamento que no te hayas ni podido suicidar porque tal vez Lea estaría viva aún.

Eso no se lo discutí. Después de todo, yo también sentía que había sido mi culpa. Lo que sí me sorprendió fue lo que dijo de John.

—A lo mejor alcanzo a desgraciarte a ti también —dije entre dientes.

—No creo que te quede el tiempo suficiente para eso —Alice sonrió de oreja a oreja—. Max está llamando a los demás y te va a usar para dar otra lección como la que dio con Lea.

—Y dime... ¿Tú ya le dijiste que lo planeamos juntas?

Bingo. Una sombra pasó por el rostro de la chica, borrándole esa sonrisa socarrona que mantenía. Abrió la boca para decir algo pero el sonido de pasos acercándose la interrumpió. Me lanzó una última mirada asesina antes de que Max entrara seguido de los chicos en pijama y de Royer, Robinson y Michael. Se me encogió el corazón. Fui de pronto mucho más consciente de la situación en la que me encontraba y que me hubieran colgado de aquella manera me hacía temer por lo que pudieran hacerme. Había visto, a lo largo de estos meses, cuánto podía ocurrírsele a los monstruos mientras estábamos a solas o grabando un vídeo, así que decir que eran capaces de las peores bajezas, era hasta ligero. Los chicos me miraban aterrados, imaginando tal vez que iba a correr el mismo destino que Lea. Después de verme una sola vez, Andrés miró hacia otro lado y contuvo las lágrimas. Los ojos de Mara brillaban como bombillas en la oscuridad y permanecían abiertos como platos.

—Mia ha intentado escapar, niños —sentenció Max sin rodeos—. Así que merece un castigo ejemplar.

Hizo una pausa y se lamió los labios con la lengua.

—Dado que es todavía una jovencita con muchos clientes, no la mataré como a Lea.

Andrés se atrevió a mirarme otra vez, nervioso, y Mara miraba a Max con ojos suplicantes. Algunos niños lanzaban miradas nerviosas o de plano emitían un casi inaudible chillido. Nadie dijo nada, sin embargo.

—Merece que le cortemos los pies, pero una *lolita* sin pies no es atractiva. También podríamos cortarle un par de dedos, pero resulta que es la favorita de un buen amigo mío, por lo que recibirá una paliza.

Respiré aliviada.

—Los hice venir —continuó— para que la presenciaran. Cualquiera de ustedes que intente lo mismo, no correrá con la misma suerte. No se quedará solo en una paliza. Les cortaré los dedos sin miramientos y, si son mayores —miró a Alice—, correrán exactamente el mismo destino que Lea. ¿Quedó claro?

Nadie respondió.

—¿¡Quedó claro?! —volvió a preguntar en voz tan alta que pareció que tronaba.

En seguida los niños se apresuraron a asentir. Alice se había hecho a un lado y estaba muerta de rabia. Era evidente que no se esperaba que solo me fuesen a golpear. Yo tampoco me lo esperaba, aunque sí sabía del respeto que Max le tenía a John. Creí que Max cogería una correa y me pegaría con ella, pero, en su lugar, Michael le pasó un palo un tanto más grueso que el que se utilizaba para trapear y que estaba apostado en una esquina. No había reparado en él antes. El hombre tomó el objeto y se acercó a mí mirándome de una forma que me daba a entender que

preferiría hacerme más daño del que iba a hacerme. El primer azote llegó en mis muslos y fue tan brutal que me sacudió como a una piñata. Max hizo una pausa antes de proporcionarme los siguientes por todas partes, tan fuertes como para que me estremeciera de dolor, pero no tanto como para romperme los huesos. Mis alaridos de dolor resonaron en la noche por encima de los sollozos ahogados de los chicos, que parecían sentir en lo más profundo cada golpe. Con cada movimiento brusco, mis brazos amenazaban con desgarrarse. Tenía la impresión de que, si Max seguía así por más tiempo, de seguro llegaría el momento en que estos ya no me servirían para nada. No fue mi intención, pero conté cada golpe: 87 azotes en total en el transcurso de lo que me pareció una eternidad pero fueron cinco o seis minutos en realidad. Cuando hube quedado hecha una papilla, morada por todas partes, Max tiró el palo al suelo y les ordenó a los chicos que se marcharan. Los niños se apresuraron a salir de allí a toda prisa, echando miraditas lastimeras de impotencia antes de desaparecer por completo por la puerta. Mara y Andrés fueron los últimos, quienes me miraron como si se disculpasen. Sé que, de haber podido, ambos hubieran intervenido.

—Déjala así un par de horas y luego enciérrala —le ordenó Max a Michael cuando todos, incluso Alice, se hubieron marchado.

Me quedé allí, a solas, durante un par de horas que me parecieron una eternidad. Adolorida y cansada, sentía que me pinchaban cada célula del cuerpo con agujas de gran tamaño. No podía ver el aspecto que tenía, pero debía de tener ronchas en cada centímetro de mi piel. Lloré como un bebé, no solo por el dolor físico, sino por todas esas emociones que nunca tenía la oportunidad de expresar. Me dolía tanta injusticia y me desgarraba el alma todo el odio y las ganas que tenía de destrozarme con mis propias manos a todos los monstruos del mundo, y muy en especial, a aquellos que me la debían.

La sombra de Michael se recortó en la puerta ya cuando estaba a punto de perder el conocimiento. Me miró desde la distancia un buen rato antes de descolgarme de las cadenas. Apoyarme en mis piernas no resultó ser el alivio que me esperaba, puesto que allí había recibido casi todos los golpes. Me estremecí de dolor en el momento en el que toqué el suelo con las plantas de los pies y perdí el equilibrio de inmediato. Michael me sostuvo de la cintura y hasta eso me dolió. No creo que hubiera alguna posición en la que pudiera sentirme cómoda en ese momento. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para caminar, arrastrada de las caderas por Michael, hacia el lugar en el que este me encerraría. Antes de que él me dejara caer al suelo y cerrara la puerta dejándome a oscuras, murmuró:

—Esto te lo buscaste tú.

Cuando hubo desaparecido la luz, me dejé caer lentamente al lado de la puerta. No podía apoyarme en mis nalgas, así que me deslicé del lado izquierdo de mi cuerpo y me acosté de lado en el polvo. El dolor palpitaba con cada latido de mi corazón. Lloré durante horas, de rabia y frustración, de tristeza y cansancio, hasta que el dolor de cabeza se hizo tan insoportable que vomité dos veces en un rato. Hecha pedazos, me quedé dormida al fin después de lo que parecieron horas.

Cuando desperté, aún permanecía allí, hecha un bulto adolorido. El dolor de cabeza había cedido un poco, pero los golpes del cuerpo me dolían mucho más de lo que lo habían hecho la noche anterior. Si es que era de noche... En medio de la oscuridad y la desesperación, había perdido por completo el control de los minutos y las horas. Pronto de los días... Y me descubrí sintiéndome más sola de lo que jamás había estado, pues no había aislamiento peor que perder el control del tiempo. No por nada era una tortura tan efectiva.

No me dieron comida durante un tiempo. Apenas me traían una botellita de agua pequeña al día

que pasaban por una rendija bajo la puerta en la que antes no había reparado. Se filtraba por allí un ápice de luz cuando la abrían que no me permitía ni verme la nariz. Meaba y defecaba del lado contrario de la celda teniendo cuidado de hacerlo lo más alejado de donde me encontraba. Fue en uno de esos momentos en los que creí que iba a terminar muriendo de inanición cuando escuché que alguien susurraba mi nombre. En aquel momento no sabía cuánto tiempo había pasado desde que me habían retenido allí. Agucé el oído para escuchar mejor y por un momento no oí nada.

—Mia —volvió a repetir la voz ya cuando creía que me lo estaba imaginando todo.

Era la voz de Mara.

—Mara... —respondí sin fuerzas.

—Ten esto —me dijo pasándome un trozo de pan con mantequilla por la rendija. Lo cogí y lo empecé a devorar como una loca—. No pude traerte nada más —continuó diciendo la chica a modo de disculpa—. Alice está al mando y nos controla todo, en especial a mí.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté tras terminar de tragar el último trozo de pan con dificultad.

—Tres días —informó la chica—. Es de noche.

—¿Sabes cuánto tiempo más me van a tener aquí?

—No, pero he escuchado que mucho tiempo. Alice no quiere darte comida a pesar de que Max le ordenó que te traiga algo una vez al día. Se ha vuelto tan despiadada que hasta Erine y Mary mantienen las distancias. Antes era mala, pero ahora parece que trae el demonio dentro.

—Nunca debí confiar en ella. Estuve a punto de escapar y estaba tan emocionada que no vi las señales de que se trataba de una trampa.

—No debiste arriesgarte. Fue una locura. Y confiar en Alice ni se diga. No ha hecho más que molestarnos desde que llegamos aquí.

—Lo sé... Viste lo que le pasó a Lea... No podía seguir aquí.

—¿Y por ello tuviste que confiar en la única persona que sabías que no debías?

Pensé que me lo estaba imaginando, pero hubiera jurado que en el tono en el que Mara me hablaba había un deje de rencor. Le conté entonces todo lo que había visto que le sucedía a la chica y que el plan era buscar a la policía para que le pusieran fin a todo aquello de una vez por todas. Contado así, parecía una idea estúpida y Mara pareció pensar lo mismo porque se quedó en silencio un largo rato.

—Debiste habérmelo pedido a mí —dijo la chica por fin tras unos minutos—. Hubiésemos podido escapar. Ahora sellaron el único lugar por el que pudimos haber salido.

—Lo lamento, Mara. Yo no lo pensé.

—No, no lo hiciste. Ni siquiera me tuviste en cuenta y lo arruinaste todo. Eres una idiota y por tu culpa ahora sí no hay *chance* de escapar.

Me quedé en silencio, pensando que me merecía aquella reprimenda. Era cierto: de no haber sido por mí, en aquel momento quizás todas hubiésemos estado libres o a punto de serlo. Haber elegido a Alice por encima de Mara es algo que jamás me perdonaré. De no haber sido por mí, los niños que llegaron después tal vez no hubiesen tenido que vivir lo que nosotros. Aún así, las palabras de Mara se me clavaron como puñales en el corazón, en especial cuando dijo antes de marcharse de allí a toda prisa:

—Debería dejar que te mueras de hambre.

Y pensé que no volvería pero lo hizo al día siguiente y me trajo esta vez una manzana, pan con mantequilla y un poco de cereal. Volví a devorarlo tan rápido que apenas me di el *chance* de respirar entre bocado y bocado. Hasta el cereal de avena que antes me parecía nefasto, ahora se

me antojaba delicioso. Mara no se quedó para charlar ni ese día ni el siguiente. Sabía que estaba enojada conmigo y, por más que intentaba hablar con ella cuando me traía la comida, solo recibía como respuesta un profundo silencio. Las únicas palabras que me dirigía era cuando me llamaba por mi nombre para que estuviera lista y tomara la comida.

Así pasaron varios días más, convertida en todo un desecho humano mal oliente y tirada encima de mi propia orina, que era demasiada como para evitarla del todo. A veces ni siquiera bebía el agua y optaba, en vez de eso, por lavarme un poco. Pero ni con todo lograba contrarrestar la porquería. Alice, cuando venía a traerme el agua, ya ni se molestaba en insultarme ni decirme cosas hirientes, más bien me tiraba la botella y salía de allí lo más pronto posible. Incluso yo, con la nariz habituada ya al mal olor, me estaba volviendo loca. No podía verme, pero suponía que debía estar delgadísima. Sentía la carne pegada a las costillas cuando me tocaba y no parecía estar sanando. No en aquellas condiciones, desde luego. El dolor remitió un poco conforme pasó el tiempo, pero tampoco podía ver si los moretones habían desaparecido. Después llegó el resfriado y, por último, la fiebre. Recordando aquellos días, no sé cómo no morí entonces. Pareciera que la vida me tenía reservado mucho más. Había visto, años atrás, en un caluroso día de verano, a un enfermo mental muy maloliente echado sobre sus propias heces. Me quedé mirándolo y solo pude agradecer al cielo porque yo no estaba así. Tampoco pensé que lo estaría. Supongo que uno nunca sabe qué tan profundo te arrastrará la vida. En aquellos momentos tan difíciles, no dejaba de pensar en mis padres y mis hermanos. Era como si un pedacito de ellos estuviese dentro de mí. Soñaba con la idea de volver a verlos, de abrazarlos y saber con certeza que estaban bien. Temía por las represalias que podía tomar Max en su contra gracias a lo que había hecho y rezaba para que Dios los protegiera. El solo hecho de pensar que algo pudiese pasarles gracias a mi estupidez, me provocaba escalofríos y una angustia tan espantosa que me oprimía el pecho.

Mara notó que me encontraba mal y que estaba tosiendo, por lo que no solo me traía comida, sino también un antigripal. Me aterrorizaba pensar que Alice la atrapara robando esas cosas para mí y lo que pudiera hacerle después, pero la chica resultó ser más lista de lo que pensaba y una vez más lamenté no haber confiado en ella en vez de en Alice para mi plan de escape. El agradecimiento y el cariño que sentía por la jovencita se incrementaban cada día. Se había portado como un verdadero ángel conmigo y sabía que, de no ser por ella, yo hubiese tenido una muerte larga y terrible. La chica ya me había vuelto a hablar. Se le había pasado el enojo en cuestión de días y uno de esos, sin más, en vez de entregarme la comida y marcharse, me avisó que había novedades en el lugar.

—Max ha comprado chicos nuevos —me había dicho—. Son mucho más jóvenes de lo que éramos nosotras cuando nos trajeron acá. La mayor tiene once años apenas.

La noticia no me sorprendió pero sí me preocupó un poco. Eso solo podía significar, según Lea, que Max tendría que deshacerse de algunos chicos mayores. Solo era cuestión de tiempo. Estaba segura de que deshacerse de algunos no podía significar nada bueno. Lea, Alice y hasta yo alguna vez fuimos tontas al creer que nuestro destino, después de esos monstruos, sería mejor.

—¿Cuántos trajo esta vez?

Era la primera vez que traía a gente nueva desde que yo estaba allí y, encontrándome como me encontraba, no creía que se me apreciara lo bastante como para que yo no fuera a correr con la suerte de Lea y otras antes que ella.

—Cuatro, solo cuatro —me respondió como si no fuera nada.

—Cuatro vidas robadas —dije yo en un susurro.

Compadecía a los pobres niños que sufrirían, como nosotras, lo que era vivir entre los monstruos.

—Sí...

Hubo un incómodo silencio, como si ninguna de las dos pudiésemos encontrar el modo de expresar lo que pensábamos en ese momento y, cuando abrí la boca para decir algo, escuché el sonido de pasos acercándose seguido de los pasos de Mara, que trataba de alejarse lo más rápido posible. Demasiado tarde: Alice la atajó en algún punto de su huida, que, por lo que pude escuchar, no había llegado muy lejos. Cuando hablaron, supe con exactitud que Mara ni siquiera había logrado salir de la habitación cuando esta la sorprendió.

—Vaya, vaya —escuché que decía Alice con un deje de siniestro placer en la voz—. Me has desobedecido.

—Alice, por favor —rogó Mara con voz temblorosa.

—Me desobedeciste, imbécil. ¿Le estás trayendo comida? ¿La has estado alimentando?

—No. Solo quería...

—¡No me mientas! —la interrumpió Alice.

—¡Te digo la verdad! —volvió a defenderse Mara alzándole la voz.

Se escuchó un forcejeo, seguido de unos golpes y yo empecé a gritar el nombre de Mara como loca ansiosa por saber lo que estaba pasando. Luego hubo susurros y gritos ininteligibles y de pronto, silencio. Me encontré escuchando solo el sonido de mi propia respiración agitada. Al cabo de unos minutos volví a escuchar pasos acercándose. Me quedé petrificada cerca de la puerta cuando la voz de Alice me dijo:

—Tu amiguita la pagará caro.

—Ella no ha hecho nada —mentí—. Solo ha venido a saber si aún sigo con vida.

—¡Ay, por favor! No quieras verme la cara de estúpida. No soy tan bruta como tú.

—Claro que no —hice una pausa antes de continuar—. Eres peor. Hoy te crees la dueña del mundo, pero te aseguro que tus esfuerzos serán en vano —reí como una loca—. Vas a terminar como todas las demás y en el fondo tú lo sabes. Sabes que Max es un hombre inteligente. Nunca dejará que ninguna salga de aquí con vida. Si nos vende es porque sabe que nuestro destino es la muerte.

Alice hizo silencio. Pude escuchar a través de la puerta su respiración agitada y me animé a continuar. Sabía que le hacía daño y quería hacerle daño. Aquel era mi único consuelo. Mi único alivio.

—La única oportunidad que tuviste de dejar esta pesadilla atrás fue conmigo. Pudiste haber huido y ahora serías libre. Pero ya no tienes oportunidad.

No hubo respuesta.

—Venía a sacarte de aquí —respondió minutos después con voz entrecortada por la emoción—, pero ahora te dejaré en tu suciedad una noche más. Puerca.

La escuché alejarse y sonreí. Nunca pensé que sería capaz de sentir tanto placer lastimando a alguien, pero me equivocaba. La vida y sus sorpresas, como siempre. Comprendí que lo había estado haciendo todo mal; me había entregado al dolor cuando los monstruos me secuestraron y me hicieron pedazos la inocencia y ese dolor me había llevado a un intento de suicidio. Lo hice mal cuando disfracé ese dolor como rabia y desesperación y le había pedido a Lea escapar conmigo y, más aún, cuando se lo pedí a Alice y todo ello me había conducido hasta donde estaba. Ahora lo comprendía: quizás la única manera de vencer a un monstruo es siendo otro monstruo. Y eso sería a partir de entonces si es que salía con vida de allí. Y, si lo hacía, juraba por Dios que

Alice iba a arrepentirse de lo que había hecho. Haría que su peor pesadilla se hiciera realidad y ya sabía más o menos cómo.

El abuso sexual y la trata de personas marcan de por vida a las víctimas.

Capítulo 10: Jugando a los monstruos

Alice me sacó de allí a primera hora de la mañana siguiente. Abrió la puerta y me ordenó que saliera. Al parecer le daba demasiado asco arrastrarme ella misma. La oscuridad, los golpes y mis propios desechos del cuerpo habían hecho estragos en mí, así que me encontraba enferma y hecha polvo. Apenas percibí un atisbo de luz y mis ojos ardieron durante media hora. Luego estaba la fiebre, que no remitía y esa sensación de debilidad que se produce cuando sabes que has llevado al límite a tu cuerpo. Me sentía constantemente como cuando el profesor de gimnasia me ponía a darle la vuelta al patio corriendo durante tanto tiempo que cada bocanada de aire me quemaba los pulmones. Así de cansada, de exhausta estaba. Cuando respiré el aire limpio me dieron arcadas y me contuve hasta llegar al cuarto de las mangueras en donde nos habían duchado cuando llegamos al club por primera vez. Estando ahí no pude aguantar más, me agaché y vomité. Alice me observó con rabia y acto seguido sentí el impacto del agua fría contra mi piel. La muchacha disfrutaba. Me había hecho un ovillo para minimizar el impacto del agua y tenía las manos cubriéndome el rostro para que allí no me pegara. Me obligué a ponerme de pie solamente porque quería quitarme del cuerpo toda aquella inmundicia que traía encima. Luego tomé casi todo el pote de jabón líquido que Alice me trajo y me lo vacié encima una y otra vez hasta que mi piel estuvo lo suficientemente limpia como para sentirme cómoda nuevamente.

Alice mandó a Mara, Erine y Mary a limpiar mis excrementos. Me sorprendió ver el desprecio y la arrogancia con la que las trataba. A Mara no me sorprendía en absoluto, pero a sus dos mejores amigas en ese sitio, sí. Me pregunto, viendo la nueva actitud de Alice, cuántos de aquellos monstruos no fueron víctimas primero. Y me prometí a mí misma ser un monstruo solo con aquellos que realmente se lo merezcan, no con los inocentes.

Volver a acostarme en mi cama resultó ser una experiencia placentera. Sentía como que llevaba un siglo sin hacerlo. Por fin, limpia y exhausta como estaba, me acosté boca arriba y dormí. Desperté muy entrada la tarde porque Mara me estaba llamando.

—Mia, te llama Max —me informó, seria.

Mis ojos debieron reflejar miedo porque añadió:

—Tranquila. Solo va a advertirte... algo. No creo que te haga daño con John como tu cliente principal.

—Gracias —murmuré entre dientes—. Gracias por todo lo que hiciste por mí...

Solté las últimas palabras con tal agradecimiento y sinceridad que mis ojos se terminaron por llenar de lágrimas.

—Tú lo hubieras hecho por mí.

La muchacha no me miraba a los ojos. Todavía seguía resentida por no haberle avisado de mi plan de escape. Yo la miraba evaluándola: sus ojos eran maduros en relación a su edad y supe que ella podría convertirse en mi mejor aliada contra los monstruos en ese lugar.

Nos quedamos en silencio un buen rato hasta que yo me dirigí a ver a Max. Mara murmuró entre dientes algo así como «te deseo suerte» antes de que desapareciera por la puerta. Me puse un vestido veraniego adecuado y me arreglé el cabello. Inhalé y exhalé varias veces antes de atreverme a tocar y esperé.

—Pasa —dijo Max tras la puerta. Yo la abrí nerviosa y bajé la cabeza sumisa mientras me dirigía frente a él en el escritorio—. Siéntate —ordenó con su ridícula voz amable—, por favor.

—Gracias —murmuré en tono compungido.

—¿Y bien?

Silencio.

—Perdóname, por favor —le rogué. Incluso derramé un par de lágrimas. No las estaba fingiendo—. Cuando Alice me pidió que escapáramos, yo... le creí. No sabía que se arrepentiría en el último momento. Yo solo soñaba con ser libre otra vez, pero ya aprendí la lección. Lo juro.

Levanté la vista otra vez y Max me miró a los ojos. Yo le devolví la mirada suplicante y él frunció el ceño.

—Alice...

Bingo. Creo que nunca una actuación me había salido tan bien. Fui a esa cita con un objetivo muy concreto y di con la forma de conseguirlo de manera creíble. No fueron las palabras en sí, sino los gestos de compunción los que le transmitieron a Max el mensaje más importante de todos: que yo solo fui una víctima de las circunstancias y que Alice lo había ideado todo.

Max estaba realmente enojado. Tanto, que apenas si lograba mantener la calma. Yo ya tenía una idea de qué tipo de persona era él y la sospecha de que el hecho de que le quisieran ver la cara de idiota era algo que odiaba.

—Pero... yo continué con el plan. Tal vez ella ni siquiera pretendía escapar de verdad y fue una locura momentánea de la que inmediatamente se arrepintió.

—Muy bien —puntualizó Max todavía mirándome fijamente—. Te llamé para decirte que John tiene cita contigo esta semana.

Eso me lo podría haber mandado a decir con Mara, pero prefirió decirlo en persona. Seguro que había algo más y una advertencia de por medio.

—Diré lo que me pidas —dije en ese tono sumiso que parecía agradarle.

—Dirás que estuviste enferma y que te viste obligada a mantenerte en cama. Le contarás sobre lo fastidioso que resultó tener que beber tantos medicamentos, entre otras cosas.

—Sí, señor.

—Más te vale que suenes convincente y que no se te ocurra mencionarle a él o a cualquiera de mis clientes que casi escapaste. De lo contrario... la próxima vez que vengas a hablar conmigo, te serviré la cabeza de tu familia en una bandeja en vez de gominas.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos sumisa y dispuesta, tal como sabía que quería que estuviera, y le dije con una convicción casi devota:

—No hace falta que me amenaces, haré lo que me pidas, cuando me lo pidas. Te ayudaré a que las otras obedezcan también. Te contaré de cualquier plan de escape de cualquiera de las chicas y me portaré con los clientes tan bien que solo hablarán maravillas de mí.

Él no contestó, pero yo sabía que pensaba que había ganado. Un monstruo como ese no estaba acostumbrado a que lo manipulara una niña de trece años y menos una de sus víctimas que estaba demasiado aterrada como para intentar engañarlo. Lo que él no alcanzaba a imaginar era que yo ya casi no tenía miedo. Desde luego no quería que le pasara algo a mi familia, pero haría las cosas paciente y conscientemente para no cometer los errores que me habían llevado hasta donde estaba.

No, todo tenía que ser distinto ahora, por Lea, Julia, por los demás niños, por mí y por lo que nos habían robado. Por los niños que pudieran ser víctimas en el futuro. No me importaba cuánto tiempo me tomara, ni si me destruía en el proceso. Lo único que quería en el mundo, más que nada, era que los monstruos pagaran por todo lo nos habían hecho. Y lo harían.

—Muy bien, Mia —dijo Max haciendo un gesto afirmativo y ofreciéndome una sonrisa delicada—. Veo que tu tiempo en el sótano te ha dado perspectiva. Así me gusta. Espero que te hayas dado cuenta de todo lo que puedes perder si intentas desafiarme.

—Sí, señor —le dije—. No volveré a ser tan estúpida. De ahora en adelante me comportaré como se debe.

Lo decía en serio, solo que ambos hablábamos de dos cosas completamente distintas.

—Puedes irte. Vuelve mañana para continuar con el trabajo de contabilidad.

—Sí, señor.

Salí del lugar con gesto serio y humilde como si de verdad mi espíritu estuviese vencido y él lo creyó. Bien. Mara me esperó en la habitación para saber qué quiso decirme Max. Le conté lo que había pasado y ella sonrió ligeramente aliviada. No sabía que mi bienestar le importara tanto, a pesar de que me lo había demostrado todos esos días llevándome comida. Pero me encantó la sensación de tener a alguien cerca que se interesara por mí. Era reconfortante.

Los demás niños entraron en la habitación y pude conocer al fin a los nuevos. Un varoncito mexicano llamado Gabriel, de pelo negro y cara juguetona; una niña de once años de pelo corto y esponjado, algo regordeta con una piel morena hermosa y una cara de ángel como sacada de las telenovelas. Me recordaba a Julia. Y dos niñas de ocho y seis años. La de ocho, con una carita inocente y todavía de ojos alegres y la de seis que estaba tan desnutrida que dudaba que sobreviviera a una violación. Mara me había dicho que los niños nuevos eran pequeños, pero a mí se me hacían casi bebés. Hubiese jurado que la de seis apenas tendría cuatro años si ella no me hubiera dicho su edad. Tuve la repentina sensación de que las cosas se pondrían cada vez peor, mucho más perversas... y no me equivocaba. A partir de entonces descendimos un nivel más en el infierno que ya de por sí vivíamos.

Al tercer día después de mi conversación con Max, John fue a visitarme. Estuvimos juntos tres horas y me dijo que me había extrañado. Yo mentí diciéndole lo que esperaba escuchar, que yo también a él, que fue un fastidio tener que tomar tantos medicamentos para la fiebre, que tuve vómitos y por eso estaba tan delgada, etc. Cada día me resultaba más fácil representar mi papel porque cada día me sentía menos como la niña que había sido alguna vez y que me parecía tan lejana, y más como un pequeño monstruo. El odio era mi herramienta y el deseo de venganza, mi mayor combustible. Me sentía capaz de hacer o lograr cualquier cosa y por fin no sentía ni miedo, ni depresión, ni angustia. Solo la serenidad de un depredador. Porque eso era yo entonces: el depredador que esperaba el momento indicado para atacar, para hacerle pagar a los monstruos todas sus atrocidades. No me importaba sacrificar lo que fuera con tal de conseguirlo. Ayudé a Alice, Erine y Mary a preparar la subasta de los niños nuevos. Les serví a los clientes ese día y puse mi mayor sonrisa. Incluso Mara parecía sorprenderse por el grado de insensibilidad que había mostrado ese día, cuando, incluso Alice, estaba algo triste por los nuevos, en especial por la pequeña. Pero yo encontré una cajita con llave dentro de mí, una cajita en donde cupieron mis angustias, temores y dolores y pude depositar toda mi pena. Entonces tomé esa caja y la guardé muy dentro del corazón de Cecilia, pero yo ya no era Cecilia. Hace mucho que no lo había sido más. Yo era Mia, y Mia era un monstruo. Debía serlo. Eso me decía cuando estaba a punto de flaquear, cuando tenía deseos de echarme a llorar, cuando observé el cuerpo desecho de la niña de

seis años, que sobrevivió por puro milagro. Cuando me tocaba un cliente especialmente violento y que me hacía daño. Cuando los niños empezaron a reclamarme por hacer cumplir las reglas del lugar. Cuando Mara creía que de verdad me estaba convirtiendo en alguien como Alice... Que incluso ella dudara a veces de mi papel entre los monstruos, era un indicativo de que, al parecer, lo estaba haciendo muy bien. Hasta yo dudaba a veces. Me descubría mirándome al espejo y no reconociendo mi reflejo, a esa niña rubia de facciones afiladas que se hacía llamar Mia. Sentía dudas de si ella me interpretaba a mí o yo a ella... La realidad era que no me quedaba otra. No podía hacer absolutamente nada para salvar a esos niños. Ni siquiera podía salvarme a mí misma. Además, ellos ya estaban entre los monstruos y era tarde, pero, si lograba mi cometido, si interpretaba muy bien mi papel, puede que otros niños, aunque fuese solo uno, no tuvieran que pasar por lo que nosotros pasamos. Era la única manera, la única oportunidad que tenía para cambiar mi destino, y no podía dejarme llevar por mis sentimientos y precipitarme. No podía darme ese lujo.

Todo continuó así hasta que un día, sin más, Alice no apareció para preparar el desayuno y Pablo bajó al sótano a anunciarnos a Mara, Kenny y a mí que, de ahora en adelante, debíamos encargarnos de sus tareas y de cuidar y controlar a los más pequeños. Debería haberme sentido bien porque en parte había logrado lo que quería, pero, en cambio, se me revolvió el estómago; sentimiento que se acrecentó cuando ella no estuvo más a la mañana siguiente... Ni ninguna mañana más. Deseaba saber qué había sucedido con ella, así que en cuanto tuve la oportunidad, mientras realizaba mis tareas de contabilidad con Max, le pregunté:

—¿Cuándo regresa Alice?

Pero eso no era lo que quería saber en realidad. Tenía muy claro que ella no regresaría, pero tal vez él me contara algo más. Me miró a los ojos un momento antes de contestar. Yo le devolvía la mirada, tratando de parecer lo más ingenua posible. Cuando decidió que mi pregunta no era una amenaza, me dijo:

—Alice ya estaba demasiado mayor. A los 17 años se es demasiado vieja para los miembros. Sin embargo, yo siempre recupero mi inversión.

Sentí un escalofrío.

—¿La... mataste como a Lea?

Él sonrió ante mi mirada aterrada.

—No, Mia —me respondió.

—Entonces... ¿Qué... pasó...? —no me atrevía a formular bien la pregunta.

—La vendí.

Entrecerré los ojos tratando de detectar si lo que me decía era un engaño, pero él parecía hablarme con toda sinceridad. Me dieron arcadas. «La vendí», como si Alice no fuese más que una pieza innecesaria de un puzle ya completo. Como si fuese un objeto de mercancía y no una persona. Una vida. Un ser sintiente y pensante. Reuní el valor necesario para preguntar:

—¿Cuándo me vas a vender a mí?

Él soltó una carcajada.

—¿Cuándo me vas a vender a mí? —repitió—. No, ¿me vas a vender? Pareces muy segura de cuál será tu destino.

Parpadeé antes de responder con apenas un susurro.

—Aquí no hay nadie mayor de 16 años.

—Muy lista —me dijo sonriendo—. Verás, niña, hay hombres a los que no le gustan los niños y tengo conocidos que se dedican a lo mismo que yo, pero con jovencitas más mayores. A su debido

tiempo, pasarás como Alice a formar parte de un prostíbulo. Tendrás incluso beneficios. No puedes quejarte, solo que cobrarás más barato y lo harás con más hombres. Así de sencillo.

Aquello era lo que Max le había dicho a Lea, pero ella también me había insinuado que había «otros compradores». En base a eso, algo me decía que las cosas no eran tal y como Max quería hacerlas ver. Pero en ese entonces yo no sabía qué otros tipos de monstruos había por ahí fuera. Solo me imaginaba que no era posible que Max dejara su destino en manos de otros teniendo en cuenta todo lo que podía ocurrir si una chica que tanto sabía de ese lugar, como Alice o yo, se escapara.

Me obligué a sonreír y a cambiar mi expresión de miedo por una de esperanza, aunque estaba muy lejos de sentirme así realmente. Había aprendido a ser una gran actriz, por lo que Max me devolvió la sonrisa. No creo que imaginara realmente lo que me pasaba por la cabeza en ese momento.

—¿Lo ves?... Solo debes portarte bien y las cosas mejorarán.

Más sonrisas falsas.

—Sí... lo veo.

Momentos más tarde, cuando salí del despacho, me fui directa a la habitación y revisé la cama en donde Alice solía dormir. La muchacha había hecho marcas en formas de figuras en la madera y yo pasé mis dedos por encima de ellas sintiendo... pena. Si bien yo había provocado lo que quiera que le hubiera hecho Max, no podía dejar de pensar en la pobre niña que ella debió de haber sido antes de estar en ese lugar. Yo pude haber sido ella. Yo podría ser ella. Sabía que su acoso contra nosotros no era más que un mecanismo de defensa. Ella quería sentirse poderosa y no una víctima. La entendía. Y sí, yo también soy un monstruo por haberle dicho a Max que ella lo planeó. Por haberlo hecho con la intención con la que lo hice.

Estuve ahí largo rato, agachada acariciando las marcas hasta que noté un bulto debajo del colchón. Cuando lo levanté, encontré algunos papeles con dibujos en ellos. A veces páginas de libros, otras, papeles medio arrugados de las cuentas fallidas que hacía con Max. En ellas había figuras de sombras pintadas con tanta rabia que hasta había roto el papel. Esas figuras rodeaban a un ser pequeño y débil y en otras le clavaban miles de cuchillas y la herían. En otras, ese ser indefenso y de pelo claro era enorme y tomaba los puñales y hería a las sombras. Tragué saliva. No tenía idea de que ella pintara y tan bien. Nunca me interesó saberlo en realidad y, mirando cómo escondía esos dibujos, supuse que era un secreto que se guardaba muy para sí misma. Sentí un hormigueo en el estómago, algo desagradable, y me descompuse. Vomité encima del colchón. Lo hice una y otra vez a lo largo de ese día... y al siguiente. Estaba tan mal que vomitaba hasta la bilis cuando ya a mi estómago no le quedaba nada. Cuando empezaba a pensar que había pescado algún tipo de virus estomacal, Mara me abrió una posibilidad mucho más aterradora.

—Mia... —me dijo cuando me encontró con la cabeza metida en el inodoro por enésima vez— y si...

—¿Si qué? —le pregunté con brusquedad viendo su titubeo.

—¿Y si estás embarazada?

Con el fin de evitar que los delaten,
o cuando algunas víctimas de trata se vuelven muy
problemáticas, los traficantes optan por deshacerse de ellas.

Capítulo 11: Malas noticias

No. Yo no podía estar embarazada. No podía llevar en mi vientre al hijo de un monstruo. La sola idea me horrorizaba y me hacía sentir vulnerable de nuevo, tal y como me había sentido al principio, cuando llegué a ese lugar por primera vez hacía ya casi un año. No había contado con eso y siempre di por sentado que no me sucedería a mí. Sabía que le había pasado a Lea y a Alice, a tantas antes que ellas, pero a mí... No podía estar pasándome. Sin embargo, era lógico que sucediera: yo ya había sangrado y muy pocos clientes se cuidaban con nosotras. Para ellos no éramos más que carne, así que les daba igual que hubiera consecuencias o no. Max ni siquiera se preocupaba por darnos algún tipo de anticonceptivo eficaz. A veces tomábamos pastillas anticonceptivas, pero no era que se hiciera de manera segura y regulada. A Max le daba igual, después de todo, si pasaba algo, él solo nos hacía abortar y punto. Lea me había dicho que una vez había muerto una chica desangrada... Objetos. Una y otra vez nos demostraron que eso era lo que significábamos para ellos.

No dormí la noche en que Mara lo había sugerido y tampoco pude hacerlo bien durante casi una semana. No me atrevía a acudir a Max a decirle lo que me ocurría para que él hiciera algo. Todavía estaba tan reciente lo de mi escape que temí absurdamente que me mataría si le daba otro disgusto. Mara me rogaba una y otra vez que fuera a hablar con él para salir del problema de una vez por todas, pero yo, obstinada y aterrada, no le hacía el menor caso. Fue entonces John, que notó en una de sus visitas que algo andaba mal conmigo, quién me ayudó. Me eché a llorar y le conté lo que suponía que me estaba pasando. Él solo asintió y me pidió una muestra de orina, que le di, esperando que los resultados que me trajera la semana siguiente fueran negativos.

No lo eran. Cuando John regresó una semana después, me confirmó la sospecha. El alma se me cayó a los pies. Deseé morirme. Estaba embarazada... ¡Estaba embarazada! Embarazada... Lo primero que me pasó por la mente fue que era un alivio que me obligaran a abortar, ya que me daba asco sentir que llevaba dentro de mí al vástago de un monstruo. Odiaba mi cuerpo por haberlo concebido como si este hubiese tenido elección...

—Podría ser mío —suspiró John en un susurro—. Puedes estar embarazada... de mí.

Yo no respondí. Me quedé mirándolo, estupefacta. Hacía mucho que dejaba de preguntarme qué clase de lógica usaban los pederastas, porque hubiese jurado que el hecho no le disgustaba. A mí no me importaba de quien fuera el engendro del demonio que llevaba dentro. Solo quería deshacerme... de esa cosa.

—¿Te he contado alguna vez que soy creyente? —me dijo en tono serio.

Volví a mirarlo, incrédula. Era cierto, alguna vez me había dicho que su padre era pastor de una iglesia, pero eso a mí no me importó en absoluto.

—No me mires así. El hecho de que yo tenga... bueno... estos gustos, no me hace menos creyente. Creo que el aborto es un crimen.

—¿Qué? ¿Quieres que en el mundo haya más niños de los que abusar? ¿Por eso estás en contra?

No respondió a mis preguntas sarcásticas y tampoco me pegó, aunque lo que le dije pareció afectarle. En cambio, me dio una charla extensa sobre lo mucho que yo le importaba y de que no le gustaría que asesinaran a un hijo suyo. Yo solo pude entender su comportamiento imaginando que estaba loco, porque ¿qué persona cuerda podría alegrarse de tener un hijo al mundo con una adolescente y en esas circunstancias? No pude continuar fingiendo que todo estaba bien y le grité que se fuera al diablo. Acto seguido salí de la habitación y me fui directa a hablar con Max. Robinson no me dejó entrar alegando que él estaba ocupado. Me dejé caer a un lado de la puerta y no hice caso a los gritos furiosos y amenazas de Robinson sobre las terribles consecuencias de molestar a Max para algo que no fuera importante. Rogaba para que el hombre me atendiera lo antes posible. Media hora más tarde tuve que irme a seguir cumpliendo con mis obligaciones porque no me atendió, pero regresé en cuanto hube terminado y le rogué, esta vez a Pablo, hablar con Max.

—No vas a molestar a Max por una tontería.

—No es una tontería, Pablo. Por favor, déjame pasar.

—Dime qué quieres de él.

—Necesito hablarle.

—¡No!

—¡Como un demonio! —le grité enojada—. ¡Déjame pas...!

En ese momento la puerta detrás de nosotros se abrió y Max asomó la cabeza, visiblemente molesto.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó en tono tranquilo a pesar de su expresión—. ¿Qué son todos esos gritos?

—Mía, que quiere hablar contigo. No acepta un no.

Me fulminó con la mirada. Yo bajé la cabeza y el miedo se extendió por todo mi cuerpo.

—Necesito hablar contigo —dije sumisa—. Es muy urgente —añadí en un susurro.

Él me miró un rato como estudiándome antes de asentir con la cabeza y darme paso. Yo entré de inmediato, ignorando la mirada de reproche que me estaba lanzando Pablo. Andrés estaba acostado desnudo en la cama y Max llevaba una bata puesta. Entendí entonces por qué había estado tan molesto cuando lo interrumpimos y supe que había actuado precipitadamente. Aquel era la peor ocasión para decirle lo que me estaba pasando. Pero ya era tarde para volver atrás.

—¿Y bien? —me preguntó Max.

—Yo... puedo volver después si estás ocupado —dije mirando a Andrés de soslayo, que se había sentado en la cama apoyando sus manos en las rodillas y nos miraba con curiosidad.

—Evidentemente ya me desocupé.

Andrés se levantó e iba a vestirse cuando Max lo detuvo, pidiéndole que se quedara. Luego me ordenó que hablara y las palabras salieron de mi boca con la ansiedad con la que las sentía.

—Estoy embarazada. Necesito abortar.

—¿Tienes retrasos? —me preguntó casi amable, hasta comprensivo. Eso me puso más inquieta aún.

—Sí... y también náuseas y mareos.

—Puede no deberse a un embarazo.

—Sí, estoy embarazada —le confirmé, y cuando él entrecerró los ojos supe que había metido la pata.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo... lo presiento...

Estúpida. Estúpida. Max iba a matarme cuando supiera que le había pedido ayuda a John. El hombre pareció leerme el pensamiento porque preguntó:

—¿Se lo dijiste a John, verdad?

—Lo siento... necesitaba confirmarlo —me apresuré a disculparme.

Es mi fin. Es mi fin...

—Él... ¿Te hizo una prueba?

La amabilidad de su voz había desaparecido.

—¡Contesta!

—Sí... —susurré.

—¡Putas! —me gritó dándome dos cachetadas una detrás de otra que me hicieron tambalearme violentamente—. ¡Das más problemas que beneficios! ¡Me tienes harto! Debí permitir que Eduardo te matara en cuanto me arrojaste esa bebida.

—Por favor, Max —le rogué—. Yo no sabía... perdóname.

Me puse de rodillas en un acto patético y le rogué su perdón una y otra vez entre sollozos. La situación era tan lastimera que incluso Andrés murmuró algo ininteligible y apartó la mirada. Max seguía de pie impassible, observando y analizando. Le seguí rogando y explicando que John se había dado cuenta solo de que algo me pasaba y no había tenido de otra más que decírselo. Sorprendentemente, él asintió y me pidió que me levantara. La amabilidad afilada que lo caracterizaba volvió a hacer acto de presencia.

—Tranquila —me dijo poniéndome una mano en el hombro—. Te publicitaremos como una *lolita* embarazada. Eso llamará a algunos clientes.

Yo parpadeé incrédula. No... Eso no era lo que yo pretendía.

—¿Pero no voy a abortar? —me estaba poniendo fría.

—No, querida. Puedes estar tranquila.

Levanté la cabeza y vi que me sonreía amablemente, como si me estuviera haciendo un favor, pero su mirada era fría y calculadora. Él sabía. Debía saberlo. Antes no pude descifrar aquella mirada, pero ahora, cuando pienso en ello, sé a la perfección que había entendido mi apuro por abortar y me había permitido seguir embarazada como un castigo.

—Max —me atreví a decir en tono suplicante y aún más apurado—, por favor, te serviría mejor si aborto...

—Yo sé lo que hago, Mia. Vete.

—Pero...

—¡Vete!

Obedecí. Cuando llegué al dormitorio en el sótano, me eché en la cama a llorar. No podía creer mi mala suerte. A todas las obligaban a abortar y a mí me iban a permitir seguir embarazada. Era surrealista. Una especie de castigo. Pero qué tan lejos llegaría fue algo que no imaginé... Mara llegó y me preguntó qué me pasaba. Cuando le conté sobre la decisión que había tomado Max respecto a mi embarazo, la muchacha despotricó contra él soltando palabrotas. Me reí con sus ocurrencias y agradecí el esfuerzo que hacía para hacerme sentir algo mejor. Era escaso el apoyo en aquel lugar y contar con alguien como ella era un alivio.

John volvió a verme dos días después. Me recriminó el haberlo mandado al diablo pero no me pegó. Después me dio la noticia que hizo que mi frágil y recién adquirido piso se tambaleara de nuevo: él pagaría a Max lo suficiente durante esos nueve meses que durara el embarazo y, a cambio, yo solo estaría con él. Al dar a luz tendría que entregarle al engendro. Cuando me dio la noticia, convencido de que me gustaría, tuve que morderme la lengua hasta sangrar para no decirle

lo que pensaba: que tener un hijo con él o con cualquier otro monstruo era lo que menos deseaba en la vida. Que preferiría que me arrancaran la piel a tiras que tenerlo y que cada segundo que el feto pasaba dentro de mí era como tener un parásito especialmente dañino dentro.

En lugar de hacerlo me tragué mis opiniones y mastiqué la rabia y el dolor hasta que un día dio paso a otro y este al siguiente. En seguida fueron semanas y más tarde, meses. Max le había prometido a John que me guardaría para él, pero lo que hizo fue vender a su «*lolita embarazada*» una y otra vez a clientes especialmente repugnantes a los que le provocaba un placer morboso mantener relaciones sexuales con una adolescente que llevaba a un niño en su vientre. Incluso hasta semanas antes de dar a luz. Naturalmente, yo no debía decirle ni insinuarle nada a John de lo que él me hacía. Max me lo había advertido de manera explícita cuando me informó de mi primer cliente tras el acuerdo. Él quería que John siguiera pagándole por los clientes que supuestamente perdía mientras estuviera embarazada y sabía que, si metía la pata, el castigo podría ser definitivo. Hice lo que me pidió. John nunca supo en todos esos meses que yo atendía a otros miembros del club y Max recibía su dinero. Mientras John se preocupaba de que todo fuese bien con el embarazo, yo procuraba hacer enojar a mis clientes. Con suerte podrían darme una golpiza que hiciera que perdiera al niño. Pero eso nunca sucedió, y el embarazo continuó sin mayores contratiempos. Una vez incluso pensé de nuevo en suicidarme y, cuando tenía los productos de limpieza en mis manos, me arrepentí. No pude hacerlo. Tal vez no fui lo suficientemente cobarde o lo suficientemente valiente. También llegué a rogarle a Mara y Andrés, quien se había convertido en un buen amigo, que me golpearan, pero ninguno se atrevió a hacerlo y me enojaba con ellos largos periodos de tiempo por no querer ayudarme a deshacerme de «la cosa». ¿Acaso no entendían como me sentía? ¿De verdad era tan difícil imaginar lo que representaba para mí tener al hijo de uno de mis violadores?

—Yo jamás haría eso —me había respondido Andrés por enésima vez.

Sabía que con Mara no habría esperanzas, pero creí que el chico era más flexible. Me equivocaba. De todas las víctimas de los monstruos, Andrés era el que menos desobedecía. Tal vez se debía a la protección de Max o a que no iba a arriesgarse a perder los privilegios que tenía. Después de todo, él no era más que un niño de doce años.

Pasados unos meses dejé de pedirle a la gente que me ayudara a deshacerme del feto y dejé de odiarlo, pero no tenía la capacidad para sentir amor por aquel ser. Ni eso, ni nada similar. Para mí, era como tener un parásito dentro. Nada más. Max había mandado a instruir a Mara, Erine, Mary, Kenny y a mí acerca de cómo se debía llevar a cabo un parto. Había mandado a buscar vídeos especiales para ello porque se negó rotundamente a la petición de John de que me atendiera un médico en algún otro sitio. Un hombre tan precavido como él no iba a permitir jamás que ninguno de nosotros tuviera contacto con nadie fuera del círculo de pederastas en el que se movía.

Justo había terminado de estar con un cliente y me encontraba aseándome cuando aparecieron las señales que indicaban que iba a dar a luz. Unos días antes había tenido contracciones y creí que había llegado el momento, pero solo se trató de una falsa alarma. A mis catorce años, yo no sabía de partos falsos ni nada similar. Ni siquiera con todo lo que nos había mandado Max a enseñar. En esta ocasión, sin embargo, las señales eran inequívocas: estaba sentada en el inodoro cuando una mancha marrón y viscosa apareció en el papel con el que segundos antes me estaba secando la orina.

«Oh, mierda; oh, mierda».

No bien acababa de ponerme de pie cuando empezaron los dolores y las contracciones. Sentí

que algo tiraba de mí desde abajo. No imaginé que fuera tan doloroso. Después rompí aguas. Me puse tan nerviosa que apenas me di cuenta de que salí del baño hasta la habitación y estaba pidiendo auxilio. El primero en aparecer fue Pablo, quien maldijo por lo bajo y salió de la habitación inmediatamente en cuanto me vio. Yo me encontraba en ese momento medio sentada en la cama agarrándome la parte baja del vientre y tratando de respirar profundo entre lloriqueos. Tan solo unos minutos más tarde entraron Mara, Erine, Kenny y Mary y me arrastraron hasta la habitación que habían preparado para que diera a luz. El lugar estaba ya abastecido con toallas, un cubo, tijeras para cortar el cordón umbilical, gasas esterilizadas, sábanas impermeables, entre otras cosas. Entre Erine y Kenny me sostuvieron y ayudaron a colocarme en una mejor posición. Un momento después, mis gritos se escuchaban por toda la casa y yo me encontraba acostada de espalda sobre unos almohadones y tratando de expulsar al engendro. Mary había intentado sostener mi mano, y yo, en vez de eso, la había sostenido del cuello de la camiseta que llevaba puesta y le había gritado que me sacara la cosa. Las niñas revoloteaban a mi lado como sombras haciendo cosas a las que ni siquiera prestaba atención. Estaba tan cegada por el dolor que apretaba los ojos y gritaba mientras trataba de pujar como me sugería Mara a gritos una y otra vez. Ya no me quedaban fuerzas ni para maldecir. Expulsé orina y heces fecales y llegó el punto en que la porquería de sangre y desechos humanos juntos era tanta, que Mary tuvo que salir corriendo al baño para vomitar y no pudo continuar ayudando.

—¡Ahí está la cabeza! —escuché que gritaba Mara mientras las demás se hacían eco de su júbilo.

—¡Sácalo! —le ordené a la muchacha sacando fuerzas de donde ya no las tenía para pujar aún con más efectividad.

Apretaba los ojos mientras seguía empujando hasta que un tirón repentino y un sonoro llanto me indicaron que ya había pasado la peor parte. Respiré entre llantos, exhausta, pero no abrí los ojos. Las chicas murmuraron enloquecidas y las escuché rodear a Mara y comentar gozosas:

—Es un niño.

Son incontables los testimonios de víctimas de explotación sexual y de abuso sexual en las que las niñas, adolescentes y mujeres se ven obligadas dar a luz a un hijo no deseado, incluyendo niñas de tan solo once años de edad.

Capítulo 12: Despedida

El llanto taladraba mis oídos. No sé lo que esperaba. Todo el tiempo había imaginado al niño como un monstruo al punto de llegar a pensar que era literal. Ni siquiera imaginaba que lloraría. Para mí siempre fue... bueno, una cosa. Estaba realmente sorprendida de que fuese un niño. Un niño normal y corriente, y eso me dolía. De pronto me llegó a la mente la idea de él como una víctima potencial más de los monstruos y casi sentí que me estrujaban el corazón. Continué llorando mientras las chicas limpiaban todo el desastre. Esta vez lo hacía por un dolor que poco tenía que ver con el físico. Después de lo que me pareció una eternidad, Mara me preguntó lanzándome miraditas nerviosas:

—¿Quieres verlo?

No respondí. En su lugar me limité a apartar la vista y tratar de pensar en alguna otra cosa para desestimar el sonido tan humano que llegaba hasta mis oídos y se instalaba de alguna manera en mi corazón. El llanto se fue haciendo cada vez menos audible conforme transcurrían los minutos. Las demás chicas me limpiaron y cambiaron las sábanas de la cama y al cabo de un rato apenas quedaron rastros del desastre anterior. Mara continuaba meciendo al bebé.

—Llévatelo —le rogué mientras las otras terminaban de trapear el piso.

El niño había dejado de llorar, pero seguía emitiendo ruiditos y moviendo las manitas. Mara les hizo una mueca y un gesto con la cabeza a las demás para que salieran. Las chicas recogieron el cubo con la placenta y las toallas ensangrentadas y obedecieron. Miré a Mara enojada.

—¿Es que de verdad no lo vas a ver? —me preguntó ella en tono de reproche.

—¡No quiero, como un demonio!

La chica respiró profundo como tratando de no clavarme en el pecho la tijera con las que había cortado el cordón umbilical.

—Te vas a arrepentir, Cecilia —dijo ese nombre a propósito, poniendo énfasis en cada sílaba—. No sabes cuánto tiempo te queda con él.

—Es el hijo de...

—Bla, bla, bla. Siempre el mismo cuento pensando en ti solamente. Este niño no solo es el hijo de un monstruo, pendeja. También es tuyo —me soltó sin más antes de salir airadamente de la habitación dejando al niño a un lado de la cama.

El niño empezó a llorar otra vez mientras yo soltaba por la boca todas las palabrotas que conocía. Así era Mara, con sus creencias bien arraigadas y dispuesta a defenderlas. Qué distinto hubiese sido todo de haber estado allí Lea en vez de ella. Seguro que hubiera tratado de entenderme en vez de juzgarme. No me quedó más remedio que voltear a ver al saco de gritos. Era la cosa más fea que había visto en mi vida: arrugado, calvo y pálido. Nunca había visto un bebé acabado de nacer, pero supuse que se veía así por el tiempo que pasó dentro del líquido amniótico. Aparte, ni siquiera podía abrir los ojos bien todavía.

Maldita Mara, ¿por qué me lo ha dejado? Los berreos me estaban volviendo loca y no sabía qué hacer para que parara sin cogerlo. Así que hice lo más estúpido que se puede hacer en una situación como esa: le grité que se callara. Como era de esperar, el niño empezó a llorar más fuerte. El dolor, ese llanto y mi propia desesperación me tenían al borde de un colapso nervioso. Dejé que el niño llorara hasta que estuvo exhausto y se durmió. Solo en ese momento, me atreví a acercarme un poco para mirarlo con detenimiento. Qué manitas tan pequeñas poseía. Su cuerpecito era una cosa tan frágil que me parecía que podía romperse con mirarlo demasiado. Y sí tenía pelo: era una pelusilla casi transparente encima de su frente. De carita angelical y arrugadita. Y esa cosa... ese proyecto de persona. Ese niño... había salido de mí... Era mi hijo tanto como el de un monstruo.

Odiaba que Mara tuviera razón, como de costumbre, ¿En qué momento había madurado tanto? Supongo que trabajar desde muy niña y ser hija de una madre soltera es lo que la hizo así. No me había detenido a pensar en que Mara había visto la crudeza de la vida mucho antes de llegar a aquel lugar. Pero, aunque fuera así, yo me creía incapaz de llegar a quererlo. No como una madre debe querer a un hijo, al menos. Me alegré de que fuera varón. No era que los niños no fuesen víctimas de trata, pero las niñas constituían la mayoría. Para mí, luego de mis experiencias, ser mujer era una desgracia. En el mejor de los casos naces en un país donde gozas de libertades e «igualdades», pero antes de cumplir los dieciocho ya te habrán sexualizado. El mundo te juzgará más por tu apariencia que por tu esencia misma y alguien te llamará puta al menos una vez en la vida. Si naces en un país en donde el machismo es imperante, te sucederá todo eso y mucho más. Hay países en donde las mujeres o, peor aún, las niñas, no son más que moneda de cambio.

Volví a mirarlo. Aquellas manitas diminutas... ¿Qué podía hacer por él? Me lo iban a quitar y se lo llevarían lejos. John me había prometido que le buscaría una familia decente en donde pudiera ser feliz. Pero lo que yo hubiese preferido es nunca haberlo traído al mundo. No a este mundo repleto de dolor y aflicción y pintado de la maldad de los hombres. No habían pasado ni dos años desde que me trajeron a ese lugar, pero había cambiado en mi interior tanto desde entonces, que sentía que había envejecido. Cuando pensaba en mí misma olvidaba que era una chica de catorce años y en su lugar visualizaba a una anciana decrepita y maltratada que ya había visto demasiados horrores. Yo ya no creía en nadie ni en nada, mucho menos en el hombre que me había violado más veces de las que puedo contar. Aunque cuando me propusieron lo del bebé no dudé en aceptar, ahora los remordimientos me carcomían. Pero que el bebé se quedase allí, conmigo, con una esclava sexual, era la peor de las opciones. Quién sabe qué podrían hacerle.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas una tras otra, cálidas y deseosas de barrer hasta el último resquicio de esperanza que me quedara. Caí de espaldas en la cama otra vez. El dolor seguía siendo intenso, pero el peso de mis angustias lo aplastaban. Mis sentimientos eran tan intensos y agonizantes que fue un milagro que no me diera una depresión postparto y acabara suicidándome. Al parecer, estaba hecha de un material mucho más resistente del que yo creía.

Dos horas más tarde, el niño se despertó y esta vez no me quedó más remedio que sostenerlo entre mis brazos y alimentarlo. Fue una sensación extraña, como animal. Casi instintiva. Me gustó sentir la leche fluir y pasar de mi cuerpo al suyo. Luego le saqué los gases colocándomelo en el hombro y me sentí... bien. Si lo hubiese tenido en otras circunstancias, de seguro lo habría amado con todas las fuerzas de mi alma. Pero los monstruos habían drenado de mí aquella posibilidad.

John llegó a por el bebé cuatro días después. Yo lo había atendido durante ese periodo, alimentándolo y manteniéndolo limpio (tarea difícil teniendo en cuenta con qué regularidad defecaba), pero antes de que él entrara a la habitación a ver a la criatura entró Max. Me puse

tensa. Era la primera vez que me visitaba desde que había dado a luz y su interés en verme solo podía significar que había venido a advertirme algo. Cuando llegó, yo estaba de pie meciendo al bebé entre mis brazos. Aquella mañana el dolor había remitido un poco y me había sentido mejor. Mara y Andrés venían a supervisar que todo estuviera bien de vez en cuando, pero me habían dejado a mí todo el trabajo. Sabía que lo habían hecho con toda la intención, esperando, quizás, que naciera algo en mí, pero eso no había sucedido. Ya no lo odiaba y solo deseaba lo mejor para él, pero no lo quería.

—Oh, Mía —exclamó Max desde la puerta, mirándome de arriba abajo—. Estás hecha un desastre. Deberías arreglarte un poco, no me gusta verte así.

Lo miré con el ceño fruncido. Ya debería estar acostumbrada a su tono amable y dulce de hablar, pero me molestó más que nunca que pronunciara aquellas palabras en el tono de quien se preocupa genuinamente por la salud de alguien. En especial porque estaba juzgando mi aspecto, que era todo lo que le interesaba de mí al muy bastardo.

Él avanzó hacia donde estaba y yo aparté al niño instintivamente, fingiendo que lo mecía. Max debió notarlo porque entrecerró los ojos y me dijo:

—¿Acaso no vas a dejar que lo vea? Déjame cargarlo.

Dudé, sopesando las probabilidades. No quería hacerlo, pero era mejor no provocar más a ese monstruo tan acostumbrado a salirse con la suya. Le entregué al niño.

—¿Y bien? —preguntó mientras lo alzaba frente a él—. ¿Ya le has puesto nombre?

Yo ni siquiera había pensado en eso. ¿Para qué? Al fin y al cabo John había prometido entregarlo a una familia y estos de seguro le darían otro nombre. Negué con la cabeza. Max me miró un rato largo.

—Hasta los animales aman a sus hijos. Tú le has cogido cariño.

No era una pregunta. Me habían dado cuatro días con el muchacho y empecé a pensar que aquello no era casualidad. Pudo habérmelo quitado en cuanto lo di a luz, pero esperó... ¡Maldito calculador! Aquello no había sido el favor de darme tiempo con mi hijo. No. Aquello había sido una vil artimaña para que las palabras que pronunciara a continuación me calaran mucho más profundo.

—No siento nada por esa cosa —dije con todo el desprecio del que fui capaz.

No era cierto. Sentía la necesidad de protegerlo. Por mucho que no lo quisiera... al menos, eso.

—No me lo creo. Has tratado de apartarlo de mí.

Le sostuve la mirada. Una fría.

—Solo lo estaba meciendo. No deja de berrear el cabrón. Llévatelo, si quieres.

Le di la espalda, rogando que no me hiciera caso.

—Claro que no, Mía —me respondió con voz mucho más gentil de lo que acostumbraba—. El niño se irá con John. Toma —me ofreció al bebé y yo levanté mis manos para cogerlo, cuando lo apartó un poco y añadió—: Espero que de ahora en adelante no me des problemas, Mía. Ya estoy harto de lidiar contigo. Si vuelves a disgustarme, traeré de vuelta a este hermoso bebé, lo meteré vivo al horno delante de ti y te obligaré a comértelo.

Fue como si me echara un cubo de agua helada. Nunca había escuchado algo tan horrible, ni siquiera estando en aquel lugar. Y yo sabía, no me habían dudas, de que él era capaz de eso y mucho más. Los ojos se me llenaron de lágrimas y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir manteniendo el tipo. Mi piso se tambaleaba de nuevo y apenas si lograba sostenerme de la cuerda floja que había debajo de él. No iba a permitirme caer al abismo de nuevo. No cuando no solo era mi destino el que estaba en juego.

—No tienes que amenazarme, Max —empecé a decir tratando de que no me temblara la voz—. Yo solo quiero sobrevivir y que luego me mandes adonde me prometiste. Haré lo que tú me pidas y no cometeré más errores. Lo prometo.

—Oh, Mia. Sé que así será. Ten...

Me colocó al bebé en los brazos y sonrió cálidamente. A veces no entendía cómo aquel monstruo era capaz de poseer expresiones tan gentiles como aquella. No sabía nada de él, salvo su nombre de pila, que de seguro era falso. Pero me llegó a la cabeza la idea de que un ser tan retorcido como aquel debía de llevar la máscara tanto tiempo (quizás desde que tuvo uso de razón) que esta ya había pasado a formar parte de él.

—Arréglate un poco, mi niña —me dijo como si no acabara de amenazarme de la peor manera—. Que John no te encuentre con esa bata. Le diré a Mara que te traiga algo de ropa.

—Gracias —le respondí moviendo los labios ligeramente hacia arriba para disimular una sonrisa.

Max desapareció tras la puerta y solo entonces las lágrimas salieron a borbotones. Estaba temblando y me apetecía gritar muy, muy fuerte para descargar la frustración. En vez de eso me puse a sollozar en silencio. El bebé tenía una manita en su boquita y babeaba un poco. Sus ojitos se encontraron con los míos.

—Ojalá pudiera cambiarte el mundo, chiquito —dije a modo de disculpa ante esa mirada inocente que quizás no volvería a ver nunca—. Ojalá pudiera tener la capacidad de convertirlo en un lugar mejor para ti. Un mundo de sueños donde no haya maldad y el que seas feliz esté garantizado.

Sollocé. Los sentimientos arremolinados que llevaba dentro comenzaban con salir de golpe y la voz se me quebraba por momentos.

—Pero yo no puedo —continué mientras lo apretaba cerca de mi rostro—. Ni siquiera puedo garantizarte que estaré ahí para sostenerte cuando te alcancen los golpes de la vida. Ni que evitaré que te hagan daño. Pero me portaré bien, para que Max no te haga daño. No por causa mía, bebé.

Mara entró en la habitación mientras yo seguía en ese estado. El bebé comenzó a llorar y la recién llegada murmuró algo que no escuché. Besé la cabeza del niño mientras trataba de calmarme.

—Mia, vístete, por favor —rogaba Mara, quien traía en sus brazos ropa limpia y unos accesorios.

La muchacha dejó la ropa encima de la cama y me extendió los brazos para que yo le diera al niño. Me tomé un momento para despedirme. Sostenía su cabecita y lo besaba con los ojos cerrados. Tratando de empaparme de su olor y de la sensación de tenerlo entre mis brazos.

—No seas uno de ellos, chiquito —continué diciéndole—. No te conviertas en un monstruo más.

Deposité en su mejilla otro beso y se lo entregué a Mara sin mirarla a la cara. Tomé lo que ella había traído y me metí al baño deprisa. Una vez sola mordí una toalla doblada para que el grito de impotencia que lancé a continuación fuera menos audible. Tan solo unos minutos más tarde, estaba lista para recibir a John. Mara me había entregado al niño y volvía a adoptar la actitud tranquila que de seguro esperaba Max que yo tuviera frente John. El hombre me besó en la mejilla y cargó al bebé para observarlo bien.

—Tiene tus ojos, Mia.

—Aún es muy temprano para saberlo. Los ojos le pueden cambiar...

—No lo creo.

—Siento que este bebé es mío.

—Lo es —dije con toda la convicción del mundo. De eso dependía que él buscara para la criatura un destino mejor. Después de todo, él afirmaba no abusar de su hija.

—Sí... Hay una familia que estará dispuesta a amarlo y criarlo como se merece. Tienen recursos y son buenas personas.

—Eso no lo sabes.

—¿Qué? ¿Si son buenas o no?

—Sí. La gente suele ocultar su verdadero rostro.

Hizo una pausa y me miró a los ojos.

—Ellos no, Mía —me dijo con convicción—. Te aseguro, como un hombre que lleva una máscara todo el tiempo, que ellos no la llevan. Serán buenos padres. No se enterarán de la procedencia del niño.

Asentí, incapaz de decir nada, y le deposité un último beso al niño en la frente. John me dio un beso a mí en la boca, murmuró un «nos vemos después, mi niña», y salió de allí llevándose una partecita de mí.

La explotación reproductiva y el tráfico de bebés es una realidad.

Capítulo 13: La oportunidad

El tiempo se disolvió en la rutina. No meses, años. Pronto dejé de ser la niña de catorce años que había dado a luz a otro niño, para convertirme en una joven mujer de dieciocho. Había sobrevivido entre los monstruos a pesar de que los gustos de los miembros se iban haciendo cada vez más exigentes conforme pasaba el tiempo y, debido a ello, los niños que Max captaba eran cada vez más jóvenes. Muchos ni siquiera sobrevivían... No sobrevivían por las duras condiciones en las que nos tenían porque Max se preocupaba de vestirnos muy bien, de cuidar nuestra piel con cremas y fragancias, pero cuando alguno de nosotros enfermaba no recibía más que medicamentos para el resfriado o fiebre. No sobrevivían porque muchos de los nuevos clientes amaban el sadismo y la tortura. Y no sobrevivían porque la demanda de pornografía infantil había aumentado cuatro veces más los últimos años.

Max se había convertido en un productor de pornografía infantil. Ya lo era antes, solo que se limitaba a preparar videos específicos para los miembros del club que pagaban por ello. Ahora, en cambio, grababa montones de vídeos que repartía a un tercero que, a su vez, los vendía a alguien que poseía una página web con ese tipo de contenido. Yo lo sabía bien porque era quien lo ayudaba a hacer sus cálculos, el inventario y a catalogar todo lo que se producía. Me había convertido en su asistente personal y de todas sus víctimas, aquella que sabía más cosas sobre él.

Mientras Mara, Andrés y yo buscábamos una oportunidad para escapar que no llegaba, recopilábamos información a través de mí: el *modus operandi* de los miembros del club, los nombres falsos que Max utilizaba y los reales de los miembros, su forma de cuidarse las espaldas cuando estaba allí, entre otras cosas. Había tenido tiempo de observarlo, y observarlo bien. Solía cuidarse tanto que intuía que su principal miedo era el ser descubierto. Venía a la mansión unas tres veces por semana puntuales, salvo cuando tenía vacaciones, así que no debía de vivir muy lejos. De seguro tenía familia y, lo más importante, tenía una obsesión por borrar sus huellas dactilares cada vez que tocaba algo como si temiera que lo descubrieran en cualquier momento. Él mismo me lo contó, como si estuviera seguro de que yo no representaba ninguna amenaza para él.

—Si la policía llega a descubrir este sitio —me dijo en aquella ocasión al notar que lo observaba con el ceño fruncido— yo tengo mi manera de escapar y nadie podrá hallar nada que me vincule con este sitio.

—¿Pero qué hacen tus huellas? —le pregunté, intrigada.

Solo en una película había visto algo relacionado y no era que ahondaran mucho en el tema que digamos. Entonces Max me explicó que cada huella dactilar era única y que esta servía para identificar a los criminales. Y yo le sonreí. Me había vuelto experta en el arte de la hipocresía hasta el punto de lograr convencer a Max de mi compromiso para con él. Después de todo, ¿quién no iba a confiar en la chica que mantenía a raya a los niños? Quien los cuidaba y alimentaba y quien los denunciaba si planeaban escapar. Porque era eso precisamente lo que había hecho yo

durante todo aquel tiempo: ser una carcelera más, un monstruo más. Y pensar que llegué a reprocharle eso a Lea alguna vez...

Aquello fue precisamente lo que me mantuvo con vida cuando John me dejó de preferir meses después de cumplir los dieciséis años. Recuerdo que cuando se fue por primera vez con una niña de apenas once años (y que aún era su protegida de turno), se me cayó el alma a los pies y lloré durante semanas. Sí, puede decirse que eran celos. No porque estuviera enamorada de él, pero sí porque era el único monstruo al que le había cogido algo de cariño. Gracias a él no me habían asesinado en más de una ocasión y gracias a él y a los libros que me traía como regalo mi estancia en el club se hizo soportable. Gracias a que ahora me tocaba realizar las tareas que antes correspondían a Alice y Lea, como servir copas, me lo topaba a menudo, pero este apenas me dirigía la palabra para informarme sobre lo que necesitaba. No hubo una ocasión en la que me sintiera más como un objeto que aquella. Y tanto más miserable. Pero el tiempo es capaz de traer el regalo del odio de vez en cuando, así que eso es lo que he sentido por él desde entonces. Tenía que hacer acopio de todas mis fuerzas para no escupirle a la cara. Para no tratar de destrozarle todo lo que pudiera mientras estaba cerca de él. Tal vez no fuera el peor de todos los monstruos, pero sí el que más me había utilizado y luego despreciado como si no fuese más que goma de mascar. Lo que nunca voy a perdonarle es que ni siquiera me siguiera dando información acerca de mi hijo. Lo había hecho mientras estuvo conmigo, pero, cuando eligió a aquella chiquilla, dejó de importarle siquiera decirme que estaba bien.

—Será mejor que no vuelvas a incordiarne con ese tema, Mia —me dijo cuando lo acorralé en los pasillos del piso superior. Fue la única vez que tuve la oportunidad de hablar con él en todos estos años—. Si vuelves a molestarme así, le diré a Max de tu insolencia, muchachita.

Aquello me sentó como todos los golpes que había recibido hasta entonces, juntos. Me invadió una ira que casi me consume al no poder expresarla y apreté los puños con tanta fuerza para no abalanzarme sobre él mientras me daba la espalda y se alejaba de mí, que me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta que gotas diminutas color carmesí decoraron la alfombra. Una cosa. Así me habían tratado los monstruos y así me trató John. Demasiado vieja para gustarle ya, era como si se aburriera de un juguete y necesitara otro. Al menos había hecho con mi hijo aquello que yo no pude: mantenerlo a salvo. Pero me dolía en el alma porque ni siquiera Max se había cansado de Andrés todavía, a pesar del tiempo transcurrido. En cambio él sí de mí. Una cosa...

La madrugada del sábado 28 de agosto del año 2004, Pablo vino a buscarme al cuarto compartido para ir al despacho de Max. Miré el reloj y vi que era la una de la mañana y supe que algo andaba mal incluso antes de verlo. Nunca, en todos estos años, lo habían hecho a menos que no se tratara de alguna ejecución. Pero las ejecuciones solían hacerse en público para persuadir a las demás de intentar escapar del club o rebelarse, por lo que aquello de mandarme a llamar a mí debía de ser algo más. Pablo se había acercado directamente a mi cama y me había sacudido gritándome, sin importarle el sueño de los demás, que me pusiera de pie.

—¿Qué pasa? —le pregunté aturdida levantándome.

—Max quiere que vayas a su despacho —me dijo—. Tú sola —añadió cuando notó que cruzaba una mirada con Mara, cuya cama estaba a mi lado, y quien se había levantado con el ruido.

Tragué saliva y asentí mientras me ponía unas pantuflas. Mara me rozó la mano cuando pasaba junto a ella para seguir a Pablo fuera del dormitorio. Era su manera de decirme que estaba conmigo. Yo le devolví el gesto apretando un poco la suya durante un segundo. Mientras casi dábamos saltitos escaleras arriba, el miedo me invadió y empecé a preguntarme si aquel sería mi

fin. Yo tenía ya dieciocho años y beneficios no daba. No como Mara, quien parecía todavía de quince y continuaba recibiendo clientela a pesar de ser unos meses mayor que yo. En cambio, yo recibía uno o dos una vez al mes. Mi única utilidad para los monstruos hasta entonces residía en ser la encargada de los niños, pero eso no importaba; no cuando Alice y Lea también lo habían sido y se habían desecho de ellas. Alice se fue sin más y yo no tenía ni idea de qué le había sucedido. Temía que me hicieran a mí lo mismo y temblaba solo de pensar que, cada uno de los pasos que estaba dando, me conducían inevitablemente hacía ese mismo destino incierto. Cuando subí las escaleras y miré hacia el vestíbulo, no pude evitar pensar en los dos hombres armados que flanqueaban la puerta de salida e imaginarme que podía evadirlos y salir corriendo, pero eso era imposible. Mara y yo habíamos planeado una vez seducir a Robinson, a quien le encantaba la muchacha, para escapar durante los momentos en que este estuviera de guardia, pero la única vez que tuvimos la oportunidad de estar arriba, y no en el sótano después del toque de queda, descubrimos que este estaba acompañado de Pablo y abortamos el plan. De hecho, todos nuestros planes de huida se venían abajo antes siquiera de estar ideados del todo. Todas las salidas estaban bien cerradas y aseguradas de manera tal, que era imposible romper alguna de las mallas de acero que rodeaban puertas y ventanas. Y vaya que Andrés, Erine, Mara y yo lo habíamos intentado un millón de veces durante los últimos años sin obtener resultados. Además de que había hombres apostados frente al despacho de Max y en la única salida, hacían un recuento de los niños cada noche y, como cortesía de mi intento de escape, también se aseguraban, por si acaso, de que seguíamos allí durante la madrugada.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté una vez más a Pablo entrando casi en pánico.

Faltaban apenas dos pasillos para llegar hasta el lugar.

—Obedece y calla —me respondió serio mientras me tomaba del brazo para obligarme a avanzar.

—Por favor...

—Deja la histeria, pedazo de puta.

—He hecho todo...

El hombre se detuvo un momento y me fulminó con la mirada mientras resoplaba.

—Max necesita tu ayuda. No te va a hacer daño. Es una emergencia.

—¿En qué...?

—¡Camina, perra!

No volví a hablar; en su lugar, me puse a imaginar alguna manera de escapar de lo que sea que habían planeado para mí. Los pies se me hacían de concreto con cada paso que daba, pero cuando nos asomamos al despacho de Max, el terror se convirtió en una espantosa sorpresa. El lugar estaba pintado de rojo: la mesa en la que tantas veces me había sentado, el sofá, el piso y las paredes. La sábanas en la cama que antes habían sido blancas, ahora lo era de color rubí brillante y en el centro de todo eso estaba Max arrodillado medio desnudo; apenas cubierto por una bata, sollozando sobre el cuerpo destrozado de... Andrés. ¡No, Andrés! ¡No, Andrés! Me llevé las manos a la boca para evitar gritar y aparté la mirada. Max levantó la vista hacia mí, suplicante, y negó con la cabeza como tratando de alejar algún bicho invisible. Empezó a sollozar con más fuerzas y a tambalearse hacia adelante. Nunca lo había visto así. Además estaba herido. Con el labio inferior roto y la mandíbula ligeramente torcida. También sangraba de uno de sus costados, en donde tenía una herida.

—E... él intentó huir —me dijo con voz terriblemente aguda señalando el cadáver que yo no podía contemplar—. Intentó dejarme cuando yo se lo he dado... he dado todo.

Se acercó a mí arrastrándose con las rodillas y pasando por encima del cadáver. Colocó sus manos manchadas con la sangre de mi amigo, en mi cintura y me impidió alejarme cuando lo intenté.

—Está... sucio... estoy... limpia todo esto, Cecilia. Mía. Ti... tienes que arreglarlo. Siempre me quieren dejar. Yo no iba a permitirlo. No iba... ¡límpialo!

Me sobresalté, pero cuando me dispuse a decir que necesitaba buscar las cosas necesarias, Max se puso de pie y se dirigió hasta la puerta. Le pidió a Pablo que lo llevara a casa y ambos se marcharon dejándome sola con el cuerpo. El rostro de Andrés estaba irreconocible gracias a los golpes que Max le había acertado con algún objeto duro. Adiviné que debía tratarse de la escultura del hombre delgado que estaba volcada junto a él y lo que parecían ser sus dientes. Se me hizo un nudo en el estómago y caí de rodillas manchándome de sangre. No pude evitar vomitar encima del cadáver mientras me convulsionaba por los sollozos que trataba de opacar con las manos. Pablo regresó al cabo de unos minutos y me encontró en ese estado. Me miró con rabia, como si hubiese sido yo la culpable de todo aquello, y me gritó:

—¿Qué coño haces ahí todavía?! ¡A limpiar, zorra!

—Ne... necesito un cubo con...

—No me importa lo que necesites. Ve a buscarlo y date prisa, que Max regresa en unas horas y no debe haber ni rastro de lo que sucedió aquí. ¡Vamos!

Me puse inmediatamente de pie y me dirigí a la salida pasando junto a Pablo, quien se encaminó hacia el cuerpo y comenzó a levantarlo. No vi nada más, pero cuando regresé con dos cubos y un montón de paños y productos de limpieza, el cuerpo ya no estaba, solo el desastre. Cogí un paño y comencé a absorber la sangre y a exprimirla en el cubo, pero era demasiado pequeño y pronto todos los que había llevado estuvieron demasiado empapados y llenos de heces como para seguir usándolos, por lo que me fui al baño a enjuagarlos y, cuando volvía, vi una escena que lo cambió todo: Pablo salía desde detrás de uno de los dos libreros de Max. Me devolví corriendo al baño antes de que me viera y a mi mente llegaron las palabras de Lea: «intenté escapar por el despacho de Max». Luego pensé en todas las veces que a lo largo de estos años escuché decir a los monstruos: «Ya llegó Max». Veces en las que nunca lo vi entrar por la puerta principal, como los clientes. Y la mejor idea que he tenido, y también la más arriesgada y estúpida, invadió mi mente. Actué casi al mismo tiempo que pensaba y corrí hacia la escultura ensangrentada del hombre delgado que había en el piso. Cuando Pablo estuvo a punto de salir por la puerta hacia el pasillo, me abalancé sobre él y le asesté un golpe en la cabeza con toda la fuerza de la que fui capaz. No me salió como esperaba. No como había leído y visto en películas o telenovelas. De hecho, el hombre no cayó al suelo siquiera, sino que se giró hacia mí con la cabeza ensangrentada y gruñendo maldiciones.

—Te mataré —decía con dificultad arrastrando las palabras.

Cuando fui consciente de que metía su mano derecha en un bolsillo en busca de un arma, le asesté otro golpe aún más brutal que el anterior. Tampoco se desmayó, sino que cayó de rodillas frente a mí. Y me invadió el deseo incontrolable de hacerles daño a los monstruos que había sentido desde que me arrancaron de golpe hasta la última pizca de inocencia. Desde que cegaron la vida de Julia, Lea, Alice y Andrés. Los odiaba tanto que mis siguientes golpes fueron tan contundentes que creí que lo había matado. Comprobé con el pie que no se movía, le cogí un cuchillo con el que había intentado defenderse y que sostenía en la mano derecha y entonces me acerqué al librero a ver hasta dónde conducía el pasadizo. Me tomó apenas un minuto dar con una palanca pequeña camuflada tras un libro y la accioné. Allí estaba el corredor que conducía a una

puerta de salida que intenté abrir y no pude. Nerviosa y muerta de miedo, volví hasta donde Pablo yacía y le arrebaté las llaves con las que sí pude abrir la última barrera hasta mi libertad. Sin embargo, esta vez no sería egoísta ni cometería el mismo error que en ocasiones anteriores. Así que, en vez de correr hacia mi libertad, lo hice hacia el sótano tratando de no llamar la atención de los guardias en la entrada. Justo al bajar las escaleras estaban Mara y Erine. Me conmovió que estuvieran allí para ver si yo regresaba y me dio un vuelco el corazón. No podía creer que tuviera tanta suerte.

—Pero que...

Mara se había quedado muda del *shock* al verme. Pensándolo mejor, debía de tener un aspecto espantoso, toda llena de sangre, maloliente y con la cara desencajada por el miedo. Tomé aliento, porque, si no lo hacía, no me saldrían las palabras, pero logré pronunciar aquellas que debía.

—Es el momento de huir. ¡Ahora!

Las chicas se irguieron tensas y me miraron intrigadas. Yo les conté como pude lo que había sucedido y estas asintieron con cara de preocupación. Iba a darme la vuelta para avisar a las demás, cuando Mara me detuvo del brazo.

—Ni se te ocurra, Mia —me dijo seria y con un deje de exasperación en la voz.

Yo negué con la cabeza.

—Debemos huir todas.

—¡No! Vamos nosotras —intervino Erine. Las lágrimas se abrían paso de sus ojos hasta sus mejillas—. Si vamos muchas no lo lograremos.

—Tiene razón —añadió Mara—. La mejor forma de ayudarlos es huir nosotras.

Las miré a ambas a los ojos un breve instante y asentí. Minutos más tarde abríamos la puerta de nuevo al frío de la madrugada. Hacía la libertad.

La producción, el consumo y la posesión de pornografía infantil son delitos graves. Los niños y adolescentes tratados y las víctimas de abusos sexuales son utilizados para la producción de este tipo de material.

Las leyes varían bastante según el país, pero el **material explícitamente sexual** de menores de edad está prohibido en todo el mundo.

Capítulo 14: Una decisión

Segundos antes de que mi pie tocara el escalón que precedía al pasto, me sentí la mujer más afortunada del mundo. Los acontecimientos de aquel día me habían llevado hasta allí y supe que no hubiese salido tan bien de haberlo planeado. Apenas dos guardias, Max no estaba y a Pablo... Bueno... Lo cierto era que no me importaba haberlo matado. De hecho, me sentí tan bien que tuve miedo de mí misma.

Fuera, la noche estaba despejada y fresca y los alrededores, iluminados parcialmente por la luz de las estrellas y la luna llena. Casi no hizo falta que nos miráramos o nos dijéramos nada. Las palabras sobraban cuando sabíamos que lo único que nos quedaba por hacer era correr a toda prisa antes de que los custodios nos persiguieran. Eso hicimos. No hacia el extremo sur donde se encontraba el bosque, sino hacia el norte, donde estaban el muro y los portones grandes hacia la carretera. Tal vez era la peor de las ideas, pero cubierta de la sangre de Pablo y Andrés, y habiendo escuchado las historias que se contaban de los bosques en Estados Unidos, prefería tomar aquel camino. Además, quedaba siempre la oportunidad, aunque remota, de encontrar un auto que anduviera por allí por muy dudoso que fuera a las cuatro de la madrugada. Rogaba para que así fuera y para que Max no regresara de donde sea que estuviera. Imaginaba que había ido a emergencias o a algún sitio en donde pudieran curarle las heridas.

—¡Está cerrada! —exclamó con voz angustiada Erine.

La muchacha me había sobrepasado y llegado al portón antes que yo.

—Tengo...llaves —pude articular entrecortadamente mostrándole el juego de llaves que tenía en la mano.

Llegué hasta ella y comencé a probarlas todas en un único candado que sellaba la cadena que unía dos puertas enormes de hierro. Al tercer intento este se abrió sin problemas y volvimos a echarle llave en cuanto salimos. Una carretera desierta y rodeada de árboles se extendía frente a nosotros.

—¡Por la orilla del bosque! —nos aconsejó Mara.

Era lo mejor para no exponernos en caso de que pasara por allí algún monstruo. Así lo hicimos durante varios minutos: caminamos un poco más allá del borde de la carretera pero sin perderla de vista de modo que, si alguien pasaba por allí, no nos viera, pero nosotras sí, hasta que escuchamos unos autos acercarse. Debían de ser dos. Me detuve un breve instante a inspeccionar hacia dónde se dirigían, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando me di cuenta de que desde la parte superior de aquellos vehículos, se encendieron unos focos enormes de largo alcance que alumbraban una parte del bosque que, por suerte, no era en la que nos encontrábamos. Sin embargo, a ese ritmo, terminarían por encontrarnos más temprano que tarde. Las demás parecían pensar lo mismo porque se habían detenido y escondido detrás de un árbol.

—¡Mia! —oí que gritaba la voz de Pablo a través de un megáfono.

Me quedé de piedra, no solo porque creía que estaba muerto, sino porque el hecho de que gritara a través de aquel aparato solo podía significar que no tenía miedo de que lo oyeran los vecinos. Porque no había vecinos y debíamos de estar demasiado lejos de la próxima casa.

—No hay escapatoria —decía—. No tienes adónde ir. Tarde o temprano te encontraremos.

Miré hacia donde estaba Mara, unos metros más allá, y negué con la cabeza. Había una oportunidad. De eso estaba segura. Solo necesitábamos ganar algo de tiempo. El corazón se me aceleró en el pecho y las manos se me pusieron frías. La sensación aumentó de manera considerable a medida que aquellos hombres acercaban las luces hasta donde estábamos.

—Mara, Erine —El corazón se me detuvo y sentí que se me helaba la sangre en las venas—. Ustedes no tienen la culpa del intento de escape de Mía. Entréguelas y Max las perdonará. De lo contrario, las atraparemos y mataremos junto a ella de la forma más brutal que jamás hayan imaginado. Será un castigo tan ejemplar que nadie más intentará escapar.

Esta vez fue Mara quien negó con la cabeza, mirándome. Pablo y quienes fuera que estuvieran conduciendo los otros dos vehículos, se acercaban cada vez más. Lo único que podíamos hacer para evitarlos era quedarnos a escondidas donde estábamos y no hacer ningún ruido. Con suerte se irían a buscar a otro sitio y podríamos huir. No habíamos llegado tan lejos como para que nos capturasen precisamente ahora. Me odié por no haber golpeado a Pablo más fuerte o no haberme asegurado de que estaba realmente muerto. Estaba segura de que él era la razón por la que nos estaban persiguiendo.

Los hombres continuaron su búsqueda hasta que se escuchó a lo lejos un aullido y Erine soltó un grito ahogado. Mara le tapó la boca pero fue demasiado tarde: Pablo alumbró el lugar de donde procedía el sonido y sus alrededores. Las chicas se habían colocado también detrás del árbol y Pablo fue incapaz de localizarlas. Recé para que pensara que se trataba del gruñido de algún animal y para que continuaran su búsqueda en otro lado. Entonces sucedió algo que no me esperaba y que me partió el corazón: Erine empujó a Mara y salió de entre los árboles alzando ambas manos hasta que señaló con una de ellas el lugar donde me encontraba y vociferó:

—¡Ahí está! Por favor, no me lastimen.

No me quedé a esperar y salí huyendo justo en el momento en que pronunció la última frase. A lo lejos escuché a los hombres salir de los automóviles y adentrarse en el bosque detrás de mí. Mara había hecho lo mismo. Corrí con todas las fuerzas de que fui capaz y no hice caso a las constantes advertencias de que me detuviera o me dispararían, hasta que la primera bala impactó contra un árbol por encima de mi cabeza. Asustada y desesperada, me cubrí la cabeza con los brazos como si eso pudiera evitar que me alcanzasen las balas. Mara aumentó tanto la velocidad que en un pestañeo estuvo junto a mí y cuando sonaron los siguientes dos disparos espeluznantemente cerca, me sobrepasó de inmediato. No tuve tanta suerte a la cuarta vez: un proyectil me dio de lleno en la rodilla derecha y caí al suelo con estrépito. Iba tan rápido que, cuando impacté contra la tierra, mis huesos se estremecieron. Aquel era el fin. Me matarían y todos los años que había soportado a los monstruos habrían sido en vano. Años de maltratos y violaciones para terminar siendo una mercancía caduca de la que había que deshacerse. No pude evitar que las lágrimas invadieran mis ojos al tiempo que las esperanzas se escurrían de mis entrañas como agua entre los dedos. Pobre niña tonta. ¿Acaso creía que podía escapar de ellos? La realidad siempre terminaba golpeándome.

Mara llegó hasta mí e intentó ayudarme a ponerme de pie, pero yo le grité que me dejara y que huyera al tiempo que forcejeaba con ella para que me soltara. La muchacha lo hizo y continuó huyendo, pero su heroico acto le había restado el tiempo y la ventaja que necesitaba para lograr su

cometido y Robinson la atrapó apenas dos minutos después. Pablo me apuntaba con un arma y me miraba con tal odio que estaba segura de que lo que deseaba hacer en realidad era dispararme una y otra vez hasta dejarme como un colador. Si no lo hacía, pensaba, era porque a lo mejor lo que me aguardaba era peor que la muerte.

Pablo me arrastró del pelo hasta la carretera. Yo intentaba seguirle el ritmo con la rodilla destrozada, pero no podía. Mi pierna izquierda era la que sostenía mi cuerpo mientras la otra me colgaba. Cuando llegamos a nuestro destino, me introdujo en el vehículo pero continuó apuntándome. Robinson llevó a Mara unos segundos después y pronto nos dirigimos hacia la mansión por última vez.

Yo nunca había estado en el interior de la habitación negra. Así era como llamaban las chicas a un cuarto rectangular y muy bien iluminado repleto de mesas con objetos punzantes, cuchillos y cámaras de vídeo en cuyo centro había una camilla que se asemejaba a una equis porque poseía su propia zona para poner los brazos y piernas. La camilla tenía correas para las muñecas y los pies. Allí fue donde nos llevaron e hicieron esperar a Max arrinconadas de pie. Me pregunté, consternada, si a ese lugar habían llevado a Alice o a alguna de las chicas alguna vez y qué clase de cosas repugnantes les habían hecho. La respuesta llegó en forma de manchas oscuras en el suelo y en los bordes de la camilla. Sangre. No pude evitar mirar a Mara a mi lado, quien, a su vez, fulminaba a Erine con la mirada con tal intensidad que casi parecía quemarla. Le rocé el dorso de la mano y ella parpadeó confundida. Luego miró a su alrededor y la expresión le cambió por completo. Su rostro palideció y compartimos una mirada. Apenas se había dado cuenta de que nos habían llevado directo al matadero.

Erine evitaba mirarnos; en su lugar, se limitaba a mirarse los pies y a masticar sus uñas, nerviosa. Entonces la odié, pero ahora, cuando pienso en ella y en cómo debía de sentirse, en lo asustada que se encontraba, solo puedo sentir lástima.

Me sostenía en la pared para no caerme. El dolor era tan atroz que sudaba frío, pero el miedo que sentía me hacía olvidarlo por momentos. Pablo me lanzaba miraditas muy parecidas a las que Mara les lanzaba a Erine, pero no decía nada. El hombre, visto desde esa luz, estaba tan lleno de moretones y golpes por toda la cara que, de no ser por lo que llevaba puesto, no lo hubiera reconocido. Bien. Tanto Pablo como Robinson y Dave estaban allí y al parecer le habían dado aviso a Max. Eso solo significaba que habían dejado la puerta sin vigilancia, básicamente porque no había clientes y porque los chicos estaban encerrados y no representaban ningún peligro. Había sido el día perfecto para escapar... y estaba arruinado. Ahora era el día perfecto para morir.

Tres cuartos de hora más tarde, Max tocó a la puerta de la habitación negra y mi corazón dio un vuelco. Mientras Pablo la abría, aferré la mano de Mara, quien me devolvió el apretón. Ambas nos pusimos tensas y en guardia. Max estaba lleno de vendajes, pero lo que más impresión me dio fue que no había ni rastro de su gentileza característica en su rostro jovial. En su lugar, sus facciones se deformaban en una mueca de odio y desprecio y sus ojos fríos, calculadores, se posaron sobre nosotras como un augurio de muerte. Una a una nos miró hasta que las tres acabamos por bajar la mirada.

—Mia... Me has decepcionado en lo más profundo —me dijo con la serenidad que no reflejaba su gesto. Yo deseé encogerme hasta hacerme tan diminuta que resultara invisible ante sus ojos—. Yo, que te he dado tanto.

Empezó a caminar de un lado a otro. Mientras lo hacía, se apretaba el ceño fruncido con los dedos índice y pulgar tratando de evitar que las lágrimas salieran de sus ojos. Verlo hacerse la víctima disipó un poco el miedo y me insufló ira.

—Pude haberte asesinado en muchas ocasiones y no lo hice —prosiguió en el mismo tono—. Hacías bien tu trabajo y ahora ¡¡lo has arruinado!!

Gritó las últimas palabras tan fuerte y cerca de mis oídos que me lastimaron los tímpanos. Luego volvió a calmarse y a adoptar un gesto más sereno, pero sus ojos seguían ardiendo de rabia.

—Eres una malagradecida. Todos lo son al final. Tú, Andrés —y a continuación pronunció nombres de gente a la que no había conocido—, Dani, Elián, Tony... Todos me dan la espalda al final.

Me ardió el rostro de rabia. ¿Qué clase de paja podía tener en la cabeza aquel monstruo para soltar semejantes estupideces? ¿Acaso no había sido él quien nos había arruinado la vida por completo? ¿Acaso había algo que agradecerle siquiera? No sé si fue valentía o estupidez, pero me cansé de seguir oyendo su retorcida versión de los hechos y exploté. De todas formas iban a acabar conmigo pronto, así que... ¿por qué no darme el gusto de expresarme al menos?

—Y... ¿quiénes son Dani, Elián y Tony, eh, Max? —empecé a soltar—. ¿Fueron los niños antes de Andrés? ¿Los niños a los que secuestraste y violaste? ¿Qué demonios crees que tienen que agradecerte, enfermo?

El golpe que recibí a continuación no me lo propinó Max, sino Pablo. Se había abalanzado sobre mí antes siquiera de pronunciar la última palabra y me había dado una patada en donde antes me había disparado que me hizo ver las estrellas de dolor. No pude seguir sosteniéndome y caí al suelo lanzando un grito prolongado y desgarrador que debió escucharse en toda la casa de no ser por las paredes que atrapaban el sonido.

—Tú no sabes nada —prosiguió Max cuando me hube calmado un poco.

A mi lado Erine empezaba a gimotear y Mara estaba intentando ayudarme colocando una mano en mi rodilla adolorida, que había comenzado a sangrar aún más.

—Yo siempre los traté bien. Les di comida buena y ropa cara. Los saqué a pasear y los compartía solo con pocos clientes que no los maltrataron nunca. ¡Les di lo que a mí nunca me dieron, maldita sea!

Esta vez no me impactó el cambio brusco y repentino de su voz, sino sus palabras: «Lo que a mí nunca me dieron». ¿Significaba aquello que Max había estado ya entre los monstruos cuando él aún no lo era? Yo no tenía manera de saber, en aquel entonces, qué porcentaje de pederastas son personas que durante su niñez habían sufrido abusos sexuales. Entonces, lugares como aquel eran fábricas de futuros monstruos.

—Lo que te hayan hecho no justifica tus actos —escupí levantando la mirada hacia él—. Si sabes lo que es... ¿por qué se lo haces a otros?

Max soltó una amarga carcajada. La sonrisa se le desvaneció en los labios y me miró con rabia contenida. Rabia entremezclada con algo más... ¿dolor, quizás? El hombre me puso de pie agarrándome del pelo.

—Tú no te quedas atrás, Mia —me dijo arrastrando las palabras—. Te he observado bien. Has delatado a otros cuando intentaban escapar. Los has alimentado y preparado para que los clientes los reciban. Te has asegurado muy bien de que los miembros tuvieran lo que querían. En todos estos años solo te ha importado tu bienestar. Nada más. Nunca has derramado una lágrima por los niños que no sobrevivieron y delataste a Alice para que yo me deshiciera de ella. Eres culpable de su muerte y lo hiciste con toda malicia. No eres buena. No eres mejor que yo o cualquiera de nosotros.

Abrí la boca para decir algo, pero me temblaron los labios. Cierto: yo había hablado de los planes de algunos chicos que intentaban escapar, pero era porque sabía que no lo lograrían. De

haberles augurado el éxito, yo misma los hubiera ayudado y me hubiera ido con ellos. Mara y yo alimentamos y cuidamos de los chicos más jóvenes como quien cría puercos para el sacrificio, pero no teníamos otra opción. Estábamos sobreviviendo y yo protegía a mi hijo, pero lo de Alice... Max tenía razón: no era mejor.

—Tenía planeado para ella unos días en esta misma habitación —continuó Max—, pero los traficantes de órganos ofrecen más por viejas como ella. A los sádicos del club les gustan más jóvenes.

—Eres despreciable —sentenció Mara apretando los puños.

La miré y negué con la cabeza, rogándole silenciosamente que se callara. A mí me matarían, pero, si ella era lista, podría sobrevivir.

—Lo hice porque no tuve opción —intervine para que Max pasara desapercibido el comentario de Mara—. No podía hacer nada por esos niños más que ayudarlos a que las cosas no fueran a peor.

El comentario funcionó. Max negó con la cabeza.

—Lo hiciste por egoísmo —añadió mirándome con desprecio—. Siempre hay opciones y tú optabas por salvar el pellejo. Disfrutaste delatando a Alice, pude notarlo. Disfrutaste cuando gozabas de los privilegios que yo te daba como recompensa por ayudarme. Disfrutabas mandando por encima de todos los demás niños.

—Era una máscara —me defendí—. Una como la del hombre amable que tú te pones todos los días. Pero fuiste tan estúpido que no te diste cuenta. Mientras, buscaba una oportunidad de escapar.

Las palabras salían de mi boca sin que pudiera hacer nada para controlarlas. La rabia que ardía en mi pecho dispersaba todos los sentimientos de miedo y angustia que había sentido antes. Después de todo, me iban a matar. La sonrisa de autosuficiencia de Pablo y las miraditas que se lanzaban Robinson y Dave me indicaron que así sería, y una parte de mí, aquella que ya estaba harta del dolor y de las violaciones y de tener que ver tanto horror, se alegró. El fin. Al fin. Porque todo terminaría aquel día de una forma u otra, aunque no fuese la que yo deseaba.

—Eso vamos a probarlo. Pablo, dame tu arma.

—No la mate con ella —le rogó el aludido—. Déjeme con ella a solas...

—¡El arma!

Pablo le entregó la pistola a regañadientes. Lo único que me daba miedo era que fuese él de verdad quien acabara conmigo. Estoy segura de que su paciencia, tras lo que le hice, se debía a que estaba esperando hacerme muchísimo daño. Para eso nos habían llevado a aquel cuarto. Si me torturaban antes de obsequiarme la muerte... bueno... el fin llegaría de todas formas. Max colocó la pistola en mi sien y me obligó a concentrar la mirada en Erine. Con un gesto les indicó a Dave y a Robinson lo que debían hacer y estos se cubrieron el rostro con pasamontañas negros y encendieron varias de las cámaras de vídeo que filmaban diferentes perspectivas.

—A golpes —indicó Max.

La muchacha rogó, gritó y pataleó para tratar en vano de evitar que la tomaran como saco de boxeo. Mientras Dave le sostenía los dos brazos detrás, Robinson le pegaba en el estómago.

—¡Por favor! —gritaba yo por encima de los gritos de la muchacha para hacerme oír.

Mara intentó detener aquello, pero le propinaron un puñetazo, y Pablo, que permanecía en una esquina detrás de una de las cámaras, se apresuró a sostenerla.

—Por favor, presta atención, Cecilia —me dijo Max obligándome a levantar la mirada una vez más—. No te pierdas ningún detalle. Este es el encargo de uno de nuestros clientes más

especiales. Le daremos exactamente lo que él pidió.

No hace falta describir lo que vi aquel día. Basta con decir que nunca había visto nada similar ni tan brutal hasta entonces. Cuando todo hubo terminado, yo me encontraba en *shock* y Mara a mi lado se había quedado congelada. Nada te prepara para ver algo así. Nada. Ni siquiera las brutales sesiones de violaciones que había sufrido o los vídeos que me habían obligado a grabar. Cuando Erine no era más que un bulto ensangrentado, Max acabó con su agonía disparándole; luego se dirigió a Robinson y Dave, les ordenó con un gesto que apagaran las cámaras y más tarde que se deshicieran del cadáver y le dejaran un arma. Ellos obedecieron.

—Te daré una oportunidad, Mia —me dijo cuando los hombres se hubieron marchado centrándose en mí esta vez—. Demuéstrame qué clase de persona eres de verdad y puede que hasta te deje con vida.

—Max, no...

Pablo había intentado intervenir, pero Max lo había mirado de una manera que indicaba claramente que no quería escucharlo. El hombre enmudeció de repente y Max le devolvió el arma que le había tomado y le pidió que me apuntara. Yo era incapaz de emitir ningún sonido y menos aún cuando el hombre me entregó la última pistola que le quedaba. La tomé casi inconsciente de lo que hacía y apunté hacia donde él me indicó: la cabeza de Mara. Aquel era un cuadro surrealista: Pablo me apuntaba a mí desde un lado y Max observaba ansioso desde el otro, mientras, en el centro, yo seguía apuntando a Mara.

—Mátala —me pidió Max—. Mátala y seré misericordioso contigo.

Nunca entendí qué pretendía aquel hombre con todo aquello, cuál era su objetivo. Era evidente que se divertía, que se sentía extasiado, pero darme un arma... obligarme a matar a Mara... era sencillamente retorcido. Max siempre había sido arrogante, egoísta y malo, pero ese día había elevado al máximo aquellas características. Mara había levantado las manos inconscientemente, llorando. Me miraba y suplicaba tanto con los ojos como con la boca «por favor, por favor». Mis manos temblaban y la pierna que me sostenía estaba a punto de fallarme. Sentía cómo palpitaba cada músculo de mi cuerpo. El aullido furioso de mi pierna herida. El dolor potenciado un millón de veces. Y las náuseas... ¿Desde cuándo tenía deseos de vomitar? Nunca había creído posible que una escena de la vida real pudiera avanzar a cámara lenta. Todo se escuchaba lejano: «no lo hagas, Mia»; el «por favor, por favor». Estaba tan lejos... yo no estaba allí. Ni Cecilia, ni Mia...

«Por favor, por favor».

—Lo siento, Mara —dije con una voz letalmente clara—. A veces, cuando estás mucho tiempo entre los monstruos, terminas convirtiéndote en uno de ellos.

Entonces apreté el gatillo.

Las películas *snuff* o vídeos *snuff* son material audiovisual en los que se cometen torturas, asesinatos, suicidios, necrofilia, infanticidios, entre otros crímenes reales sin la ayuda de efectos especiales o cualquier otro truco.

Capítulo 15: ¡Libre, al fin!

En el último momento había girado y disparado a Max. La bala lo alcanzó en el pecho sesgándole la vida casi de inmediato. Apenas estuvo unos segundos en el suelo emitiendo sonidos ininteligibles y ahogándose con su propia sangre.

El hombre había sido lo suficientemente astuto para llegar hasta donde estaba y, sin embargo, había cometido la peor estupidez de todas: darle un arma cargada a alguien que no tenía nada que perder. Tal vez pensó que me amedrentaría porque Pablo me estaba apuntando con su pistola o que tenía tanto miedo a una muerte tan espantosa como la de Erine, que no pensó en que, quizás, todo eso me diera igual.

Mara se había abalanzado casi al instante contra Pablo para evitar que me disparara y, mientras ambos forcejeaban en el suelo, yo accioné el mecanismo de seguridad de la pistola y le apunté justo a la cara. Él sabía, por su inmediata reacción, que yo no dudaría en apretar el gatillo. La muchacha se puso de pie y le quitó a Pablo la otra pistola de las manos. Conmigo apuntándole de frente y Mara por la espalda, lo obligamos a subirse a la camilla y lo atamos ahí de pies y manos.

—Asegura la puerta —me ordenó Mara agachándose frente al cuerpo de Max y buscando algo entre sus pantalones. Encontró lo que buscaba: un celular—. Dime cómo llamo a emergencias, pendejo, o te corto en pedacitos —amenazó la chica a Pablo.

Este no cedió, por lo que Mara tomó un cuchillo y lo apretó en su entrepierna.

—¿Empiezo por aquí?

—¡Está bien! ¡Está bien! —Mara apretó aún más el cuchillo—. 911. Es el 911. Marca así y luego la tecla verde.

Ninguna había tenido nunca un celular en las manos, así que no sabíamos cómo utilizarlo, pero Mara se las arregló muy bien.

—Como sea mentira hasta ahí llegas.

La muchacha llamó por teléfono y en un inglés bastante malo relató como pudo lo que estaba pasando. Les contó que había niños encerrados que habían sido secuestrados. Les dijo sobre las víctimas mortales y les relató lo que había sucedido. La operadora siguió con nosotras al teléfono durante más de quince minutos hasta que Dave vino a tocar y asegurarse de que todo estaba bien, pero Mara y yo habíamos echado el pestillo interior y este no podía abrir desde afuera. Dave gritaba el nombre de Max con desespero y, al percatarse de que no había respuesta, intentó varias veces patear la puerta y buscó ayuda de Robinson. Sin embargo, ni siquiera entre ambos pudieron abrirla.

Mara y yo apuntábamos hacia la puerta, listas para disparar en caso de que logran derribarla. Entonces, cerca de quince minutos después, empezaron los disparos. Al principio pensábamos que Robinson y Dave disparaban a la puerta en un intento desesperado por abrirla, hasta que escuchamos la orden de abrir procedente de una voz desconocida y que hablaba en nombre de la policía.

Me dejé caer aliviada y exhausta para cuando Mara abrió la puerta y dejó las armas en el suelo. Al principio los policías nos apuntaron con sus armas, pero nosotras, desesperadas, les dijimos que éramos las que habían llamado para avisar, que éramos las víctimas.

Pronto llegó la asistencia médica y nos atendieron a Mara y a mí. Mientras salíamos de la habitación negra, vimos que habían asesinado a Robinson y que se llevaban a Dave esposado. Les dijimos a los agentes lo de los niños en el sótano y que en el despacho de Max había documentos que podrían delatar a los clientes de aquel lugar.

Todo sucedió tan deprisa que casi me desmayo aturdida. Era como si el mundo girase a toda velocidad y yo estuviera detenida. Solo la adrenalina había evitado que eso sucediera y que yo colapsara. Pronto estuvieron también la prensa y el FBI, quienes llevaban tras la pista de aquella organización pederasta ya varios meses.

Mientras estaba en la camilla y los paramédicos me curaban la pierna y los golpes, no dejaba de llorar. No podía creer que aquello se había acabado al fin. Después de tantos años, tanto dolor y pérdidas. Mara, a quien estaban curando en otra ambulancia, rendía declaraciones a algunos agentes mientras a nuestro alrededor todo era un caos.

Se acabó. Por fin se acabó.

Los meses y días siguientes fueron un cúmulo de acontecimientos que se sucedían a velocidad vertiginosa unos detrás de otros. A todos nos llevaron al hospital más cercano y nos curaron las heridas físicas, y luego, a un lugar seguro en lo que se resolvía todo. A mí me habían operado la pierna para sacarme la bala y luego dado de alta tan solo dos días después.

El balazo no me había dañado ninguna parte vital de la extremidad, pero cojeé durante dos meses aproximadamente. En mi caso no había heridas graves y se me llamó afortunada por no haber corrido con la suerte de Erine, Andrés, Julia o Lea; pero había otras que sabía no iba a poder curar nunca por más ayuda que intentaran brindarme.

Lo supe cuando aquella misma mañana que nos rescataron me quedé dormida tras la operación y soñé que nunca había salido de aquella mansión. Que Max no estaba muerto y que yo era una niña indefensa y diminuta que no tenía voz. Y lo confirmé cuando las pesadillas continuaron noche tras noche y me despertaba a media madrugada sudando frío y gritando. En muchas de esas ocasiones, fue Mara quien vino a mi cama a consolarme y a recordarme que en verdad se había acabado.

Las pesadillas no mejoraron a pesar de que se había hecho justicia con la mayoría de los monstruos que pertenecían al club. La policía había encontrado pruebas suficientes para condenar a la mayoría: vídeos, fotos, huellas dactilares, una lista de nombres y apellidos de los más de quinientos hombres que pertenecían al club y nuestros testimonios, sobre todo el de Mara, Mary, Silvia, Kenny, Alex, Mae y el mío, que éramos los mayores entre las víctimas.

John se había suicidado el mismo día en que los medios emitieron el reportaje en directo del rescate. No pude evitar llorar al enterarme. Me dolió mucho su muerte, a pesar de que había sido mi violador durante años.

Gracias a aquel reportaje, no solo se había enterado él, sino muchos de los involucrados, quienes tuvieron oportunidad de huir. Los agentes habían dado con el paradero de la mayoría en el transcurso de los siguientes meses, pero algunos sí se habían salido con la suya. La sola idea me provocaba escalofríos. Me aterraba pensar que anduvieran por ahí fuera en alguna parte haciéndoles a otros lo que me hicieron a mí. Desgarrando inocencias, destruyendo vidas.

Para el juicio, que duró casi once meses, habían traído a mis padres. Les habían otorgado a ellos y a mí una visa T de no inmigrante que nos daba el privilegio de estar en territorio

estadounidense por un período de cuatro años máximo.

Recuerdo el día en que llamé a casa de doña Chole por primera vez y le pedí que avisara a mis padres. La mujer creyó al principio que le estaba gastando una broma, pero cuando le di detalles pegó un grito y me contó que mi familia ya no vivía allí, que habían tenido que vender la casita para invertir el dinero en mi búsqueda. Pero me había dicho que sabía dónde vivían y que los buscaría. Al final le dejé mi número de contacto para que ellos me llamaran.

Cuando alguien me avisó a la mañana siguiente, muy temprano, de que tenía una llamada, mi corazón dio un vuelco. Mara, quien estaba conmigo en ese momento, me tomó la mano y me dio unas palmaditas. Ella ya había contactado con su madre una noche antes.

—No tengas miedo, Cecilia —me había dicho—. Lo que nos pasó no es culpa de ninguna de las dos. No fue culpa tuya. Solo fuiste una víctima.

Mara se tomaba muy en serio lo que los psicólogos solían decirnos, pero yo había llevado el sentimiento de culpa por años y no solo por lo que nos pasó, sino por sentir lo que sentía por John, por la muerte de Max, por todo lo que había tenido que hacer para sobrevivir. Había demasiados fantasmas en mi mente que dudaba que pudiera exorcizarlos alguna vez. Me sentía sucia e indigna y tenía un miedo terrible a que mis padres lo notaran. Que vieran que yo ya no era su niñita amante de las matemáticas, las mariposas y el chocolate.

Murmuré a Mara un casi inaudible «gracias» y fui a tomar el teléfono. Cuando lo hice y escuché la voz de mi padre por primera vez en años llamándome «mi Ceci, mariposita», las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas como cascadas. Solo pude pronunciar «papi» y un nudo en la garganta me impidió seguir hablando por un rato mientras escuchaba, impotente, a mi madre soltar gritos de felicidad e insistir a mi padre que le pasara el teléfono. Su voz, cuando tuve la oportunidad de hablar con ella, era tan cálida y familiar como la recordaba. Lo único que empañó la felicidad de ese momento fue cuando me preguntaron si Marta estaba conmigo. Ni siquiera los datos que facilité a los oficiales ayudaron a encontrarla.

Indiqué qué debían hacer para llegar aquí. Todo lo que unos agentes se encargaron después de aclararles. Tan solo unos días más tarde, pude abrazarles de nuevo. Algo que llegué a creer alguna vez que no sucedería jamás. El abrazo fue tan fuerte y duradero que sentía dolores en las costillas y me costaba respirar. No me importaba. Era el dolor más delicioso que había sentido nunca.

Mis padres querían saberlo todo, pero yo no estaba preparada para contarles. Sin embargo, más tarde, cuando el juicio contra Pablo, Dave, Royer, Michael y los clientes que habían logrado detener hubo empezado, lo escucharon todo con lujo de detalles. Incluso se reprodujeron algunos vídeos; vídeos en los que los niños de aquel club crecíamos mientras éramos abusados. Mis padres tuvieron que salir de la sala de juzgado en más de una ocasión para no escuchar ni ver lo que se decía y reproducía allí.

Para mí también fue devastador volver a revivir todo eso; volver a recordar a Lea, Julia y Andrés; relatar sus muertes; escuchar el relato de cómo encontraron sus cuerpos enterrados en una fosa detrás de la mansión junto a dieciséis víctimas más; imaginar que yo pude haber corrido la misma suerte...

Como era de esperar, Max no se llamaba así, sino Peter Dean Keller y tenía una familia e hijos que lo consideraron siempre un santo y que pensaron que este se dedicaba a administrar sus dos funerarias. Lo que no sabían era que Peter, además de importar ataúdes, también traficaba con niños. Nunca permitió a su mujer formar parte de sus negocios a pesar de que esta no dejaba de insistir en ello. A la mujer, comentó, se le hizo raro que, aunque su marido ya trabajaba desde hacía muchos años con aquella fábrica de ataúdes en Oaxaca, tuviera siempre la desconfianza de

que le enviaran mala mercancía; y se preguntaba por qué no delegaba aquella responsabilidad en alguno de sus empleados.

Lo que yo había conocido de Peter/Max era que prefería hacer las cosas él mismo y que siempre era muy cuidadoso. No por nada el club estuvo tantos años funcionando sin llamar la atención de la policía. Manejó una red de prostitución infantil que involucraba a muchas víctimas y más de quinientos pederastas tanto de Estados Unidos como de otros países. Gente de dinero que podía permitirse servicios tan caros como los que Max ofrecía.

Hoy en día los pederastas están muy bien organizados y forman grupos que constituyen muchos más, pero, para aquel entonces, no hubo red más grande ni poderosa que aquella. Tanto es así que provocó un escándalo mediático enorme. En ello jugó un papel fundamental que sus miembros fueran gente de dinero o influyentes, como la familia de John, cuyo padre era pastor de una iglesia evangélica con muchísimos miembros. Incluso poseían una emisora cristiana.

Tras el suicidio de John, cuyo nombre real era Edward Tunell, su familia era la que más había sufrido porque muchos fieles de su congregación les habían dado la espalda y habían hecho caso a los rumores de que, si Edward era pederasta, se debía a que el padre a lo mejor había abusado de él de pequeño. Yo sabía que no era así, pero de aquello solo me enteré por los medios y además tampoco era mi problema.

Mi verdadero problema era encontrar a mi hijo. Fue lo primero que les pedí a los agentes como favor cuando nos sacaron del club y es en lo que pensaba cada día y cada noche antes de irme a dormir. No podía irme en paz a México con mi familia hasta que no supiera que él estaba bien, y, si no lo estaba, pelear por él.

Seguía sin sentir por el niño ese amor de madre, pero sentía el deber de velar por su bienestar; por eso, cuando Xavier Gutiérrez, un agente del FBI de origen mexicano, me informó de su paradero algunos meses después del juicio, no dudé en ir a acecharlo.

Para ese entonces yo había conseguido un trabajo como ayudante en un *restaurant* de comida rápida y había cambiado mi identidad por la de Rosa Álvarez. No quería volver a ser Cecilia Ramírez nunca más y odiaba tanto el nombre de Mia que era incapaz de escucharlo sin sentirme mal. Mis padres ya se habían regresado a México enojados conmigo por mi decisión de permanecer allí. No les había querido contar cuál era el motivo, a pesar de que sabían de la existencia de ese niño. Les puse el pretexto de que debía colaborar con Mara en la escritura de un libro que contaría nuestra estancia entre los monstruos. En realidad no lo escribiríamos nosotras, solo contaríamos lo que nos pasó; de hacerlo se encargaría Denise Moonson, escritora profesional.

Mi hijo vivía en una casita en la ciudad de Appleton, en el estado de Wisconsin. Frente a su casa había un pequeño parque de diversiones en donde su madre solía llevarlo de vez en cuando. Yo tomaba un libro casi al anochecer y me colocaba en frente de su casa para observarlo simulando que leía.

Su habitación estaba en el primer piso, con grandes ventanas que me parecieron inseguras para él. Me llegaba a la cabeza la idea de que alguien podría usar unas escaleras y subir hasta su habitación. Tal vez me había vuelto demasiado paranoica con lo que había vivido, pero lo realmente importante para mí era darme cuenta de si los Sanderson eran o no gente buena.

Quien ocupaba mi lugar iba a su habitación y le leía un cuento todas las noches, le daba un beso por las mañanas antes de irse a la escuela y jugaba con él por las tardes. El padre, a quien había seguido a todas partes por más de tres semanas, era como un niño en el cuerpo de un adulto, obsesionado con los autos y las nuevas tecnologías. Le encantaba mirar el trasero enorme de las

mujeres al pasar o el tamaño de sus pechos. Muy alejado de los gustos anormales de un pederasta, y eso me gustaba.

No pude vigilar mucho a la gente del entorno de los padres, pero supe que aquella familia cuidaría bien de él. Cuando iban al parque, por ejemplo, ninguno lo perdía de vista y se preocupaban genuinamente por cubrir sus necesidades y alimentarlo, así que ¿qué más podía pedir? Yo nunca podría haberlo hecho mejor.

El regalo más hermoso que podía otorgarle como madre era dejarlo ir. Sabía que yo no podría llegar a amarlo como él se merecía porque era un cascarón casi vacío, lleno de miedos e inseguridades, que había visto demasiado mal para recuperarme siquiera. ¿Qué clase de vida podría brindarle entonces? Todo cuanto había sido antes de los monstruos se había corrompido y convertido en... nada.

Aun así no me alejé del todo. Dos años después de que Mara y yo publicáramos el libro, que se había convertido en un éxito de ventas, alquilé un pequeño departamento no muy lejos y fingía que iba allí a leer cuando la señora Sanderson llevaba a su hijo a jugar. A veces, incluso, le había pasado la pelota con la que jugaba al fútbol y entablado conversaciones superficiales con la mujer. De esa manera podía estar en su vida sin estar ahí realmente.

Nunca sentí celos cuando el niño arrancaba flores y se las llevaba a su madre, la besaba y le expresaba su cariño. Me alegraba enormemente de que la tuviera a ella y al hombre que ejercía como padre. Eran personas excelentes. Las que él merecía en su vida.

Un día llegó el momento en el que me alejé del todo. Con el dinero que había ganado con la venta de mi libro, le compré una casita a mis padres y ayudé a mis hermanos a estudiar. Ahora Adrián es profesor y Yuyi está estudiando Medicina. Ambos tienen parejas con las que esperan formar una familia muy pronto. Al menos, en el caso de Adrián, que ya está comprometido.

Yo también me había sacado dos títulos: Ingeniería Informática y Psicología Criminal, pero ambas carreras eran el medio para alcanzar mi objetivo final: convertirme en policía cibernética. La lucha contra lo que yo viví, lo que viven hoy millones de niños en todo el mundo, está ahora en las redes. Internet ha ayudado a aumentar el intercambio de material pederasta y a que estos estén más organizados y seguros. Tan seguros, que existen foros para pedófilos en donde se aconsejan unos a otros sobre cómo abusar de menores sin ser detectados por la policía, qué drogas usar e, incluso, cómo secuestrar y asesinar niños.

Me ha tocado ver de todo, cosas peores incluso que las que yo viví, pero me da mucha satisfacción saber que he ayudado a rescatar a otras víctimas. Porque al fin y al cabo mi vida se componía de esos momentos; momentos en los que vagamente podía sentir algo parecido a la felicidad: cuando rescataba a alguien, cuando compartía con algún familiar, cuando leía un buen libro o cuando veía alguna escena feliz entre mis amistades. Pero los monstruos me habían marcado de una manera tan profunda e intensa, que me era imposible disfrutar dichos momentos sin que una sombra de mis recuerdos entre ellos se colara hasta el presente y me empañara la dicha. Sombras que se agrandaban en la noche, cuando soñaba que estaba de nuevo en el club de Max, y me despertaba jadeando y sudando frío con el corazón acelerado y muerta de miedo. De terror.

Mi mente aún no era libre. Mi corazón tampoco podía dejar de sentir angustia. Ver a la gente en la calle era como ir a un baile de máscaras. Tanto había visto y vivido que nunca dejaba de preguntarme, cuando veía un rostro, qué clase de cosa se esconderá debajo. Si habrá monstruos acechando bajo aquellas pieles. Estando libre era presa en mi cabeza. Entonces supe que, para mí,

no habría un final feliz. No cuando era consciente de todo el mal del mundo. No cuando había sido testigo de tantas monstruosidades.

Hay dos tipos de víctimas: las que se recuperan, aunque con secuelas, y las que nunca lo hacen. Mara lo hizo: se casó y trajo niños a este mundo. Yo no. A veces me cuenta que también tiene pesadillas, pero siempre es capaz de seguir adelante. Dice que aquello la hizo más fuerte. He tratado de aprender de ella, pero se me ha hecho imposible.

Mientras, finjo todo el tiempo. Finjo que estoy bien. Que ya no me afecta el pasado y soy feliz. Que por las noches no despierto sudando y aterrada. Que no desconfío de las personas. Finjo que estoy viva, que los monstruos nunca lograron matar a la niña que fui. Que nunca me destrozaron por dentro y por fuera. Quizás así, algún día, hasta yo me lo crea.

El tráfico humano, en cualquiera de sus formas, es un crimen de lesa humanidad.

Palabras del autor

Estimado lector, muchas gracias por haber leído *Cecilia entre los monstruos*. Esta novela, si bien no está inspirada en una historia real, está basada en distintos testimonios de personas que han sido víctimas de explotación y abuso sexual. Absolutamente todos y cada uno de los temas tratados en esta obra corresponden a una vivencia personal de alguien tan real como tú y como yo.

Lamentablemente esto ha ido en aumento en los últimos años, en especial el tráfico y consumo de material pornográfico infantil. Las nuevas tecnologías y facilidades que nos brinda la modernidad han contribuido a ello. No digo que estos avances sean malos, pero el ser humano siempre ha tenido la capacidad de convertirlos en herramientas para satisfacer sus más bajos instintos y cometer atrocidades.

Los pederastas de hoy están organizados y son muchos. Comparten material por *WhatsApp* y hasta por *Facebook* y redes sociales similares. No solo intercambian fotos y vídeos ilegales de esta categoría, sino también consejos de cómo cuidarse de la policía y cometer violaciones sin ser detectados y denunciados.

Durante mi investigación para escribir esta novela me topé con hechos tan increíbles que casi me hacen perder por completo la fe en la humanidad.

En este libro nuestra protagonista es llevada a un lugar frecuentado solo por gente de dinero y este hecho también está inspirado en la realidad. Hace unos años Marc Dutroux, el bien denominado «monstruo de Bélgica», dijo «ser miembro de una organización pederasta con gente de recursos y bien conectada». La indignación de la sociedad belga fue tal que el pueblo salió a las calles en protestas tan masivas que lograron reunir a más 300.000 personas. Se ha dicho que no fue más que una mentira de Dutroux, pero Jean-Marc Connerotte, el juez principal del caso, reportó que tuvo que utilizar coches blindados y personal de seguridad para evitar que «poderosas personalidades» detuvieran la salida a la luz de la verdad.

Te invito a que investigues más acerca de estos temas y que tú también levantes tu voz en contra del tráfico de personas, del abuso sexual y la pederastia.

Gracias.